

OBJETIVO,
poner un
PARISIÑO
EN MI VIDA

Jenny Del



OBJETIVO,
poner un
PARISINO
EN MI VIDA
Jenny Del

Primera edición.

Objetivo, poner un parisino en mi vida

©Jenny Del.

©junio, 2026

©imágenes por Magnific

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Tina

¡Hola a todos! Mi nombre es Cristina Durán, pero todo el mundo me llama Tina. Tengo veinticuatro años y vengo a contaros la historia de cómo puse un parisino en mi vida.

No os vayáis a pensar que fue fácil, porque para nada lo fue, pero os puedo jurar que todo mereció la pena.

Nací en Barcelona y vivía en uno de los barrios más céntricos y bonitos de toda la ciudad. Pero claro, ¿qué voy a decir yo cuando me crie correteando por sus calles junto a mi mejor amiga, Valeria?

Mis padres, Miguel y Cristina, tenían cincuenta y cinco y cincuenta y dos años, respectivamente, y regentaban una tienda de moda en el barrio desde hacía más de veinte años.

Como podéis suponer, la moda corría por mis venas y tenía un sueño, uno por el que lucharía hasta que lo consiguiera, y que no era otro que trabajar en una de las mejores firmas de la capital francesa como diseñadora.

Me dejé las pestañas para lograr graduarme en Diseño de Moda y Patronaje, por lo que no solo podía diseñar, sino que también podría coser mis propios diseños.

Envié el currículum a todas las firmas, tanto del país como del extranjero, esperando que alguna me contestara, pero, como se suele decir, “mierda para mí”.

Después de que pasaran seis meses desde que terminé mi carrera, desde el momento en el que me volví loca enviando mi currículum a todas las empresas, y viendo que nadie me hacía ni puñetero caso, me vine abajo.

—Vamos, cariño, sabías que entrar en este mundillo no era fácil — me dijo Valeria, mi mejor amiga.

—Val, pero es que es una putada. Creía que, terminando con honores, como lo he hecho, alguien me daría una oportunidad, aunque fuera coloreando los diseños.

—Hija, pero eso es prácticamente imposible, aunque tu padre y yo hemos tenido una idea —me dijo mi madre, que también estaba allí, desayunando con nosotras en esa cafetería.

—Miedo me dan vuestras ideas. Desde ya te digo que no me pienso poner a vender ropa de otros diseñadores en la tienda, porque eso terminaría de matarme.

—No, pero sí que podías vender tu propia ropa.

—Eso sí me interesa. A ver, explícame los detalles...

Mi madre me contó que había pensado dejarme una parte del almacén, la que tenía la mejor luz, para que fuera confeccionando alguno de mis diseños, esos que tenía en un portafolio y que soñaba con que alguien los pudiera lucir.

—Podemos poner un stand y dejarte uno de los escaparates para que los luzcas; seguro que las clientas se vuelven locas, ya sabes cómo son.

—Tina, esa idea me parece fantástica. Podrías empezar a darte a conocer de ese modo —afirmó Valeria.

—Quién sabe si pasa por el escaparate alguna actriz o artista famosa y se enamora de alguno de tus diseños —dijo mi madre.

—Hombre, después de ver que una chica normal y corriente era dependienta y un futbolista se enamoró de ella, cualquier cosa puede pasar.

Mi madre y mi amiga rompieron a reír, pensando que yo lo había dicho de cachondeo, pero en realidad estaba diciéndolo muy en serio.

Por un momento me atreví a soñar que pasaba una actriz por mi escaparate y se enamoraba de un vestido, comprándolo para una gala. alguna de esas mujeres que desfilaban por la alfombra roja de Hollywood, alguna española con fama internacional o alguna española que muchas veces había visto lucir diseños espectaculares durante la gala de los premios Goya.

Ya las estaba viendo, diciendo a los periodistas: «Si os gusta mi vestido, es de Tina Durán, y lo podéis encontrar en su tienda de las Ramblas».

—Baja de la nube, que todavía no has encendido la máquina de coser y ya te has visto en la alfombra roja —me dijo mi madre, que me conocía como nadie.

Sí, era una soñadora nata y, a veces, era necesario que me pusieran los pies en la tierra, porque podría darme un batacazo, como el que me había dado pensando en que triunfaría en el mundo de la moda nada más terminar la carrera.

—Venga, vamos a buscar telas y demás, y empezamos a preparar ese rincón en el que te veas reflejada —me dijo mi amiga.

Salimos de la cafetería; mi madre se marchó para la tienda, que había dejado en manos de mi padre mientras desayunaba con nosotros, y Valeria y yo nos marchamos a un centro comercial para mirar todo lo que me gustaría tener en ese rinconcito.

—Tina, tendrás que saber primero los modelos que quieres mostrar en el escaparate, ¿no?

—Uy, eso lo tengo claro. Tan solo tengo que encontrar los tejidos apropiados y de calidad para llevarlos a cabo y que se hagan realidad.

—Pues entonces, vamos a por ellos.

Tenía un colchoncito económico gracias a la herencia de mis abuelos, pues, cuando fallecieron, nos dejaron, a mi hermano y a mí, un dinerito en el banco y una casa, que mi hermano decidió quedarse y abonarme a mí la mitad de lo que estaba valorado.

Yo continuaba viviendo con mis padres, pues no tenía ninguna necesidad de salir de allí, puesto que tenía la independencia y libertad necesarias para hacer mi vida.

Álvaro, mi hermano mayor, había terminado de estudiar psicología industrial y trabajaba en una gran multinacional.

Vivía con su pareja, Carla, que trabajaba de abogada en la misma empresa, y estaban pensando en ampliar la familia, aunque mi madre insistía en que antes se casaran, y ellos no estaban por la labor.

Encontré los tejidos perfectos y llegué a un acuerdo con la chica: si todo salía como esperaba y necesitaba más cantidad, me pondría en contacto directamente con el proveedor, y ella se llevaría la comisión de ventas.

Metí los rollos de tela en el maletero del coche y nos pusimos rumbo hasta la tienda de mi madre para dejarlo todo en el almacén.

Tenía todo el día por delante, así que dejé a mi amiga para que se marchara a casa, ya que tenía turno de tarde.

Mi amiga Valeria había terminado enfermería, y se había especializado en pediatría, y trabajaba en uno de los hospitales de la ciudad, cuidando de sus tan adorados niños.

—¿Ya has encontrado todo lo que necesitabas? —me preguntó mi padre, ayudándome a descargar todo.

—Tan solo me faltaban las telas; lo demás, lo tengo en casa. Pero bueno, ahora subo un momentito y lo voy bajando poco a poco.

—No tienes que bajar nada, tu madre y yo hicimos un pedido a un proveedor que no solo tiene género ya confeccionado; lo tienes todo en el almacén.

Salí corriendo, porque, para mí, que me dijeran que me habían comprado algo para ejercer mi sueño, era como si el día de Reyes le dijeran a un niño que tenía una sorpresa.

Entré en el almacén y me tuve que llevar las manos a la boca, de lo que había allí y que no me esperaba para nada.

—¿Te gusta? —preguntó mi madre, que había entrado detrás de mí.

—¿Que si me gusta? Me fascina, pero no deberíais haber gastado tanto dinero; lo podría haber comprado yo, de verdad.

—Cualquier cosa que te demos no será nada si, con ello, podemos ayudarte a cumplir tu sueño —me dijo mi padre, dejando los rollos de tela en el suelo.

La sorpresa que me esperaba era una máquina de coser industrial, un último modelo al que yo le había echado el ojo hacía unos días, así como toda clase de hilos, botones y demás, que me ayudarían muchísimo.

Mis padres volvieron a la tienda, pues había entrado una clienta y yo no me lo pensé, saqué mi portafolio y cogí uno de mis diseños.

Era un vestido de fiesta, de color champán, con una gasa a modo de chal, que sabía que tendría mucho éxito, porque lo mismo servía para una ceremonia importante que para una invitada de un evento.

Lo primero que hice fueron los patrones. Tenía las medidas de Valeria, que era la que me servía de modelo para confeccionar mis vestidos, y fueron las que utilicé, también, en esta ocasión.

Me llevaría un par de días o tres tener terminado el vestido; además, también tenía que acondicionar el escaparate en el que se mostrarían mis diseños, que sería el que daba directamente a la fachada principal.

—No le des más vueltas y haz el diseño de tu marca, tu propio logo, que vamos a enviar a la imprenta para las etiquetas y para que hagan el rótulo que pegaremos en el cristal —me dijo mi padre.

—¿Cómo puedes adelantarte a todo siempre?

—Ay, hija mía, tu padre siempre ha tenido ese don de saber lo que necesitábamos, antes, siquiera, de que lo sepamos nosotras mismas —me contestó mi madre.

—Son los años, no es nada fuera de lo normal —respondió él, riendo.

—No son los años, Miguel, porque lo has hecho desde que éramos novios.

Mi padre negó con la cabeza mientras yo me iba hasta mi portátil para diseñar todo lo que mi padre me había pedido.

Quería un logo fácilmente reconocible, pero que no fuera algo manido, llamativo, pero sin colores estridentes, elegante, pero que no resultara aburrido.

En resumen, tenía un arduo trabajo por delante.

Capítulo 2



Tina

Había pasado ya más de una semana y, por fin, tenía todo listo para inaugurar el rincón de Tina Durán, como habíamos bautizado esa parte de la tienda.

Había confeccionado una prenda de cada modelo, con la opción de adaptar a la talla de la cliente, y mostrado en el escaparate dos de mis mejores vestidos, uno de fiesta y otro de cóctel.

—Verás cómo se venden bien, Tina; en cuanto que la clientela lo vea, empezarán a hacerte encargos —me dijo mi madre, mirando desde fuera el escaparate.

—Eso espero, mamá. Al menos, aunque no esté en una gran empresa como diseñadora, que me dé para vivir de lo que me gusta.

Mi madre me dio un fuerte abrazo y me señaló con la cabeza para que me fijara en lo bonito que había quedado todo.

El rótulo que anunciaba mi nombre era de color verde aguamarina, con las letras en dorado, lo cual hacía un contraste de lo más elegante.

Habíamos tapizado la pared del fondo, esa que era movable para poder cambiar los escaparates, con una tela del mismo color del fondo del logo, pero en un tono más claro, para que hiciera contraste.

En el momento en el que los dos vestidos se pusieron en los maniquíes, con sus complementos correspondientes, que también había diseñado yo y encargado a una empresa su confección, me di cuenta de que mi sueño empezaba a cobrar forma.

—¡Toma ya! No podía quedar más bonito, amiga —me dijo Valeria, que acaba de llegar hasta la tienda, directamente de su puesto de trabajo.

—Estoy nerviosa, no te lo discuto, pero también muy ilusionada.

—Vas a triunfar como la Coca-Cola, te lo aseguro.

—Bueno, el listón de mis expectativas lo he bajado mucho; si no triunfo aquí, ya lo único que me queda es vender mallas para el aeróbic de las ancianas de la asociación.

—Desde luego, guapa, qué tremendista eres. Todo va poquito a poco; no puedes pretender salir de la universidad y que tus diseños desfilen en Milán.

—No, en Milán no, pero en París...

—Es que eres tremenda, tienes una obsesión con esa firma...

—¿Qué quieres, si es de las mejores?

—Pues que deberías poner los pies en la tierra, que ya no tienes quince años, hija mía.

—Déjame que siga soñando; con eso no le hago daño a nadie.

—Te lo haces a ti misma, Tina, porque pones tan alto el listón, que te frustras al no llegar.

—Anda ya, no digas tonterías. Una cosa es lo que yo diga de bromas, y otra muy distinta, lo que piense en realidad.

—Eso espero, porque sería una pena que, por una tontería como esa, te vinieras abajo.

Mi amiga, en cierto modo, tenía razón, porque, aunque no me frustrara la idea de no llegar a cumplir mi sueño, sí que me daba miedo no poder vivir de esto.

Era sábado al mediodía, y, tras cerrar la tienda, decidimos que esa noche saldríamos a darlo todo, que nos lo merecíamos.

—Nos vemos a las nueve en tu casa. Vamos a cenar y nos tomamos algo luego.

—Vale, pero que no sea demasiado tarde, por favor, que estoy muerta.

—Te lo prometo, algo tranquilito, de verdad.

Nos despedimos con un beso y cada una cogió para un lado. Yo entré en el portal de al lado de la tienda, mientras que mi amiga se fue calle abajo, camino de su casa.

Valeria sí que vivía sola, pues sus padres tenían un pequeño apartamento en la misma calle, que tuvieron alquilado hasta que su hija terminó la carrera y les dijo que quería independizarse.

En ese momento, no lo dudaron y les dijeron a sus inquilinos que, en cuanto se les cumpliera el contrato, ya no lo renovarían más, y se lo entregaron a mi amiga.

En cuanto llegué a mi casa, y como mis padres habían quedado para comer con unos amigos, me calenté un poco de estofado que había dejado preparado mi madre y me senté en el sofá con mi cuaderno de diseños.

Cuando la inspiración se apoderaba de mí, me podía llevar horas y horas plasmando todo lo que se me pasaba por la cabeza.

Sabía que la mayoría de esos diseños no verían la luz, pero bueno, de ilusión también se vivía, ¿qué le íbamos a hacer?

Casi sin darme cuenta, el reloj avanzó hasta las ocho de la tarde, y ni siquiera me había duchado todavía. Con toda la premura de la que fui capaz, me levanté del sofá, cogí la ropa y me metí en la ducha.

No me iba a arreglar en demasía, entre otras cosas porque la cosa era ir en plan tranquilo, y no iba a tardar más en acicalarme que el tiempo que iba a estar en la calle.

Me vestí con un pantalón de talle alto y pata ancha, que me encantaba, que combiné con unas cuñas de esparto y una camiseta estrecha. Preparé una chaqueta por si refrescaba por la noche, ya que la humedad es muy mala.

Terminaba de pintarme los labios cuando llamaron al telefonillo. Fui hasta la cocina para contestar cuando mi teléfono sonó en ese momento.

—¿Es usted Tina Durán? —Me preguntó una voz femenina.

—La misma, ¿con quién hablo?

—Verá, mi nombre es Ana Galán y soy influencer. He pasado por delante del escaparate de su tienda y me he quedado prendada de uno de sus vestidos.

—Por lo que me dices, debes tener mi edad, más o menos, por lo que será mejor que nos tuteemos.

—Está bien. Me gustaría hablar contigo. ¿Cuándo podríamos vernos? Y perdona por la hora de la llamada, pero es que me urge hacerlo y no quería dejar pasar ni un minuto más.

—Bueno, ahora me disponía a salir a cenar con mi mejor amiga. ¿Te viene bien que nos veamos en el restaurante o estás ocupada?

—Me parece perfecto, no sabes cuánto te agradezco que me puedas atender hoy mismo. Si me pasas la ubicación a este mismo teléfono, estaré ahí en una media hora, más o menos.

—Ahora mismo te la envío. Te esperaré en la puerta. ¿Vale?

—Eso te iba a decir, que la primera que llegue espere a la otra en la puerta.

Colgué la llamada y ni siquiera me acordé del telefonillo, por lo que cogí mi bolso y me dispuse a salir de mi casa.

En cuanto llegué abajo, me encontré a Valeria con el móvil en la mano. Sí era cierto que, cuando me llamó Ana Galán, me vibró el teléfono varias veces, pero no le di importancia.

—Idiota, me has asustado. Estaba a punto de llamar a tus padres.

—Yo seré Antoñita la fantástica, pero tú eres la reina del drama. ¿Para qué los ibas a llamar?

—Pues porque no paraba de llamar al telefonillo, te he llamado varias veces al teléfono y no me contestabas, pensé que te había pasado algo.

—Sí, claro, me tenían retenida entre dos para robarme los millones que tenía en mi casa.

—Eres una idiota, que lo sepas.

Solté una carcajada y la cogí por encima del hombro, acercándola a mí y dejándole un beso en la mejilla.

—Pensé que te habías resbalado en la ducha y que no podías llegar al móvil.

—¿Todavía no te has enterado de que yo lo pongo encima de la cisterna? Hubiera llegado, me cayera como me cayera.

—Bueno, ¿me vas a contar el motivo por el que no me has contestado? Porque estaba claro que no es porque te estuvieras duchando.

—Ay, amiga, no te lo vas a creer.

Le conté a mi amiga la llamada que había recibido y que había quedado con esa chica en la puerta del restaurante para hablar con ella, y se alegró muchísimo por mí.

—No, verás, si al final te vas a hacer famosa y no te va a hacer falta la firma esa francesa para ver desfilas tus diseños.

—Dios te escuche, amiga mía.

Habíamos quedado en un restaurante del puerto olímpico, por lo que avisamos a un taxi para que nos llevara.

Durante el trayecto, buscamos a Ana Galán en el Instagram, pero no aparecía nadie con ese nombre que pudiera dedicarse a eso, pero decidí no adelantar acontecimientos y esperar a ver qué era lo que pasaba.

Llegamos al restaurante, y allí, en la puerta, había una chica de nuestra edad, mirando el reloj como si temiera que la persona que estaba esperando no llegara.

En cuanto que estuvimos más cerca, nos dimos cuenta de quién era, y claro que no la íbamos a encontrar por Ana Galán, porque su nombre artístico era "*Maga de la Moda*".

—¿Ana? —le pregunté en cuanto que la tuve al lado.

—Eres Tina, porque, si fueras otra persona, me hubieras dicho Maga.

—La misma, y no sabes la ilusión que me hace conocerte, te lo prometo.

Capítulo 3



Tina

Entramos en el restaurante y, nada más poner un pie en su interior, el dueño salió a saludar a Ana y le dijo que, si subía un post a sus redes promocionando el lugar, la comida de las tres estaba pagada.

—Eso está hecho, hombre. Ven aquí, que nos hacemos una foto y ahora mismo la subo.

—No hay mejor publicidad que un post de ella, os lo aseguro —nos dijo el dueño.

Yo fui la encargada de hacer la foto, que Ana subió al instante, diciendo que esta noche cenaba en uno de los mejores restaurantes de la ciudad, donde la relación calidad-precio no podía ser mejor.

—Gracias, Maga, es un placer. Pedid lo que os apetezca, que está todo pagado.

—Joder, chica, eso es una maravilla. Poder ir a donde te dé la gana y sin preocuparte del tique —le dijo Valeria.

—No te creas, que también es un coñazo no poder dejarte llevar por lo que te apetece en cada momento, por el miedo a que cualquier cosa que salga pueda dañar mi imagen —le contestó ella.

—Entonces, si tienes un mal día, ¿no puedes salir con tus amigas y coger una cogorza que te haga olvidarte de todo?

—Ni muerta, chica. Si sale eso en la prensa o si a alguien le da por grabarlo y subirlo a las redes, me juego el pan de mi casa y tengo un niño pequeño que depende de mí.

Ana nos contó que había sido madre muy joven y que el padre del bebé se desentendió desde el primer momento, pues estaba casado y ella no lo sabía. Su hijo tenía cuatro años ya, y sus padres la ayudaban con su cuidado cuando ella tenía que asistir a algún evento o algo parecido, como una promoción de una marca o un viaje.

—Lo he dejado completamente al margen, y por eso, tan solo mis amigos de toda la vida conocen su existencia.

—Eso es lo mejor, porque, así, no tienes el miedo de que lo puedan atacar de ninguna de las maneras, que la gente es muy mala —le contesté.

—No lo sabes tú bien... Bueno, a lo que íbamos, he quedado contigo aquí para hablar de negocios.

—Tú dirás.

—Tengo un evento mañana, y había elegido un vestido de una diseñadora muy reconocida, pero he pasado por el escaparate de tu tienda, y ese vestido color champán me ha conquistado.

—¿Mañana?

—¿No me lo podías prestar? Claro, seguro que lo tienes comprometido ya, si es que tendría que haber pasado por allí antes.

—No, no, ni lo tengo comprometido ni nada. Y no, no te lo presto, te lo regalo, siempre que digas que es un diseño mío y me promociones la marca.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Pues que tan solo tengo ese, y no me va a dar tiempo, de un día para otro, de tener uno nuevo listo.

—Ah, vale, pero eso no es problema, me das ese y listo.

—Tina, si no le queda bien, porque está hecho con mis medidas, siempre se lo puedes adaptar; no creo que tardes mucho en hacerlo, ¿no?

—Mira, vamos a hacer una cosa. Terminamos de cenar y nos vamos a la tienda. Te lo pruebas y miramos lo que podemos hacer, porque lo mismo no te gusta una vez que lo tengas puesto.

Ya estaban ahí mis inseguridades, no lo podía remediar, pues siempre me había pasado en los momentos más importantes.

—Me gustaría, aunque me quedara como un saco de patatas y, te aseguro, que no será el último vestido tuyo que luzca, pero, eso sí, los demás te los pienso pagar.

—En publicidad, Ana, que eso sí que no está pagado realmente.

—Bueno, bueno, ya lo iremos viendo.

Terminamos de cenar, tranquilamente, y, en cuanto que nos comimos el postre, les dije de ir a la tienda.

Ana llevaba el coche, por lo que, como tan solo habíamos tomado refresco con la cena, al menos ella, nos subimos y nos pusimos rumbo a la tienda. No llevaba las llaves encima, pero no tenía problemas en ir a buscarlas, pues tan solo tenía que subir las escaleras hasta mi casa.

—Esperadme aquí, que bajo enseguida con las llaves. No os digo que subáis porque, la hora que es, y con mis padres todo el día fuera, seguro que están ya durmiendo.

—No te preocupes, te esperamos aquí —me dijo Ana.

Subí rápidamente a por las llaves y me encontré con mis padres sentados en el sofá y viendo un programa de esos que les gustaban a ellos, de investigación.

—¿Ya has vuelto? —Me preguntó mi padre.

—Ay, papá, me ha pasado algo fantástico, pero ahora mismo no puedo contaros nada, porque me están esperando abajo.

—Bueno, te esperamos despiertos —me contestó mi madre.

—No, porque no sé el tiempo que puedo tardar. Os cuento todo mañana en el desayuno. Tengo la impresión de que me tocará pasar toda la noche trabajando.

—Hija, ¿no puede esperar?

—Mamá, es algo importante para mí. Me tengo que marchar.

Me bebí las escaleras camino hacia la tienda, pues ya me había retrasado lo suficiente y no quería hacerla esperar más, no fuera a echarse atrás.

—Ya estoy aquí, abro, quito la alarma y ya podéis pasar —les dije.

—Sin prisas, por favor, que te va a dar un chungo —me contestó Ana, sonriendo.

—No te preocupes, que yo soy enfermera —respondió la otra, riendo a carcajadas.

En cuanto que lo tuve todo listo, las dejé pasar al interior de la tienda, cerrando la puerta con llave, para que no nos dieran ningún susto. Me fui hasta el escaparate, de donde bajé el maniquí con el vestido que le gustaba a Ana, y lo quité de ahí, para que se lo pudiera probar.

Cuando la chica lo tuvo en la mano y comprobó la ligereza de los tejidos, así como la caída que tenía, todavía se enamoró más de él.

—Te prometo que, aunque tenga que llevarlo cogido con imperdibles por dentro, mañana lo luzco yo en el evento, como Ana que me llamó.

—No, mujer, además, son la una y media de la madrugada, así que lo lucirías hoy —le dijo Valeria, con una sonrisa.

—Venga, pasa a probártelo, a ver si no tengo que hacer muchos ajustes.

—Sí, y voy a probarme algunos más de ese perchero, para tenerlos listos para otros eventos, pero esos no me corren prisa, que hasta dentro de nueve días no tengo otro.

Entró en el probador y, cuando salió, no me lo podía creer. Parecía que lo hubiera diseñado para ella; tan solo había que cogerle un poco la pinza del pecho, que Valeria tenía un poco más de pecho que ella.

—¿Qué me decís? —dijo ella, saliendo y dando una vuelta para que la viéramos.

—Que te queda como un guante, chica.

—Bueno, como un guante, no, que tenemos que ajustar un poquito por aquí...

Cogí la pulsera de los alfileres y le ajusté el cuerpo del vestido. Ahora sí que le quedaba perfecto.

Fui hasta el almacén, cogí unas sandalias que había enviado a hacer a una empresa de calzado de Valencia, y que todavía no me había dado tiempo a exponer, porque me llegaron esa misma mañana.

—Toma, ponte esto, que te verás mejor.

—¡Por favor, sí son preciosas! ¿De dónde son?

—También son un diseño mío, precisamente para ese vestido, pero me llegaron esta mañana.

—Chica, eres el mayor de mis descubrimientos, y no dudes que todo el mundo va a saber quién eres.

Un nudito se me formó en el estómago, de miedo, de antelación, pero, sobre todo, de ilusión.

Ana entró en el probador, de nuevo, se recogió el pelo de manera improvisada, se puso uno de los pendientes que había en el mostrador, se colocó las sandalias y salió de nuevo.

—Voy a ser la sensación de la gala, te lo aseguro.

—¿Gala? ¿No era un evento?

—En realidad, no te he dicho toda la verdad, no te fuera a dar miedo las críticas.

—Habla ahora o calla para siempre —le dije, poniendo mi mano en la cintura, pero a modo de broma, por supuesto.

—Anda, espera que me quite esto y, mientras que tú me lo ajustas, te voy contando todo.

En cuanto me devolvió el vestido, me senté delante de la máquina de coser. No tardaría mucho en ajustarlo, a pesar de que tenía que desmontar las pinzas y volverlas a montar.

Mientras, ella me contó que la habían invitado a la gala de entrega de unos premios de moda internacional, una que darían por televisión, y que, por primera vez, se celebraba en nuestra ciudad.

—¡Ay, amiga! ¡Que te va a ver todo el mundo! —me dijo Valeria, emocionada.

—A mí, no, chalada, verán mi diseño —le contesté, riendo.

—Pero eso, amiga mía, es como si te vieran a ti, porque en cada diseño has dejado un pedacito de tu alma —me respondió Ana, con una sonrisa.

Capítulo 4



Tina

Ana salió de allí casi a las cuatro de la madrugada, pero lo hizo con tres atuendos completos para sus próximos eventos.

—Insisto en que me digas cuánto es todo.

—Te he dicho que te lo cobro en publicidad; con que digas que los diseños y la confección son míos, me conformo.

—No dudes que eso lo pienso hacer; además, le hablaré de ti a todas mis compañeras y amigas.

—A ver si ahora me voy a convertir en el armario de las influencers —le dije, riendo.

—Pero no seas tonta, a partir de ahora, a cobrar por todo. Que la publicidad no paga las facturas ni llena la nevera —me aconsejó Ana.

—Hombre, ya, pero a ti no, porque sin ti, no me conocerían esas personas.

Nos despedimos de ella en la puerta y subimos a mi casa, porque, al final, Valeria se quedó a dormir conmigo. Era muy tarde ya y, como al día siguiente no trabajaba, no la dejé que se marchara sola.

Entramos intentando no hacer ruido, pero en cuanto llegamos al salón, allí estaban mis padres, esperándome para que les contara todo.

—¿Qué hacéis aquí?

—Esperándote —me dijo mi madre, como si fuera algo obvio.

—¿No os dije que no lo hicierais? Os lo podría haber contado mañana por la mañana.

—Claro, y no dormimos por la ansiedad de saber —me contestó mi padre.

Soltamos una carcajada y nos sentamos junto a ellos, cada una en uno de los sillones.

Les empecé a contar lo que me había pasado, la llamada que había recibido, y les agradecí a mis padres que pusieran el número de teléfono en el rótulo de la firma, porque si no estuviera ahí, no podría haberme localizado.

—Hija, me alegra mucho que, por fin, alguien reconozca tu talento.

—Papá, desde que he abierto, he vendido ya bastantes vestidos. Que lo estás diciendo como si nadie me hubiera comprado nada.

—Ya lo sé, cariño, pero no me refería a eso. Lo que quiero decir es que alguien te va a dar visibilidad entre los grandes, nada más.

—Era una broma, papá. Tengo claro lo que me querías decir, y cruzo los dedos para que mi diseño guste y pueda seguir vendiendo como hasta ahora, o más.

—¿Ya no te quieres ir a París a trabajar en esa firma de moda? —preguntó mi madre.

—Claro que quiero, es mi sueño, pero, de momento, me conformo con que pueda hacerlo aquí. Lo demás, el tiempo lo dirá.

—Muy bien dicho, amiga, pero vámonos a la cama que se me cierran los ojos; mañana les das todos los detalles.

—Venga, sí, que yo también estoy muy cansada.

Nos despedimos y nos fuimos los cuatro a la cama. Valeria entró en el dormitorio de invitados, que sentía como suyo cuando estaba en mi casa.

Yo no sé los demás, pero yo me encontraba tan nerviosa que me costó media vida coger el sueño.

A las diez de la mañana, ya estaban Álvaro y mi cuñada Carla en mi casa; habían traído churros porque tenían que hablar con nosotros algo importante, según escuché que les decían a mis padres.

—¿He oído churros?

—Hombre, pero si está aquí mi hermana favorita —dijo Álvaro, dándome un beso en la cabeza.

—Idiota, soy la única que tienes.

—Por eso eres mi preferida.

—Sí, mucha preferencia, pero podrías haber venido un poquito más tarde, chico, que me he acostado cerca de las cinco.

—Buena noche de juerga, ¿no?

—Sí, sobre todo de juerga...

Le conté a mi hermano y a mi cuñada lo que me había sucedido, y ambos me abrazaron con cariño, pues sabían lo que me había costado llegar hasta aquí.

—Cada día estás más bueno, Alvarito. Si no fuera porque ya estás cogido, te tiraba los tejos —le dijo Valeria a mi hermano, cuando llegó a la cocina.

—Porque te conozco desde que empecé con él, porque, si no hubiera sido así, ya te hubiera cogido por los pelos, que lo sepas —le contestó mi cuñada, entre risas.

—Bueno, bueno, no sería para tanto, tampoco —respondió mi hermano.

Todos sabíamos que mi amiga lo decía en broma. Era cierto que, desde siempre, había dicho que mi hermano no podía estar más bueno, pero lo veía como eso, como un hermano, al igual que él a ella.

Nos sentamos a desayunar los churros, que al final se iban a quedar fríos, mientras que mi hermano y mi cuñada se hacían carantoñas y se dedicaban miradas de complicidad.

—Bueno, ¿nos vais a contar ya para qué me habéis sacado de la cama? —les pregunté a mi hermano y a mi cuñada.

—Espera a que estemos todos, que falta papá, que ha ido a lavarse los dientes —me dijo mi hermano.

—Tu padre, tan oportuno como siempre, hermanito.

—Mi padre y el tuyo, ¿o a ti te recogieron en el contenedor de la basura?

—Más quisieras tú haber nacido como yo...

Esa era una broma que teníamos siempre. Mi madre decía que él nació en la ambulancia, de camino al hospital, porque, como los dolores no eran demasiado intensos, esperó a que mi padre subiera de la tienda.

Después de eso, cuando le tocó el turno a mi embarazo, en la primera contracción que tuvo, mi padre la llevó al hospital, corriendo, y menos mal que lo hizo, o yo hubiera nacido en el hueco de la escalera.

Mi padre volvió del baño, con los dientes relucientes, y se sentó delante de todos nosotros, que no le quitábamos la vista de encima.

—¿Se puede saber qué coño me miráis?

—Hijo, que yo pensé que estabas cambiando los azulejos del baño. No se puede tardar más que tú —le dijo mi madre.

—Vaya, no sabía yo que ahora tenía un cronómetro para hacer mis cosas...

—Venga, venga, luego os ponéis a discutir, que ahora quiero que mi hermano cuente por qué nos ha levantado tan temprano.

—Eso, eso, que, en cuanto que lo diga, me vuelvo a la cama un ratito más —contestó Valeria, mientras que bostezaba.

—Ah, no, de eso nada, que va a empezar la gala y quiero ver si le preguntan a Ana de quién es el vestido.

—Chica, pero si ya lo ha subido a las redes. —Está todo el mundo preguntándole dónde pueden encontrar la tienda —dijo Valeria como la que dice que han ido a comprar pipas.

Las tres, es decir, mi madre, mi cuñada y yo, nos fuimos a coger el móvil, y entramos en su cuenta. Efectivamente, allí estaba la foto, delante de uno de los jardines del teatro donde se celebraba, y me puse nerviosa, porque los comentarios eran buenísimos.

—Tina, si, por casualidad, ves algún comentario negativo sobre tu diseño, no te vayas a venir abajo, que ya sabes que los haters están en todas partes —me aconsejó mi hermano.

—Mientras que haya más comentarios buenos que malos, vamos bien.

—En fin, creo que debemos contaros ya para qué hemos venido —dijo mi cuñada, un poquito nerviosa.

—Sí, ya va siendo hora —le contesté.

—Allá va la noticia. Uno, dos, tres...

—¡Nos casamos! —exclamaron los dos a la vez.

Mi madre se levantó y abrazó a mi hermano, con lágrimas en los ojos. Sabía que, si lo hacían, si iban a pasar por la vicaría, era por ella, que se moría por llevar a su hijo del brazo.

—¿Tenéis ya la fecha pensada? —les pregunté, cuando llegó mi turno de abrazarlo.

—Pensada no, la tenemos ya fijada, y te voy a necesitar, Tina —me dijo mi cuñada.

—Por supuesto que te voy a ayudar en todo. Dime, ¿qué quieres que haga?

—Para empezar, quiero que me diseñes mi traje de novia.

—¿Me lo dices en serio? Joder, Carla, eso es algo muy especial, es el día más importante de la vida de una mujer.

—Y por eso quiero que lo hagas tú. Nadie mejor para captar mi esencia, pues nos conocemos desde hace mucho, y sabes, a la perfección, lo que me sienta bien y lo que no, con lo que voy a estar cómoda y lo que no me va a gustar.

—Pues, para mí, será un honor. Dime, ¿cuándo os vais a casar?

—Nos casamos dentro de un mes y medio, antes de que se me note —me contestó, pero no sabía a qué se estaba refiriendo, ni yo, ni nadie.

—¿Antes de que se te note? ¿Qué se tiene que notar? —preguntó mi madre.

—El embarazo, mamá. Esa era la segunda parte de la noticia, que vamos a ser papás.

En ese punto, mi madre ya lloraba como una Magdalena. Mi hermano les contó a mis padres que, después de enterarse de la noticia, pensaron que debían legalizar todo antes de que naciera.

—Desde ya te digo que no será una boda multitudinaria ni por la iglesia —le dijo mi hermano.

—No, hemos pensado que será una boda por lo civil, en los jardines de un hotel y tan solo con la familia y los amigos cercanos.

Capítulo 5



Jean Paul

No me gustaban, para nada, los eventos de este tipo y, por eso, me negaba a asistir casi siempre, pero en esta ocasión era imposible que lo hiciera.

¿El motivo? Pues no era otro que una de las colecciones premiadas pertenecía a mi firma, la misma que había levantado mi abuela con mucho sudor.

Mi abuela siempre tuvo el sueño de triunfar en la moda, y puso todo su empeño en conseguirlo.

No os vayáis a pensar que venía de una familia adinerada, porque no era así. Su madre, o sea, mi bisabuela, era modista y arreglaba toda prenda que caía en sus manos, mientras que mi bisabuelo trabajaba en la vendimia.

En aquella época, que mi abuela soñara con algo así era poco menos que impensable. Si no llega a ser porque mi abuelo la apoyó en todo y le dio alas para que pudiera volar, nada de esto hubiera sido posible.

Ella empezó con una pequeña tiendecita en un barrio de París de clase media, en el que les hacía sus vestidos a los vecinos que tenían alguna boda o similar.

Poco a poco, la fama de ella se fue conociendo en toda la ciudad, gracias al boca a boca y, en menos de dos años, tuvo que cambiar su manera de ver el trabajo y empezar a pensar a lo grande.

A día de hoy, la firma que fundaron mis abuelos, "*DeSartre*", era una de las más reconocidas en el mundo de la moda. Yo, su nieto mayor, era la persona que la dirigía, junto a mi hermana Jade, que era la que llevaba todo el tema de las redes.

Jade tenía veinticinco años, y había estudiado marketing; era la *community manager* de la empresa y lo cuidaba todo al más mínimo detalle. Sería mi acompañante de esta noche, ya que mi mejor amigo Jules no podía acompañarme por motivos personales.

Bueno, unos motivos que tenían piernas largas y que aterrizaban ese día en París, junto a su amiga, con la que yo me acostaba de vez en cuando, y que por eso me molestaba todavía más esa entrega de premios.

Estaréis pensando que era una tontería, pues podría quedar con esa mujer en otro momento, pero no era tan fácil como pensáis, porque ellas eran azafatas de vuelo, vivían en Australia y eran pocas las ocasiones en las que coincidíamos.

—¿Estás listo, hermanito?

—Sí, termino de meter mi portátil en la maleta y podemos marcharnos.

—¿No vas a descansar nunca?

—Sabes que no puedo, tengo que tener todo controlado, o los nervios se apoderan de mí.

—Hijo mío, pero si lo que vamos a estar son tres días en España.

—Tres días, de los que dos son lectivos.

—Por favor, eres un obseso del trabajo. Así, no me darás un sobrino en la vida.

—¿Por qué no me lo das tú a mí?

—Porque yo tengo diez años menos que tú y la lógica dice que es el hermano mayor el primero que tiene que hacer todo.

—Ya, pero resulta que a los hombres no se nos pasa el arroz, mientras que a las mujeres, sí.

—Ese comentario sobra, chaval. Ahora, las mujeres están pariendo a partir de los treinta y cinco...

—Bueno, pues, entonces, todavía te quedan diez años para seguir disfrutando de tu vida.

—Eres imposible, de verdad. No hay quien pueda contigo.

—Y, justo ahí, es donde radica mi éxito.

Mi hermana soltó una carcajada mientras que me daba una colleja, negando con la cabeza. Cogimos nuestras maletas y salimos de mi casa, rumbo al aeropuerto, donde nos esperaba el avión privado de la empresa.

Mi abuelo, hacía ya algunos años, compró uno, para que mi abuela no se tuviera que quedar en el aeropuerto buscando vuelos de vuelta, y, cuando se estropeó, no dudamos en sustituirlos.

Una vez que el avión despegó, mi hermana sacó su portátil y yo el mío, y nos pusimos a trabajar.

Hacía lo mismo que me estaba recriminando a mí, minutos antes, pero es que, en el fondo, nos parecíamos muchísimo.

—¿Has visto la publicación de esta influencer?

—Pues no, ya sabes que de eso te ocupas tú. Yo no tengo tiempo para estar mirando nada. ¿Por qué lo dices?

—Mira el vestido que lleva.

Mi hermana giró el portátil para que lo viera, y me sorprendió, porque no era el típico diseño clásico, pero tampoco era uno de esos modernos que parecían psicodélicos.

—¿De quién es? No me recuerda a ningún diseñador reconocido, ni siquiera sabría decirte de qué firma es.

—Es precioso, me encanta cómo mezcla la elegancia con la modernidad, y los tejidos se ven de calidad.

—A mí también, pero no me has dicho quién lo firma.

—Pues, según pone aquí, es un diseño de Tina Durán.

—Busca y averigua si hay algo más de esa mujer por las redes.

—Lo sabía, tenía claro que este diseño te iba a cautivar, por su frescura y por todo lo que lleva detrás.

Se pintó una sonrisa en mi boca, porque era tan transparente para Jade que, sin palabras, me entendía a la perfección.

Mi hermana se dispuso a buscar en las redes, pero no había nada, ningún perfil profesional, y eso me mataba. Cuando veía a una persona con talento para el diseño que no estaba triunfando como se merecía, mientras que otros, haciendo mamarrachadas, desfilaban en las mejores pasarelas, me ponía negro.

—Aquí he encontrado a una chica, Cristina Durán, que tiene un perfil privado.

—A ver, déjame que vea si la conozco.

—Es barcelonesa, no veo por qué deberías conocerla.

—Ay, Jade, que pareces nueva. En este mundo nos conocemos todos y, si no es famosa, si no la conoce nadie todavía, tendré más posibilidades de poder tenerla en mi equipo.

En cuanto mi hermana giró de nuevo el portátil, y tuve delante la cara de esa chica, algo me subió por el estómago.

Decir que era preciosa era no hacerle justicia, porque era mucho más que eso. Rezumaba elegancia por los cuatro costados, era natural, nada de poses artificiales, nada de risas fingidas; era ella, una mujer segura de sí misma y con los pies en la tierra.

No había ni rastro de ninguno de sus diseños en sus redes personales, y por eso, me marqué el objetivo de que tenía que hablar con esa influencer, y que me dijera dónde podía encontrarla.

—Hermanito, veo que no solo te ha gustado el diseño de ese vestido, sino que también lo ha hecho la persona que lo ha diseñado.

—No digas tonterías, Jade. Ni siquiera sabemos si es esta mujer. Puede que sea una señora de sesenta años la que lo ha diseñado.

—Claro que sí, y yo mañana tengo que volver a hacer la comunión, porque la que hice con nueve años no me vale.

Negué con la cabeza, pues mi hermana tenía la capacidad de sacar de mí tanto la mejor como la peor versión de mi carácter.

Aterrizamos en el hangar privado del aeropuerto de Barcelona y nos dispusimos a bajar para montarnos en el coche que nos estaba esperando.

No me gustaba conducir en países que no eran el mío y, si me apurabas, hasta fuera de mi ciudad, porque me parecía inaguantable perder el tiempo si me perdía, y el GPS y yo no éramos buenos amigos.

El chófer nos dejó en el hotel en el que nos alojaríamos estos tres días, y que estaba en el centro de la ciudad, que estaba plagado de turistas.

La ciudad era preciosa, eso era innegable, pero tanta gente en los mismos lugares me agobiaba un poco. Sí, podéis llamarme maniático, no voy a objetar nada, pero siempre me había ocurrido lo mismo. A la hora de elegir destino para descansar unos días de vacaciones, siempre buscaba lugares que no fueran muy conocidos, y había disfrutado de verdaderas joyas, tanto arquitectónicas como en sus habitantes.

—Tienes que localizar a esa mujer, a la Maga de la Moda, y quedar con ella.

—Hermano, la vas a ver dentro de un par de horas, en la entrega de premios.

—Es verdad, me olvidaba de que era hoy mismo.

—Tú, y tu manía de llegar a los sitios con el tiempo justo, cuando podíamos habernos venido ayer por la tarde.

Era cierto, mi hermana, por suerte, necesitaba poco tiempo para estar lista, pero si hubiera sido de esas mujeres que necesitan horas para arreglarse, no hubiera llegado a tiempo a la ceremonia.

Me dejó en la ducha, mientras que ella se marchaba a la peluquería del hotel, donde ya la estaban esperando. Una vez que la peinaran, tan solo tendría que ponerse el vestido.

Cuando ella subió, yo todavía estaba haciéndome el nudo de la corbata.

—De verdad, Jean Paul, no sé cómo, siendo lo lento que eres, no quisiste que viniéramos ayer.

—Te aseguro que, en el momento en el que tú salgas de tu habitación, ya estaré listo.

Capítulo 6



Jean Paul

Nos bajamos del coche y una nube de periodistas nos asaltó nada más vernos. Eso era lo que peor llevaba de todo, la falta de intimidad.

—Señor Sartre, ¿está contento con el premio? —me preguntó uno de los periodistas.

—Buenas tardes, sí, muy contento, gracias.

—¿Tienen nuevas propuestas para esta temporada?

—Siempre tenemos nuevas propuestas; si no fuera así, no podríamos presentar la próxima colección.

—Nos han llegado rumores de que estáis buscando sustituto para la diseñadora principal. ¿Tan graves son las diferencias?

—No existen tales diferencias, se lo aseguro. Y no, no estamos buscando sustituto para nadie —le respondió mi hermana, salvándome de una buena.

La diseñadora principal era Samantha Field, con la que cometí el error de tener una noche de pasión, que ella se pensó que era una propuesta de matrimonio. Me costó mucho que entendiera que ni iba a repetirse más, ni, mucho menos, se iba a volver a repetir.

No voy a decir que no pensé incluso en despedirla, porque el acoso era considerable, pero era tan buena diseñadora que me la tuve que comer con patatas. Ella se dedicó a contarles a todo el mundo, a modo de confidencia, que teníamos una relación, algo que nunca fue así, pero que ella difundió con la intención de presionarme.

Nada más alejarnos de la nube de periodistas, nos tuvimos que parar delante de un photocall, donde mi hermana contestó a todo lo que le preguntaron, tanto del diseño que llevaba como de las próximas colecciones.

—Tenemos que buscar a esa influencer —le dije al oído, puesto que allí había mucha gente de la competencia y no quería que me escucharan.

—¿Qué te crees que he hecho desde que hemos entrado?

—Debe de estar por aquí, pues en la foto que ha subido a las redes, ya se encontraba delante, en el jardín.

—Ya, pero lo mismo ha hecho la foto antes de que llegara la prensa y ha vuelto a donde estuviera.

—No, esa foto estaba demasiado cuidada como para ser algo ocasional.

Levanté la mirada y me di de lleno con esa mujer, con la que estábamos buscando y que tenía la clave de todo. No dudé en acercarme.

Por suerte, mi abuela era española y se encargó de que todos sus hijos y sus nietos aprendiéramos el idioma, entre otras cosas, porque ella se negaba a hablar en francés, aunque lo entendía perfectamente.

—Buenas tardes, soy Jean Paul Sartre y ella es mi hermana Jade. Ambos somos del "*Atelier DeSartre*" y me gustaría hablar con usted —me presenté.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle?

—Verá, hemos visto una publicación suya y queríamos ponernos en contacto con la diseñadora, para ver el resto de los diseños, porque supongo que tendrá más...

—Por supuesto, y cada cual mejor que el anterior. Yo misma cambié ayer, a última hora, de vestido, porque, al pasar por el escaparate, me enamoré de este vestido, pero no solo de este.

—¿Me lo dice de verdad?

—En primer lugar, vamos a tutearnos, por favor. Y en segundo, te aseguro que esta mujer llegará muy lejos, bien dentro de una gran firma, bien por su cuenta, porque sus diseños son frescos y actuales, con unos tejidos que enamoran.

—¿Tendrías su teléfono? Me gustaría concertar una cita con ella, pues tan solo vamos a estar aquí durante tres días.

—Por supuesto, pero, sin su consentimiento, me permitirás que no te lo dé. Si me das un minuto, al terminar la entrega de premios, que está a punto de empezar, yo misma la pondré en contacto contigo.

—No lo dejes de la mano, por favor, creo que es justo lo que estamos buscando en nuestra empresa —le dijo mi hermana, que se había quedado tan prendada de ese vestido como yo.

Efectivamente, los premios empezaron al instante, y yo ya estaba deseando que terminaran, porque me moría de ganas por hablar con esa mujer.

Una de las galardonadas, por su difusión de la moda, fue esa mujer, que acababa de subir al escenario.

—En primer lugar, quiero agradecer a Tina Durán, una joven promesa del diseño y la confección de moda, por haber donado este vestido para acudir hoy a la gala...

—Sabía que la iba a nombrar, y chico favor nos ha hecho. Espero que no se nos adelante nadie —me dijo mi hermana.

—No, porque ella sabe lo que le conviene a su amiga.

—Eso espero, porque si dice que todos los diseños son iguales a ese, en calidad y estilo, es un diamante en bruto.

Llegó nuestro turno de recoger el premio a la mejor colección de primavera-verano, y fue mi hermana la que lo recogió.

Yo prefería quedarme apartado de todo esto; no me gustaba nada. Ella agradeció a nuestra abuela por todo el legado que nos había dejado, así como a los diseñadores y modistas de la firma.

Nosotros teníamos dos tipos de prendas en nuestro catálogo. Unas prendas más asequibles que se confeccionaban en serie, y que se podían adquirir en cualquiera de nuestras tiendas, y otra más exclusiva.

En la colección exclusiva tan solo se confeccionaba un vestido de cada diseño, y sus precios eran mucho más elevados.

Precisamente para el diseño de esa colección era para lo que quería contactar con esa diseñadora; Tina Durán había dicho que se llamaba.

En cuanto que el presentador de la gala se despidió de nosotros, instándonos a acudir al hotel en el que sería la recepción, me fui directamente a buscar a esa chica.

—¿Puedes llamar a esa diseñadora, por favor? No quiero que nadie se me adelante.

—Tengo una idea mejor. Como tengo que ir a cambiarme de ropa, pues este vestido no es apropiado para una comida, y lo haré en su tienda, que está aquí cerca...

—¿Quieres que vayamos contigo? —preguntó Jade, asombrada.

—Eso mismo, la aviso de que vamos para allá, no se alejen de mi lado.

—¿Alejarnos? Nos vamos a pegar a ti como una lapa, como decía mi abuela —le respondí, y ella empezó a reír.

Minutos después, estábamos saliendo del teatro, montándonos los tres en el coche y poniendo rumbo hasta el taller de la diseñadora.

Nos bajamos del coche y no pude evitar que un nudo se me pusiera en el estómago. Si en las fotos de las redes sociales era bonita, no os podéis imaginar cómo era en realidad. Era una mujer con una sonrisa que impactaba, pero, si quería tener relaciones laborales con ella, tenía que quitármela de la cabeza.

—Hola, Tina, buenas tardes, y perdona que te abordemos así, sin avisar, pero no podíamos dejar pasar esta oportunidad —le dijo mi hermana, mientras que ella no sabía qué decir ni hacer.

—Amiga, ellos son Jean Paul y Jade Sartre, del "*Atelier DeSartre*", de París.

—Sé quiénes son, no hacen falta las presentaciones y, por eso, estoy así de sorprendida.

—¿No te han avisado de que veníamos? Si no puedes atendernos, no te preocupes, entendemos el atropello y podemos quedar otro día; eso sí, tendría que ser mañana o pasado, porque volvemos a París.

Era mi hermana la que estaba llevando la voz cantante, pues me quedé tan anonadado con esta chica, que no me salían ni las palabras, os lo prometo.

—Ah, no, si no tengo nada que hacer, os puedo atender sin ningún problema.

—¿Podría enseñarnos algunos de tus diseños? —Me atreví a preguntarle.

—Por supuesto, entremos en la tienda.

—Mientras que tú le enseñas todo, voy al almacén a cambiarme de vestido, que ahora me toca el rojo —le dijo la influencer.

—Lo tienes todo preparado en mi taller, puedes cambiarte allí, si quieres —le contestó ella.

Tina nos miraba como si no terminara de creerse que estábamos allí y, cuando cruzaba la mirada conmigo, se sonrojaba en demasía.

—¿Qué tipo de diseños estáis buscando?

—Todos, queremos ver todo lo que nos puedas enseñar, tanto en papel como ya confeccionado.

—Lo confeccionado es fácil, porque no tengo tanto. Voy cosiendo a medida que se van vendiendo, pero si os tengo que enseñar todo lo que tengo en papel, vais a perder el avión.

Mi hermana me miró, sonriente, pues sabía que eso era lo que más me gustaba de un diseñador, que tuviera un portafolio amplio, que nos mostrara su talento en toda su amplitud.

Nos llevó hasta un perchero que había en la tienda y tengo que reconocer que eran unos diseños preciosos, actuales y completamente originales. Pero no fue eso lo que más me sorprendió, sino que lo que lo hizo fue cuando llegó con el portafolio y lo puso sobre el mostrador.

Entre esas páginas había verdaderas maravillas, que ya imaginaba entre nuestras colecciones, tanto para la exclusiva como para la asequible, ya que tenía de todo.

—No me lo puedo creer. ¿Esa maravilla la has diseñado tú? —dijo mi hermana, en cuanto que giró la cabeza y vio a Maga salir del almacén.

—¿Me permites que lo vea de cerca? —Le dije a la chica.

—Claro, y todo lo demás también es diseño de ella, desde los zapatos hasta los pendientes —me contestó Maga.

Era una verdadera maravilla. Se trataba de un vestido de cóctel, de color rojo bermellón, con capas superpuestas que le daban el volumen perfecto, sin ser excesivo, y que llevaba el escote tipo barco por delante, pero la espalda, completamente al descubierto.

Era un diseño sencillamente alucinante. No pensaba dejar escapar a la gallina de los huevos de oro.

—No necesito ver más para saber que te quiero en mi equipo —le dije.

—¿De verdad? ¿Me estás ofreciendo un puesto de trabajo en tu empresa?

—No te estamos ofreciendo un puesto de trabajo, queremos que seas la diseñadora de nuestra firma, la que encabece todas y cada una de las colecciones —le dijo mi hermana.

Empezó a ponerse nerviosa, por eso, y porque nos estaban esperando para la comida, no dudé en preguntarle algo.

—¿Podríamos quedar mañana para comer y discutir los términos del contrato?

—Por supuesto, de verdad que estoy que no me lo creo...

—Yo quería pedirte otra cosa, aunque sé que es un atropello para ti —le dijo mi hermana, con cierto apuro.

—Si está en mi mano, no dudes que lo haré. Dime qué es lo que te está atormentando.

—Tal y como ha dicho antes Maga, este vestido que llevo no es adecuado para una comida. ¿Te importaría dejarme uno de tus diseños ya confeccionados?

—Por supuesto que no me importaría, elige el que quieras.

Buena jugada la de mi hermana. No dudaba de que lo había hecho de corazón, pero también con todas las intenciones, porque si la competencia veía que ella llevaba un diseño suyo, entendería que sería nuestra próxima incorporación.

Mi hermana también eligió un vestido de cóctel, de color verde aguamarina, con falda de gasa y manga asimétrica, que le quedaba como si lo hubieran cosido sobre su piel.

—Estás preciosa, Jade —le dijo ella en cuanto que la vio salir.

—He elegido este porque le va bien a mis zapatos y complementos. Porque todos son preciosos, de verdad. No dudes que, en cuanto me pregunten ahora, diré que es un diseño tuyo.

—Sabía que llegarías lejos, amiga —le dijo Maga, abrazándose a ella.

—No cantes victoria, que todavía no he firmado nada...

—¿Quieres que hagamos un precontrato? Si es lo que necesitas, ahora mismo llamo a mi abogado y lo dejamos firmado en cinco minutos —le ofrecí.

Sí, no lo dije tan solo por ella, que también lo dije por mí, porque me quería asegurar de que no cambiaba de opinión y se iba con otra de las firmas que la iban a llamar, porque de eso estaba completamente seguro.

—Me vale con un apretón de manos. Mi padre me enseñó que, si alguien tiene palabra, con ese gesto es suficiente para confiar.

—Pues, de eso te puedo asegurar que me sobra.

Le tendí mi mano para estrechársela, y os prometo que, en cuanto nuestras pieles se rozaron, una descarga eléctrica me atravesó la espina dorsal, y a ella le debió pasar lo mismo, a juzgar por la cara que puso.

Capítulo 7



Tina

En cuanto recibí la llamada de Ana, diciéndome que venía a cambiarse al taller, que se le había complicado la cosa para ir hasta su casa, supe que algo se traía entre manos.

Por suerte, dejamos allí un atuendo completo, reservado para cualquier imprevisto, por algo como esto.

—¿Dónde vas ahora? —me preguntó mi hermano, que al final se quedó a comer en mi casa.

—Me ha llamado Ana, la chica influencer que me ha nombrado cuando ha recogido su premio, que viene para acá, que necesita un cambio de ropa.

—Amiga, al final te vas a convertir en una diseñadora famosa —me dijo Valeria, que seguía en pijama, sentada en el sofá de mi casa.

—No sé, pero hay algo que me resulta muy extraño en todo esto.

—No vayas a empezar, Tina, por favor —me dijo mi cuñada.

—Es que, no sé, es como si todos los astros se hubieran confabulado a mi favor, y eso me da mucho miedo.

—Venga, que ya verás cómo te sale muy bien todo —me dijo mi padre.

—¿Necesitas que te acompañemos alguno de nosotros? —me preguntó mi hermano.

—No, a esto me tengo que enfrentar yo sola, y dejar los nervios a un lado.

—Esa es mi chica, pero hablas como si supieras que te esperaba algún reto —dijo mi madre.

—Llamadme loca, pero siento que estoy ante algo que me va a cambiar la vida, no sé si en el plano laboral o en el plano personal...

—No tenemos que llamarte nada, porque ya sabes que a mí me ha pasado durante toda la vida, y eso te va a ayudar a decidir —me argumentó mi madre.

Con más miedo que vergüenza, bajé hasta la tienda. Ni siquiera me arreglé, pues bajé con unas mallas y una camiseta, así como unas deportivas y mi pelo recogido en una coleta.

Vi cómo llegaba un coche demasiado elegante para mi nueva amiga, pero pensé que se lo habían puesto los de producción de la gala de premios, aunque me equivoqué.

Lo supe en el mismo momento en el que no solo bajó mi amiga de él, sino que también lo hicieron los hermanos Sartre, que eran los gerentes y propietarios de la firma de moda con la que tanto soñaba a nivel laboral.

—Hola, Tina, buenas tardes, y perdona que te abordemos así, sin avisar, pero no podíamos dejar pasar esta oportunidad —me dijo su hermana, mientras que yo no sabía dónde meterme.

—Amiga, ellos son Jean Paul y Jade Sartre, del "*Atelier DeSartre*", de París —me dijo Ana, con una sonrisa.

—Sé quiénes son, no hacen falta las presentaciones y, por eso, estoy así de sorprendida.

Estuvimos un buen rato en la tienda, pues me pidieron ver los diferentes diseños que tenía en mi portafolio, así como los que ya tenía confeccionados.

Cuando escuché esa frase con la que tanto había soñado desde que empecé a estudiar diseño, no me lo podía creer.

Me habían ofrecido un puesto de trabajo dentro de su equipo, y todo fue gracias a Ana, que fue la primera que confió en mí, y que, con ese vestido que se había puesto, había hecho que terminaran de decidirse.

Ese hombre me ponía nerviosa, y no solo por lo que me estaba ofreciendo, que era muchísimo, sino porque era guapo hasta decir basta.

Si guapo se veía en las fotos de las revistas de moda, verlo en persona era mucho mejor.

Medía sobre un metro ochenta o un poco más, era moreno y tenía unos ojos grises que, a pesar de su color, mostraban un fuego que no había visto nunca en un hombre.

Me miraba de una manera que me intimidaba, pues sentía como si me quisiera para mucho más que trabajar en su empresa, pero tenía que quitármelo de la cabeza, sobre todo si quería triunfar en el mundo de la moda.

Además, era por todos conocido que mantenía una relación con Samantha Field, la diseñadora principal de su firma, y no quería tener líos con nadie, mucho menos cuando mi futuro laboral estaba en juego.

Jade me pidió un vestido de cóctel para cambiarse y, por supuesto, le dije que eligiera el que más le gustara. Ella también era preciosa, pues lucía un pelo rojo, rizado y absolutamente natural, y unos ojos verdes enmarcados por unas largas pestañas que los resaltaban todavía más.

No se podía estar más guapas y elegantes que ellas dos, ni yo podría haber encontrado, en mi vida, dos mujeres que representaran y llevaran tan bien mis diseños.

Me despedí de ellos en la puerta de la tienda, después de cerrar con llave, quedando en que nos veríamos en el restaurante del hotel en el que se alojaban, al día siguiente a la una y media de la tarde, para que le diera tiempo a su abogado de llegar.

En cuanto subí a mi casa, y viéndome la cara, todos supieron que algo bueno me había pasado.

—Álvaro, te necesito mañana a la una y media de la tarde —le dije a mi hermano, antes de que nadie me preguntara nada y se me olvidara.

—¿Qué te ha ocurrido, Tina? Traes una cara que no sé si es de asombro, de alegría o de pavor —me dijo mi madre.

—De las tres cosas, mamá. No os vais a creer lo que me ha pasado allí abajo.

—Si no nos cuentas nada, es difícil que lo hagamos. Hasta ahora, no nos hemos sacado el primer curso de adivinación, suspendimos todos —me dijo mi amiga, que continuaba allí.

—Es que ha sido todo tan surrealista que no sé ni por dónde empezar.

—Hija, pues es muy fácil, por el principio. A ver, venga, yo te ayudo. Chicos, he bajado a la tienda y estaba Ana esperándome... —Me dijo Carla, mi cuñada.

Cuando empecé a relatarle todo lo que me había pasado, hasta a ellos les costó creerlo. El primero en hablar fue mi hermano, por lo que le había pedido antes.

—Supongo que me has dicho lo de que me necesitas mañana porque será el momento en el que negociéis el contrato, ¿verdad?

—Efectivamente. Ya sabes que yo de tejidos y dibujos, todo lo que quieras, pero si me dice que firme que tengo que llevar un elefante encima en cada desfile, porque lo dice la ley, lo firmo porque no tengo ni la más remota idea.

—Por eso no te preocupes, que yo iré contigo y te asesoraré.

—Cuñada, entonces, ¿no vas a poder diseñarme mi vestido de novia?

—Eso lo haré, aunque tenga que firmarlo como Pepa Pérez, aunque no creo que me pongan ningún inconveniente para poder hacerlo.

—Amiga, ¿está tan bueno como en las revistas? —me preguntó Valeria, y supe por quién lo estaba diciendo.

—Mucho más, te lo aseguro. Es un hombre impresionante, con una forma de mirar que no he visto en mi vida.

—Bueno, pero eso es secundario, vamos a lo importante. ¿Tendrás que marcharte a vivir a París? —Me preguntó mi padre.

—Pues, no lo sé, pero supongo que sí, porque si tengo que trabajar en la empresa, no creo que me dejen hacerlo desde aquí —le contesté.

—Cabrona, al final vas a cumplir todos tus sueños y me vas a dejar aquí, tirada como a una colilla —me dijo Valeria.

—Siempre te puedes venir a vivir allí conmigo.

—Claro que sí, y lo hago a tu costa.

—Vamos, como si en París no hubiera hospitales ni niños...

—Por supuesto que hay, además de que dominas el idioma —le dijo mi madre.

—Sí, y se lo debes a mi hermana, que siempre ha soñado con vivir ahí y te obligó a que te sacaras con ella el título en la escuela de idiomas.

—Lo cierto es que el hospital en el que trabajo es uno privado, que tiene varios repartidos por toda Europa y, entre ellos, hay uno en París.

—Dime que si me voy a vivir allí, pedirías el traslado.

—Aquí no tengo más familia que ustedes, porque mis padres están a su bola, viajando por el mundo la mayor parte del año. Así que... sí. Si te marchas tú, yo lo hago contigo, aunque no sea de manera inmediata.

No pude más que abrazar a mi amiga del alma, porque si algo me hacía ilusión de todo esto, era que iba a vivir mi sueño junto a ella.

Esa noche no pude dormir; todo se acumulaba en mi cabeza de manera ininterrumpida, sobre todo después de la llamada que recibí de Ana en cuanto que llegó a su casa.

—Amiga, has triunfado en esa comida, como la Coca-Cola.

—¿En serio? ¿Me lo dices de verdad o para que no tenga miedo mañana?

—Te lo prometo. En cuanto nos vieron llegar, la prensa empezó a especular sobre los diseños, y Jade no dudó en pararse a decirles que se había enamorado de tus diseños.

—Joder, todo me parece un sueño, del que me da un miedo atroz despertar.

—No es un sueño, es la realidad. Pero no quedó todo ahí; una vez que estuvimos dentro, la mayoría de las mujeres se quedaron prendadas y empezaron las especulaciones sobre tu persona, todas buenas, por supuesto.

—Ana, te juro que todavía no me creo que me esté pasando todo esto; estoy en una nube.

—Te lo mereces, Tina, tienes un talento que todo el mundo tiene que ver y disfrutar.

—Tengo tanto que agradecerte... Si no hubiera sido por ti, no podría haber llegado a esto y, por eso, mis diseños están a tu disposición, trabaje para la firma que trabaje, porque lo pienso dejar por escrito.

—Y para mí será un placer lucirlos, porque son bonitos, elegantes y, lo más importante, muy fáciles de llevar.

—Mañana te llamo y te cuento todo lo que ha pasado.

—Esperaré ansiosa esa llamada.

Corté y me fui a la cama, con todo eso en mi cabeza. Ya había dejado preparado todo lo que me iba a poner, que, por supuesto, era un diseño mío.

Iría con un vestido midi, en marrón chocolate, que era el color estrella de este verano, con pequeños topitos en blanco. De cuello *halter*, con un cinturón de cuero marrón más clarito y falda vaporosa. Lo combinaría con unas sandalias de cuña del mismo color que el cinturón y el bolso a juego, también diseños míos.

Había quedado a la una y media, pero a las ocho ya estaba yo en planta. Mis padres estaban tomando café en la cocina cuando yo salí, antes de ir a abrir la tienda.

—Buenos días, mi niña. ¿Quieres un café?

—Mejor quiero una garrafa de cinco litros de tila, que me vendrá bien para calmar mis nervios.

—No seas exagerada, que ya los tienes en el bote —me dijo mi padre.

—¿Hay algo más detrás de esos nervios? Porque me parece que cierto hombre te ha impactado demasiado —aseguró mi madre.

—Por supuesto que me ha impactado, no sabes lo que es tener a un hombre así delante, pero no es eso.

—Gracias, hija, por la parte que me toca, ya sé que no soy como esos galanes de película, pero de ahí a que me llames feo en toda mi cara...

—Ay, papá, no seas tonto. Tú eres el hombre más guapo del mundo, pero es que...

—Sí, sí, no lo arregles, que va a ser peor.

Los tres soltamos una carcajada. Tanto mi madre como yo sabíamos que lo hacía porque quería rebajar un poquito la tensión y los nervios que se habían apoderado de mí, y se lo agradecí.

Mis padres se fueron, Valeria estaba trabajando y yo, presa del miedo y de los nervios, decidí que me iba a arreglar y que me marcharía dando un paseo hasta el hotel, pues lo tenía cerca de casa y así me calmaría un poquito.

Eran las doce y media pasadas cuando salí de mi casa y llamé a mi hermano para decirle que lo veía allí, contestándome que ya estaba saliendo.

Capítulo 8



Jean Paul

Sabía yo las intenciones que tenía mi hermana cuando le solicitó a Tina uno de sus modelos para ir a la comida, independientemente de que era precioso y le quedaba como un guante.

En cuanto que estuvimos delante de la prensa, ella no dudó en pararse y dejar que le hicieran fotos junto al premio que recientemente habíamos recogido, y que todos los premiados llevábamos con nosotros.

—Señorita Sartre. ¿Ese modelo que lleva es también de su firma? ¿Pertenece a su nueva colección? —preguntó uno de los periodistas.

—No es de mi firma, es de una diseñadora *novel* que se llama Tina Durán y a la que acabamos de conocer personalmente.

—¿Será el próximo fichaje para vuestra empresa? —preguntó otro.

—Bueno, todo se andará. Lo que sí tengo claro es que, con este talento, esta chica llegará todo lo lejos que se puede, os lo aseguro.

—¿Esa no es la misma diseñadora de la que ha ido vestida la Maga de la Moda?

—Exacto, y aquí tenéis otro de sus diseños, que más bonito no puede ser —le dijo Ana, que así era como se llamaba esa chica.

Entré en la sala en la que íbamos a celebrar la comida, y dejé a mi hermana allí fuera, luciéndose delante de la prensa como tan solo ella sabía hacerlo, dejando en suspense el tema de la diseñadora.

—Jean Paul, cuánto tiempo sin verte. ¿Todo bien? —me preguntó Corrado, el propietario de una de las empresas que más competencia nos hacía.

—Todo perfecto, gracias.

Corrado Mansini tenía una empresa de moda muy parecida a la mía, pero en Milán, y era la que nos seguía en el ranking de ventas a nivel mundial.

Tenía claro que, en cuanto supiera de la existencia de Tina Durán, iría de cabeza a buscarla, mucho más si se enteraba de que nosotros estábamos interesados.

En cuanto vio entrar a mi hermana y a Ana, se fijó en sus vestidos y los analizó con la mirada experta que solo quienes nos dedicamos a esto tenemos.

—¿Esos vestidos son de Samantha? No me suena su estilo, la verdad.

—Pues no, no son de ella, son de una nueva diseñadora.

—¿La tienes ya en tu equipo?

—Casi, tan solo nos queda firmar el contrato.

—Entonces, todavía no tienes nada e intentaré que se venga conmigo a la ciudad de la moda, y no creo que me diga que no.

—Inténtalo, pero desde ya te digo que es inútil —le dijo Ana, que llegó hasta nosotros.

—¿Perdón? ¿Acaso te crees que entiendes de moda por subir cuatro videos con vestidos que te regalan algunos diseñadores mediocres?

—Acabas de llamar mediocre a la persona que intentas que firme contigo. Y sí, sí entiendo de moda. De hecho, a ella la he descubierto yo.

—Mira, chica, son muchos años tratando con diseñadores *noveles* que quieren destacar en una gran firma, y sé exactamente lo que tengo que ofrecerle.

—No sé cómo serán el resto de los diseñadores con los que has tratado, pero mi amiga tiene las cosas muy claras, y no la vas a tentar con absolutamente nada.

Corrado se marchó de donde estábamos, bastante enfadado y con la clara intención de contactar con Tina, por lo que teníamos que firmar con ella lo antes posible, si no queríamos que se la llevara la competencia.

Estaba dispuesto a ofrecerle y aceptar lo que ella me pidiera, porque no podía perderla; era perfecta para la empresa.

—¿Se puede saber en qué estás pensando? —Me preguntó mi hermana.

—En que Corrado hará hasta lo imposible por hacerse con Tina.

—Pierde cuidado. Si la he conocido bien, su sueño es trabajar en tu empresa; las demás le sobran —me dijo Ana.

—Sí, pero un buen cheque y unas buenas condiciones son cosas muy jugosas y que te lo ofrezca una empresa como esa, mucho más.

—Se nota que no habéis dado con una persona íntegra como ella. Veréis cómo os va a sorprender —nos dijo Ana.

Las mujeres que estaban allí en esa comida no dudaron en alabar los atuendos, tanto de mi hermana como de Ana, mostrando mucho interés en quién era la diseñadora y en la manera en la que podían contactar con ella.

Jade les decía a todas lo mismo, que no era otra cosa que, en breve, todas se enterarían de la manera de encontrarla y comprar su ropa tan divina.

Esa noche me costó conciliar el sueño, y terminé en la terraza de la suite con una copa en la mano y un cigarrillo.

No solía fumar, pero en situaciones de estrés, cuando me sentía sobrepasado por algo, dar unas caladas me ayudaba a relajarme.

Mi hermana, que me escuchó, no dudó en levantarse y llegar hasta mí, abrazándome por la espalda.

—¿Estás inquieto?

—Mucho, no paro de dar vueltas en la cama y he salido para ver si me relajo un poco.

—No pienses en nada. Si Tina es tan íntegra como dicen, no dudará en firmar con nosotros.

—¿Sabes esa sensación de saber que has encontrado justo lo que necesitas, pero no llegas a terminar de alcanzarlo? Pues así es como me siento.

—¿Me hablas en sentido laboral o en el personal?

—En lo laboral, por supuesto.

—Vamos, hermano, no me negarás que esa mujer te gusta, y mucho.

—Sí que me gusta, ¿a qué hombre no le gustaría? Pero no pienso cometer el mismo error que cometí con Samantha.

—No todas las mujeres somos iguales a ella, hermanito. ¿Te puedo contar algo?

—Por supuesto, enana. Sabes que estoy aquí para escucharte y que no pienso juzgarte por lo que me cuentes.

—Llevo meses saliendo con uno de los diseñadores de la empresa. Con Alain Penaut, y no lo sabe nadie, ni por su parte ni por la mía.

—¿Con Alain? Pero...

—Sí, ya sé lo que me vas a decir, que no se nos nota nada, pero es que en eso consiste la cosa. Nuestra relación es fuera de la empresa; dentro de ella, seguimos siendo compañeros.

—Pero no es lo mismo. Para empezar, yo sería el jefe directo de ella y, además de eso, tampoco sé si ella está interesada en mí.

—Bueno, eso solo el tiempo lo dirá. Ahora, vamos a la cama, que ya es muy tarde y mañana tenemos que estar frescos para la firma del contrato.

—Estás muy segura, y no quiero que luego te lleves una desilusión si la cosa no llega a buen puerto.

—Llegaré, hermano, no lo dudes.

Jade me dejó allí, tranquilamente, terminando de tomarme la copa y viendo el cielo de la ciudad y el trajín de la gente corriendo de un lado para otro, a pesar de la hora que era.

Me levanté temprano, mucho antes de la hora a la que habíamos quedado, pero era como si en el colchón me hubieran puesto alfileres, pues me pinchaba todo.

Tomé una ducha larga, de esas que hacen que te olvides hasta de tu nombre, relajando cada uno de mis músculos.

Salí de allí como nuevo, hasta que recordé que habíamos quedado con esa mujer que me había cautivado en todos los sentidos.

Esa sonrisa la tenía clavada en mi retina, así como la manera en la que olía. No era su perfume, era el olor de su pelo, la fragancia que emanaba de su piel al pasar, y que me volvía loco.

Sabía que sería una gran tortura el tenerla tan cerca y no poder tocarla, porque una cosa tenía clara: si iba a trabajar con nosotros, tendría que venir a vivir a París, y eso era innegociable.

Podéis pensar que era injusto para ella, que podría diseñar en su ciudad, en su casa y, una vez que tuviera lista la colección, trasladarse a París unos días, pero no era eso lo que quería.

Todos mis diseñadores tenían esa condición expuesta en sus contratos, y ya nos habíamos encontrado con algunos que no estaban dispuestos a trasladarse, y habían perdido la oportunidad de su vida, puesto que no habían llegado a triunfar.

Me vestí con un pantalón chino en gris oscuro, una camisa blanca con las mangas remangadas hasta el codo y unos zapatos marrones, al igual que el cinturón.

No me apetecía llevar traje hoy, a pesar de que era una reunión de negocios, pero quería que se sintiera relajada, cómoda en esa comida, y que, después, aceptara tomar una copa conmigo, para conocernos mejor.

En cuanto llegué al restaurante y la vi, junto a ese hombre, que tenía más o menos mi edad, una oleada de celos se apoderó de mí.

¿Quién coño era ese hombre? ¿Sería su pareja y habría venido para ponerme las cosas claras?

No, lo más lógico es que fuera su abogado, pero la miraba de una manera que no me gustaba nada. Era como si quisiera protegerla de todo, en especial de mí.

Capítulo 9



Tina

Mi hermano Álvaro y yo llegamos casi al mismo tiempo, y la sonrisa que se pintó en su boca fue suficiente para tranquilizarme.

—Hermanita, hoy estás que te sales de guapa.

—No digas tonterías, voy como siempre.

—De eso nada, al final, mamá va a tener razón y ese hombre te gusta. Espero que me guste a mí también, porque, sin mi aprobación, no vas a tener nada con él.

—Claro, por eso Carla pasó por mi filtro.

—Bien, no niegas que te gusta; eso es un paso. Además, mi chica pasó tu filtro desde el primer momento en el que la conociste.

—En eso tienes razón, en lo de Carla, digo, porque con respecto a lo otro, no he dicho que no, pero tampoco he dicho que sí.

En el momento en el que levanté la cabeza y lo vi en la entrada del restaurante, con ese aire desenfadado, os prometo que me quedé sin aliento. ¿Es que a este hombre no le quedaba mal nada? Si vestido de traje estaba guapo, como el ejecutivo que era, con esa ropa un poquito más informal, lo estaba todavía más.

Lo acompañaban su hermana y otro hombre, que supuse que sería su abogado, y que lo estaba esperando en la barra.

—Siento el retraso, pero se me ha complicado la mañana un poco —nos dijo.

—No te has retrasado. Es más, todavía faltan cinco minutos para la hora indicada, pero había quedado antes para tomar algo con Álvaro —le respondí, y noté cómo fruncía el ceño.

—Álvaro Durán, el hermano de Tina y su abogado —se presentó mi hermano.

¿Era una percepción mía o este hombre había soltado el aire que tenía retenido sin saberlo? No, eso no podía ser, seguro que mi imaginación me estaba jugando una mala pasada.

—Jean Paul Sartre, y él es Michel, mi abogado —escuché que le decía a mi hermano.

—Antes de que empecemos a hablar de todos los detalles del contrato, quiero dejar claras dos cláusulas que no son negociables —les dije.

Vi cómo Jean Paul se tensaba. No sabía qué era lo que se estaba imaginando, pero, fuera lo que fuera, no le gustaba nada.

—¿Qué condiciones son esas?

—Una, que mi cuñada, la pareja de mi hermano Álvaro, me ha pedido que le diseñe el traje de novia y, como comprenderás, no le pienso hacer pagar por un diseño mío un dineral, pertenezca o no a vuestra firma.

—No hay problemas por eso; es más, se lo confeccionarán las modistas de nuestra firma. ¿Cuál es la otra? —Me preguntó Jean Paul.

—La segunda es que el vestido que Ana Galán me pida para el evento que sea también lo tendrá, y, por supuesto, gratuitamente. Tengo mucho que agradecerle y, en esta vida, es de bien nacido ser agradecido.

Y otra vez la misma sensación con Jean Paul, y no fui yo la única que lo notó, porque mi hermano me dio un golpecito por debajo de la mesa, y una sonrisa se pintó en sus labios.

—Si es solo eso, tampoco tengo ningún problema. Ahora bien, yo también tengo una condición que también es innegociable.

—¿De qué se trata esa condición?

—Tu residencia habitual será en París. La empresa te proporcionará una casa adecuada, por la que no tendrás que abonar nada —me dijo, y noté cómo esperaba con ansias mi respuesta.

—Eso ya lo tenía contemplado. Es más, era uno de mis sueños vivir y trabajar allí, en lo que yo considero la capital de la elegancia, y no tengo ningún problema.

—Pues, partiendo de eso, las condiciones del contrato serán las siguientes...

Durante un buen rato, Jean Paul y su abogado nos estuvieron explicando todas las condiciones, tanto económicas como laborales, así como el porcentaje de beneficios que obtendría anualmente.

Todo esto me parecía increíble, cómo, por una casualidad de la vida, por una mirada a un escaparate, mi futuro había dado un giro de ciento ochenta grados, para bien, por supuesto. Una vez que tuvimos todo cerrado, no pudimos más que firmar el acuerdo de confidencialidad sobre los diseños, que no podría verlos nada más que el equipo de la empresa, y el contrato.

—Bienvenida a la empresa, Tina. Para nosotros es un honor haber cerrado este acuerdo y contar contigo entre nuestro equipo de diseño —me dijo Jean Paul.

—El honor es mío, te lo aseguro. Espero caer bien dentro del equipo y poder dejar volar mi imaginación para que llegue hasta el cielo.

Mi hermano se despidió de mí, pues tenía una reunión en la empresa en la que trabajaba a las cinco de la tarde, y llegaría a lo justo.

El resto de la tarde transcurrió entre confidencias de la empresa y anécdotas de los desfiles. Me encontraba tan a gusto con Jean Paul y con Jade que parecía que los conocía de toda la vida.

—¿Cuándo podrías volar hasta París, Tina? —Me preguntó él.

—Pues yo creo que, si me apuro un poco, podría irme en dos días, máximo.

—¿Dos días?

—Sí, porque tan solo tendría que quitar mis diseños de la tienda de mi madre y...

—No, esa es otra cosa de la que me gustaría hablar con ella.

—¿El qué?

—Quiero que esa tienda sea punto exclusivo en España para la venta de tus diseños. Le pagaremos los que ya hay y, en cuanto la colección esté lista, le enviaremos los vestidos.

—Si le dices eso a mis padres, se van a volver locos.

—¿Podría hablar con ellos ahora? Me gustaría dejar todo cerrado antes de volver. Además, si me aseguras que en dos días te vienes a París, te esperamos y vuelas con nosotros en nuestro avión privado.

Vi cómo su hermana giraba la cabeza como la niña del exorcista, para mirarlo, con la boca abierta. Acto seguido, soltó una carcajada que ni él ni yo entendíamos a qué venía.

—Perdón, perdón, pero me he acordado de una conversación que tuve anoche y me ha dado la risa —nos dijo.

—Jade, ya vale, te lo pido, por favor —le pidió su hermano.

—Tengo la impresión de que me estoy perdiendo algo.

—No, más bien, es que te lo vas a encontrar —me respondió su hermana, que no paraba de reír.

—No entiendo nada...

—Olvídala, no riega muy bien cuando ha dormido poco. A lo que íbamos, ¿podríamos hablar con tus padres?

—Claro que sí. Si no os importa ir hasta mi casa, porque no le dará tiempo de volver hasta aquí, dentro de una hora abren de nuevo la tienda.

—Por supuesto que no nos importa. Vamos.

Nos levantamos y salimos del restaurante. No les había dicho que hablaba francés a la perfección, y por eso me estaba enterando de todo lo que hablaba con el abogado, al que le dijo que lo avisaría si llegaba a un acuerdo con nosotros.

También me enteré de lo que le decía a su hermana, y que no era otra cosa que se estuviera calladita y dejara de especular con su corazón.

Claro, él estaba con Samantha Field; yo no era más que una chica con muchas ideas y muchas ilusiones, pero no le llegaba a esa mujer ni a la suela del zapato.

Tan solo le pedía al cielo que no me pusieran a trabajar con ella, porque tenía una fama de antipática que traspasaba todas las fronteras, además de ser una grosera con todo el que no le bailaba el agua.

Llegamos a mi casa y mis padres estaban en la cocina, sentados y tomando un café antes de volver a la tienda.

Cuando nos vieron aparecer, sobre todo a Jean Paul, mi madre se quedó con la boca abierta, mirándolo de arriba abajo, como si no se lo pudiera creer.

—Disculpe a mi esposa, pero es que está tan acostumbrada a verlo en las revistas que no debe terminar de creerse que esté en nuestra casa. Soy Miguel Durán, el padre de Tina, y ella es Cristina, mi mujer.

—No se preocupe, pero, por favor, no me hable de usted, que me hace sentir mal.

—Entonces, tú tampoco. Seremos Jean Paul y Miguel, a secas.

—Me parece perfecto. Bueno, no quiero entretenerlos mucho, tan solo he venido para comentarles algo, a ver si les interesa.

Jean Paul le contó a mi padre, porque mi madre seguía sin poder articular palabra, lo mismo que me había dicho a mí minutos antes.

En cuanto que le explicó lo que iban a ganar, mi madre salió de su espesura y soltó una de las suyas.

—Venga ya, te estás quedando con nosotros...

—Para nada, todo eso lo dejaremos por escrito y firmado desde ya, si es que estáis conformes.

—¿Cómo no vamos a estar conformes? Ay, Miguel, que con ese dinero, con el primero que cobremos, nos vamos a dar unas vacaciones como merecemos y no hemos tenido nunca. Un crucero, eso será lo primero que hagamos.

—Mujer, que todavía no hemos firmado.

—¿Estáis de acuerdo con todo?

—Claro que sí, absolutamente con todo.

—Entonces, tan solo necesito vuestros datos para enviárselos al abogado y que nos redacte el contrato, que firmaremos esta misma tarde. Yo me encargo de llevarlo a la tienda.

Capítulo 10



Tina

Estos dos días fueron un auténtico caos, de preparación de maletas, de organización de todo y de despedidas.

Eso fue lo más duro, el tener que dejar atrás a mi amiga, a mis padres, a mi hermano y a mi cuñada, que esperaba a mi primer sobrino o sobrina.

Los vería dentro de poco, pues la boda sería ya mismo, pero eso no impedía que las lágrimas me salieran solas, sobre todo cuando estaba bajo el amparo del agua de la ducha o en mi habitación, donde nadie me podía ver.

No quería que nadie me viera, no por mí, sino por ellos, para que no se sintieran todavía peor de lo que ya lo estaban.

—Me voy a cumplir un sueño, mamá, no a la guerra.

—Lo sé, mi vida, pero me cuesta tanto tenerte tan lejos...

—Joder, ni que me tuviera que mudar a Groenlandia, que estamos a menos de una hora de avión.

Mi madre soltó una carcajada, mientras que seguía llorando, y no pude hacer otra cosa que abrazarla. En unos minutos vendrían Jean Paul y Jade a recogerme en el coche para marcharnos a París.

Según me habían comentado, la casa ya estaba lista y esperando a mi llegada, a falta de que le diera mi toque personal, pues todo lo demás estaba ya terminado.

Mi padre me ayudó a bajar la maleta. Al final, tan solo me llevaría una, con mis enseres personales y algo de ropa.

—No pretendo dirigirte la vida, Tina, pero lo lógico es que te vistas con ropa de nuestra firma —me dijo Jade, algo apurada, mientras que le contaba lo que me iba a llevar el día anterior.

—No tengo ningún problema en hacerlo. Es más, para mí sería todo un honor hacerlo.

—Entonces, no te lleves mucha ropa, porque sería cargar para nada.

—También es verdad.

Cuando llegamos a la calle, ya estaba el coche esperando. Jean Paul se bajó para saludar a mis padres, con los que había estado la tarde anterior, firmando el contrato.

—Cuídamela, Jean Paul —le dijo mi padre.

—No lo dudes, Miguel. Si va a estar bien con alguien, será con nosotros.

—Ay, mi niña, dime que me llamarás todos los días —me pidió mi madre.

—Te lo prometo, pero no hagas de algo tan bonito como esto un drama, por favor, te lo pido.

—Vale, vale, ya dejo de llorar.

Al subirme en el coche, me di cuenta de que su hermana no iba con nosotros, y eso me puso un poquito nerviosa.

—¿No viene Jade con nosotros?

—No, ella, al final, se marchó ayer por la tarde. Se moría por ver a su chico, además de que tenía que resolver no sé qué problema de marketing.

—Podrías haberte marchado con ella; yo hubiera podido coger un vuelo comercial.

—Sí que podría haberlo hecho, pero no he querido. Preferí esperarte a ti y que nos fuéramos juntos.

El tono que empleó al decir estas palabras hizo que se me erizara la piel, porque no era uno profesional, sino que fue algo como mucho más íntimo, como más personal.

Llegamos en poco tiempo hasta el hangar del aeropuerto, donde nos estaba esperando el avión privado que nos llevaría hasta París.

Si por fuera era imponente, por dentro ya era una pasada. Asientos de cuero reclinables, una pantalla de televisión, WiFi a bordo y todo lo que te puedas imaginar.

—Ponte cómoda, Tina, despegaremos en pocos minutos.

—Gracias, Jean Paul.

Me senté en uno de esos sillones, y él ocupó el asiento contiguo. Cuando la azafata llegó, Jean Paul le pidió un refresco de cola cero y me ofreció otro a mí.

La azafata lo hizo una vez que ya estuvimos en el aire, ya que antes no podía, y nos dejó allí, a solas.

Estaba dándole un sorbo a mi refresco cuando Jean Paul se dirigió a mí, no como mi jefe, sino como un hombre que estaba interesado en conocer a una mujer.

—Bueno, Tina, cuéntame. ¿Tienes pareja?

Os prometo que el sorbo que tenía en la boca casi salió despedido, pues no me esperaba esa pregunta, para nada.

—Perdona, quizás me he extralimitado con esa pregunta.

—No, no, no te preocupes. Ha sido tan solo la sorpresa de que no me lo esperaba, nada más.

—Entonces, ¿estás dispuesta a contestarme a varias preguntas personales?

—Claro que sí, no tiene nada de malo. Y no, no tengo pareja desde hace mucho tiempo. Me centré en mis estudios; si quería llegar lejos, no podía hacer otra cosa.

—Y lo has logrado. He visto que tienes muy buena relación con tu amiga Valeria.

—Sí, para mí es como una hermana, nos lo contamos todo y sé que, mientras que no venga a vivir a París conmigo, la voy a echar mucho de menos.

—¿Va a venir a París contigo?

—Espero que no te importe que viva conmigo en la casa de la empresa.

—Para nada, eres completamente libre de meter en tu casa a quien quieras, no seré yo el que te diga absolutamente nada. Simplemente, me ha sorprendido por el cambio que supone para ella.

—No te creas, que ambas dominamos el idioma y el hospital donde trabaja en Barcelona también tiene otro en tu ciudad.

—¿Sabes hablar francés?

—*Oui, je parle français depuis l'enfance.*

Me miró completamente sorprendido, tanto por la manera en la que le contesté como por la fluidez con la que lo hice.

—Dios, entonces...

—Sí, entendí a la perfección todo lo que les dijiste a tu hermana y a tu abogado el otro día.

Su rostro se puso rojo como un tomate, y yo no pude reprimir la carcajada que me salió de lo más hondo de mi ser. Intenté darle la vuelta un poquito al asunto, y por eso no dudé en preguntarle sobre él, sobre su vida...

—Bueno, ahora te toca a ti contarme un poquito de tu vida.

—¿Qué quieres saber? Porque te advierto que es un tanto aburrida.

—No me lo creo, algo tiene que haber, amigos, relación, lo que sea, que te alegre un poquito los días.

—Claro que sí. Ahora, en cuanto te instales, te voy a presentar a Jules, mi mejor amigo, casi un hermano, como Valeria para ti.

—¿También trabaja en la empresa?

—No, él es médico; de hecho, dirige un hospital en París.

—¿No te parece curioso?

—¿El qué?

—Pues, que tanto tu amigo como mi amiga se dediquen a la rama sanitaria, mientras que nosotros nos dedicamos a la moda.

Jean Paul me miró y soltó una carcajada, pues no se había dado cuenta de que parecíamos nosotros, pero clonados en otra profesión.

—¿Cómo lleva tu pareja todo el tema de los viajes y demás? Porque supongo que no te podrá acompañar en todos ellos.

—¿Qué pareja?

—Pues la tuya, la mía no va a ser, entre otras cosas porque no tengo.

—Ni yo tampoco.

—¿Has roto con Samantha Field?

—No había nada que romper. Tan solo me acosté con ella una vez, y fue la peor decisión de mi vida.

—Pues, te prometo que pensaba que vivías con ella, que tenías una relación sólida; al menos eso es lo que se cuenta en todas partes.

—Ya ves que están equivocados. No es ella la mujer que me interesa, precisamente...

Justo cuando le iba a preguntar quién era esa mujer, la azafata llegó para decirnos que nos pusiéramos los cinturones, que estábamos a punto de aterrizar. La conversación se cortó de manera radical, y pude ver la cara de fastidio que puso Jean Paul por esa interrupción.

Minutos después, ya estábamos montados en su coche, que estaba aparcado en el mismo hangar privado en el que se guardaba el avión de la empresa.

—Pensé que no te gustaba conducir, como viniste con chófer...

—No me gusta hacerlo a no ser que sea aquí, en mi ciudad. Odio perderme; lo considero una pérdida de tiempo.

—¡Pero si eso es lo mejor! Conducir sin rumbo y poder descubrir sitios maravillosos que ni siquiera aparecen en el mapa.

—Bueno, si lo vemos así...

Me senté en el asiento del copiloto, mientras que él conducía. Yo llevaba un vestido corto que, al sentarme, se me subió hasta medio muslo. Cuando Jean Paul cambiaba de marcha, cuando sentía que tenía su mano muy cerca de mi piel, me ponía nerviosa.

En determinado momento, y de forma completamente accidental, nuestras manos se rozaron, y fue una descarga eléctrica lo que sentimos, al instante.

Ambos dimos un respingo por lo que sentimos y nos miramos a los ojos. En su mirada vi hambre, deseo, y eso me puso a mil, teniendo que moverme en el asiento por lo que estaba sintiendo.

Jean Paul negó con la cabeza, como si quisiera quitarse de su mente lo que estaba pensando, como si no se lo pudiera permitir, pero, de reojo, seguía mirando mis piernas.

Capítulo 11



Jean Paul

La descarga eléctrica que sentí al rozar su mano me puso duro al instante. No me había pasado en la vida que un simple roce me hubiera puesto de esa manera.

Miraba de reojo sus piernas, ya que su vestido, cada vez que ella se removía en el asiento, subía unos centímetros más, y lo hacía cada pocos segundos, como si intentara acomodar algo.

Sabía que no podría resistirme por mucho más tiempo, porque era toda una tentación para mí, y tampoco sabía si quería hacerlo.

Lo sé, sé que había dicho que no me acostaría jamás con una diseñadora de mi firma de nuevo, pero el problema era que, con ella, no quería tan solo acostarme, quería mucho más.

Aparqué mi coche en mi plaza de garaje. Ella le dejó el suyo a su cuñada, pues estaba nuevo y no quería que se pudriera en un garaje y, como el de Carla había muerto, no lo dudó. Eso me lo contó mi hermana, que estaba delante cuando le entregó las llaves y le dijo dónde estaba aparcado.

Lo que ella no sabía era que, aquí, junto a mi plaza de garaje, le estaba esperando otro, que era parte del acuerdo que firmamos, aunque eso no se lo dije.

—En este edificio vive toda mi familia, al igual que mi mejor amigo, Jules, y será donde lo hagas tú.

—¿Me estás diciendo que viviré con tu familia?

—No, vivirás sola, en tu propio ático, que está junto al mío y que tiene unas vistas a los Campos Elíseos que son una maravilla.

Vi cómo tragaba saliva, como si no se esperara eso, y una sonrisa se me pintó en los labios.

—Ahora, cuando lleguemos arriba, te entregaré las llaves de este coche, que es el tuyo, con el que te podrás mover por la ciudad y por donde te dé la gana.

—¿También tengo un coche?

—Hombre, a caballo no te vas a mover por aquí, sería un poquito incómodo, ¿no crees?

Ella me miró y ambos soltamos una carcajada, porque ya nos habíamos visto subidos en el equino, yendo a ver la Torre Eiffel.

Nos montamos en el ascensor y le di al botón del último piso; la notaba nerviosa, pero no podía dejar de mirarla; era tan sumamente bonita...

—No me mires así, por favor.

—¿Así cómo?

—Joder, no quiero parecer presuntuosa, pero...

—Habla.

—Como si estuvieras delante de un manjar y llevaras diez días sin comer.

Solté una carcajada porque era exactamente así, como la veía; no lo podía haber descrito mejor.

—No lo podías haber descrito mejor, Tina.

—Jean Paul...

—Shh, calla, no digas nada. Me gustas mucho, Tina, y sé que puede ser un error, pero, si mi hermana ha podido separar su faceta laboral de la personal... ¿Por qué no podemos hacerlo nosotros?

Eso se lo dije muy cerca de ella, arrinconándola en una esquina del ascensor y mientras le acariciaba la mejilla.

Noté cómo ella recibía mis caricias con agrado y cómo su respiración empezaba a entrecortarse. Justo cuando estaba a punto de besarla, el ascensor llegó hasta nuestra planta, abriéndose las puertas.

—Joder. Esto no se queda aquí, Tina, te lo prometo.

—Jean Paul, no sé si será lo correcto.

—Yo tampoco, pero es lo que deseamos los dos.

La cogí de la mano y salimos del ascensor, llevándola hasta la que sería su casa.

Más tarde, se la presentaría a mis padres y a Jules, y le enseñaría mi casa. El simple hecho de imaginarla en su interior me hacía sentir un nudo en la garganta y un cosquilleo en el estómago.

—Ven, vamos a tu casa. Jade ya nos debe estar esperando dentro.

Cuando iba a llamar al timbre, mi hermana abrió la puerta con Alain y una sonrisa.

—Chicos, pensé que no llegaríais nunca.

—Estaba enseñándole a Tina su coche —le respondí.

—Tina, ven, que te enseñe tu casa y la ropa que he elegido para ti. Espero que te guste, pero, si no es así o si necesitas algo más, no dudes en ir al almacén general y coger todo lo que quieras.

Mientras que ellas entraban en la habitación, yo me quedé con Alain en el salón, que estaba abierto a la cocina.

—Jean Paul, me gustaría hablar contigo sobre la relación que tengo con tu hermana.

—A mí no me tienes que contar nada, Alain. Mi hermana ya es mayorcita para saber lo que quiere y lo que no.

—Lo sé, como también soy consciente de que nunca has intentado dirigir la vida de tu hermana, aunque siempre la proteges.

—Por supuesto, mi hermana es lo más importante para mí, y quien le haga daño se las verá conmigo.

—Eso mismo es lo que quería decirte, que no tengo intención de hacerle daño. No sé cómo ha pasado, pero he terminado enamorado de ella; no tiene nada que ver con querer mejorar en el trabajo ni nada parecido, como se puede pensar.

—Amigo, o, bueno, ya cuñado, no seré yo el que juzgue a nadie, mucho menos teniendo en cuenta mi trayectoria...

Me quedé callado en cuanto que las vi a las dos salir de una de las habitaciones, riendo a carcajadas. Ese simple gesto me llenó el corazón.

—Uy, uy, uy, que me parece que Jade no ha sido la única en caer rendida ante uno de los diseñadores...

—¿Perdona?

—Nada, nada, que voy a saludar a mi compañera, que ni siquiera me he presentado.

Alain se acercó a ellas y se presentó. Enseguida congeniaron y, cuando Tina le mostró algunos de sus diseños, se le abrieron los ojos como platos.

—Jefe, la quiero en mi equipo, a la voz de ya.

—Pues no va a poder ser, porque ella se va a encargar de la línea exclusiva, al menos de momento.

—¿Y qué va a pasar con Samantha?

—No lo sé, pero no quiero seguir sacando colecciones que son todas iguales. Lo mismo y la pongo en la línea deportiva que tenemos pensado crear.

—Alain, si necesitas mis diseños, no tengo ningún problema en cedértelos; me refiero a la línea joven, la que no es de fiesta —le dijo ella, y eso me gustó.

Me gustó por una sencilla razón: porque miraba por el bien de la empresa, no porque su nombre quedara por encima de los demás, como ocurría con Samantha.

—Si los cojo, será porque tu nombre también irá en esa colección; le haré algunas modificaciones que creo que necesitan, y saldremos de manera conjunta —le contestó Alain, que me miró directamente, buscando mi aprobación.

—Yo no entro en eso, ya lo sabéis. Las colaboraciones que hagáis en cada una de las colecciones es cosa vuestra; yo tan solo me tengo que enterar de los nombres que tienen que ir en las etiquetas y en la promoción, nada más.

Desde ese momento, tuve muy claro que ellos dos se llevarían a las mil maravillas, y es que era muy difícil llevarse mal con Tina, pues tenía un carácter tan afable que todavía no la había visto enfadada.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de que conozcas a nuestros padres y a mi mejor amigo. Nos están esperando abajo, en su casa.

—¿Es necesario?

—Tranquila, a mi madre le vas a encantar; ella es igual que tú.

—¿Y a tu padre?

—Uy, a ese más todavía, ya lo verás.

Mi hermana la intentaba tranquilizar, diciéndole cómo eran mis padres y hablándole de Jules, que sabía que también le caería bien.

De manera inconsciente, le puse mi mano en la parte baja de la espalda y noté cómo ella daba un respingo.

No la quité, dejé que mi hermana y Alain se adelantaran un poco, y cuando supe que no me escucharían, me acerqué a Tina y le dije algo en francés.

—Me muero por besar cada centímetro de tu piel.

—Jean Paul...

—Como digas mi nombre otra vez, en ese tono, le doy una patada a la puerta y vas a conocer a mis padres mañana, cuando te deje salir de la cama.

Me separé de ella porque cada vez era más difícil controlarme; sacaba los más bajos instintos de mi interior, y eso era peligroso. Esa mujer era un peligro para mí porque, cuando la tenía cerca, era prácticamente imposible contenerme, y no solo era en el plano sexual.

Tal y como me había dicho Alain hacía unos minutos, me salía el instinto de protección con ella; no quería ni que el aire la rozara.

Intenté poner mi máscara de persona dura en cuanto que la chica de servicio de mis padres abrió la puerta, porque mi madre sabía leerme demasiado bien, incluso cuando yo todavía no había abierto la boca.

Escuché la risa de Jules desde el salón, y una sonrisa se dibujó en mi boca.

La casa de mis padres cogía toda la primera planta, y era la única en la que había servicio, porque ninguno de los demás que vivíamos allí lo necesitábamos. Eso no significaba que mis padres fueran altivos ni nada parecido, simplemente que su ritmo de vida no les había permitido hacer muchas de las cosas del hogar.

Yo también tenía a una chica que venía una vez a la semana a limpiar la casa y a dejarme la comida lista para toda la semana.

Eso sí que mi madre no consentía que le hicieran; decía que la cocina era su refugio, que siempre lo había sido y que no iba a permitir que nadie le quitara el cetro de su reino.

—Pero bueno, mira a quién tenemos aquí, pensé que te ibas a quedar en España, que te había cautivado el espíritu de abuela —dijo mi madre.

—Ganas no me han faltado, te lo aseguro.

—Emma, y encima viene bien acompañado —le dijo mi padre a mi madre.

—Y tan bien acompañado. Escucha, ¿en España son todas las mujeres así de impresionantes?

No sé por qué, pero un pellizco de celos se apoderó de mí, y mi amigo lo notó, al igual que mi madre, que soltó una carcajada.

—Jules, me parece que mi hijo ha encontrado algo más que una nueva diseñadora.

Estaban hablando, pensando en que Tina no dominaba el idioma, pero no me dio tiempo a decir nada más, porque ella les contestó en francés, perfectamente.

—Es un honor para mí conocerlos, señores Sartre. Siempre ha sido mi sueño trabajar para su firma.

—¿Hablas francés? —preguntó mi madre.

—Sí, tenía claro que mi futuro estaba en esta ciudad y empecé a estudiarlo desde muy pequeña, por eso lo domino.

—Amigo mío, has encontrado a la mujer perfecta —me dijo Jules.

—Ha dado con la horma de sus zapatos, sí, señor —sentenció mi padre.

—Bueno, ya, que al final la vais a espantar. Yo también tengo algo que decir, porque ya estoy harta de tener que esconderme. Alain y yo estamos juntos —dijo mi hermana, como la que avisaba de que estaba lloviendo.

—¿Y eso es una novedad? Hija, lo sabemos desde hace tiempo —dijo mi madre.

—Sí, yo también me había dado cuenta de algo; lo que no tenía claro es si ya estaban juntos o no —sentenció Jules.

—¿Qué pasa? ¿Qué he sido yo el único que no me he dado cuenta de nada? —pregunté, contrariado.

—Ay, hijo mío, si es que tienes una gran torrija encima —me contestó mi madre.

Sí, ella utilizaba muchas de las expresiones de mi abuela; la mayoría las decía en español, porque no tenían traducción a nuestro idioma. Tina, cuando la escuchó hablar en español, cuando oyó cómo decía esa expresión, con acento francés, soltó una carcajada.

—Me alegra mucho que te diviertas cuando mi madre me dice esas cosas —le dije, fingiendo enfado.

—Lo siento, pero es tan gracioso oír a una francesa decir esas expresiones en español que no he podido evitarlo.

—Uy, pues me escucharás muchas más, porque mi madre nos enseñó a todos a hablar español, y esas expresiones están siempre en mi boca.

Capítulo 12



Tina

Para mí era algo increíble todo lo que estaba viviendo, pero no solo en el plano laboral, sino en el personal.

Ver la manera en la que Jean Paul me miraba, las cosas que me habían dicho en el pasillo de la que sería mi casa desde este momento, me hacían tener los vellos de punta.

Emma, la madre de Jean Paul y de Jade, insistió en que nos quedáramos a comer allí, en su casa.

En eso sí que tenía un problema, porque era un poquito delicada para comer. Por ejemplo, el queso no podía ni olerlo, al igual que la mantequilla, y no sabía lo que me iba a encontrar en esa mesa.

Pero tuve la enorme suerte de que los platos que se cocinaban en esta casa eran cocina española, en su máximo esplendor, además.

Emma puso encima de la mesa unas patatas guisadas con sepia que me supieron a gloria, pero su manera de cocinar me decía que no era del norte de España, por los condimentos que les ponía.

—Señora Sartre, ¿su madre de qué parte de España era?

—Del sur, de un pueblecito de costa que se llama Conil de la Frontera, en Cádiz.

—Me encanta ese pueblo; es acogedor, pequeñito y precioso. He ido en un par de ocasiones con mi amiga Valeria.

—Yo intento convencer a mi hijo de que lo conozca, pero como huye de toda localidad turística, todavía no lo he convencido. A ver si tú tienes más suerte y lo puedes llevar.

—Lo intentaré.

Recordé una cosa: mi madre me había metido un jamón deshuesado y loncheado, envasado al vacío, en mi maleta, y me levanté para ir a buscarlo.

—Si me perdonáis un momento, creo que tengo algo que os puede gustar.

—¿Dónde vas? —Me preguntó Jean Paul.

—A la que será mi casa, a coger algo de la maleta que he recordado que mi madre me había guardado, y que quiero compartir con vosotros.

—Te acompaño.

Jean Paul se levantó a la misma vez, mientras que sus padres nos miraban con una sonrisa, una que provocó que me pusiera roja como un tomate.

—No vayáis a tardar mucho, que el segundo plato ya está listo —dijo su madre, riendo.

—No, no tardamos; lo tengo localizado.

—Si no lo digo porque no lo encuentres, sino por lo que mi hijo quiera buscar...

Al salir de la casa, me fui a volver para decirle a Jean Paul que se cortara un poquito; cuando me lo encontré de golpe, pegado a mí.

Puso su mano en mi mejilla y me besó. No fue un beso dulce, sino apasionado, hambriento, que dejaba claro lo mucho que me deseaba.

—Lo siento, pero ahora he sido yo el que no he podido evitarlo.

—Yo también lo deseaba mucho.

Entramos en el ascensor y sentí cómo sus manos se posaban en mis nalgas y me apretaba contra él, con la clara intención de que notara lo que provocaba en su cuerpo.

Nos besamos de nuevo, pero esta vez no fue él quien lo inició, sino que lo hice yo, cogiéndolo por su camisa y atrayéndolo hasta mi boca, esa que devoré y permití que devorara la mía.

—Tina, podría hacértelo aquí mismo, de pie y en un segundo, pero no es eso lo que quiero.

—Joder, Jean Paul, no me puedes decir esas cosas y pretender que me quede impasible, que no soy de piedra.

—Yo tampoco, aunque pueda parecerlo por lo que estoy clavando en tu vientre, pero no te voy a dejar así.

En cuanto entramos en mi casa y cerramos la puerta, me aprisionó contra la puerta, empezó a besarme de nuevo y llevó sus dedos hasta mi sexo.

Apartó la braguita a un lado e introdujo sus dedos entre mis pliegues vaginales, teniendo acceso directo a mi clítoris.

Yo no sabía qué tenía ese hombre en esos dedos, pero me hizo alcanzar el orgasmo en poco menos de medio minuto. Si todo lo hacía así de bien, me lo iba a pasar de escándalo.

—Voy a lavarme las manos y a relajarme un poco mientras que coges lo que has venido a coger.

—Sí, no tardo nada.

Mi cara estaba roja como un tomate y mi respiración estaba entrecortada; hasta las piernas me temblaban de lo que me había hecho sentir antes. Jean Paul se dio cuenta y, cuando pasé por su lado, me jaló del brazo y me besó de nuevo.

—Si sigues así, no te vas a relajar en la vida.

—Estoy por llamar a mi madre y decirle que mande a la chica a recoger lo que sea, que no te voy a dejar salir de aquí.

—No, por favor, que ya he pasado bastante vergüenza.

—Pues espero que hayas gastado toda, porque cuando te tenga desnuda, entre mis brazos, la vergüenza la quiero fuera de mi casa.

Otra vez me tenía de la misma manera. Antes de entrar en el dormitorio, donde había dejado la maleta, pasé por el baño y me eché agua en el cuello, para calmar un poquito lo que este hombre me provocaba.

Dos minutos después, ya estábamos sentados de nuevo a la mesa. Cuando Emma y Gabriel vieron lo que les había llevado, se llevaron las manos a la cabeza.

—Esto es lo que más trabajo nos cuesta encontrar en París. Cuando nos apetece mucho, lo mandamos traer de España, pero tardan mucho en entregarlo —me dijo Emma.

—Pues, como tengo que volver a la boda de mi hermano en un mes, no dude que me traeré unos cuantos.

—Me encantaría volver a España, pero no sola, sino con alguien que me enseñe algo más de lo que todos los turistas conocen.

—¿Sabéis qué? Que estáis todos invitados a la boda y allí vais a conocer la verdadera versión de mi ciudad. Eso sí, no será una multitudinaria, porque tan solo estaremos la familia y los amigos cercanos.

—No queremos ponerte en un compromiso, Tina.

—No lo es; mis padres estarán encantados, os lo prometo.

Estuvimos un buen rato más, entre risas y bromas, sobre todo por parte de Jules, el amigo de Jean Paul. Con cada broma que me hacía, refiriéndose a mi físico, lo veía cómo se tensaba más.

No me podía creer que tuviera tanta inseguridad en sí mismo, con la percha y el poder que tenía, aunque quizás fuera por eso, precisamente.

Porque no podía detectar si las mujeres se acercaban a él por el interés o porque realmente se sentían atraídas por él como hombre, no como figura pública.

A media tarde, decidimos irnos cada uno para su casa, excepto yo, que me sentí arrastrada para la casa de Jean Paul, sin poder resistirme, aunque tampoco es que yo quisiera.

—Por fin tengo para mí a solas —me dijo, susurrando a mi oído.

Nos besamos de una manera salvaje y, cuando quise darme cuenta, me encontré delante de él, completamente desnuda, mientras que se despojaba de su ropa.

Me tumbó en la cama, mirándome como quien mira una obra de arte y, por muy raro y contradictorio que pareciera, por cómo era yo, por cómo era mi personalidad, no sentí el impulso de taparme.

Es más, me encantaba la forma en la que me miraba; me hacía sentir deseada como nunca ningún hombre me había hecho sentir.

Se situó entre mis piernas y empezó a recorrer mi cuerpo con sus labios, con su lengua, haciendo que me retorciera de placer, sobre todo cuando llegó a la altura de mis pechos. Decir que estaba disfrutando del sexo como nunca era quedarme demasiado corta. Jamás me había sentido así con nadie.

Fueron las mejores horas de mi vida las que pasé entre sus brazos, practicando sexo, pero no solo era eso, era algo más que no sabía cómo describir.

Mi cuerpo parecía que había sido diseñado para encajar a la perfección con el suyo.

El vaivén de nuestras caderas, moviéndose al unísono, era como la mejor escena de ballet, y, por un momento, sentí miedo.

Sentí miedo de que, por culpa de esto, todo por lo que había soñado y todo lo que había conseguido se fuera a la mierda. Pero quise dejar esos pensamientos a un lado; ya cruzaría ese puente cuando llegara, si es que lo hacía.

Ahora, me tenía que centrar en lo que realmente me ocupaba en estos momentos, y que no era otra cosa que sentir lo máximo posible.

Llegó un momento en el que estábamos tan agotados de practicar sexo que caímos rendidos en la cama, uno en los brazos del otro, y nos quedamos dormidos.

En cuanto abrí los ojos, me lo encontré allí, mirándome, con una sonrisa en los labios.

—Hola, preciosa. ¿Has descansado bien?

—Mejor que eso. Hacía tiempo que no dormía de este modo.

—Eso es bueno, porque son las siete de la mañana y es hora de ir a trabajar.

—No me lo puedo creer. ¿De verdad hemos dormido desde ayer por la tarde hasta ahora?

—Bueno, por la tarde, tampoco, que lo único que nos hemos saltado era la cena, porque estuvimos hasta bien entrada la noche, y todavía no he tenido suficiente.

Jean Paul se acercó a mí y me dio un beso que empezó de la manera más dulce y terminó de la manera más apasionada.

Se levantó de la cama y me cogió en brazos, llevándome así hasta la ducha, en la que nos volvimos a dejar llevar.

—Tengo que ir a mi casa para coger ropa.

—Espera, ponte el albornoz que, aunque no haya más vecinos en esta planta, Jules está a punto de subir y no quiero que vea a mi chica en cueros.

—¿Tu chica?

—Por supuesto. ¿No pensarías que esto era cosa de una noche?

—Más bien, de una tarde.

—Bueno, de lo que sea. Quiero conocerte, Tina, no dejar que todo se reduzca al sexo, y espero que tú estés dispuesta a lo mismo.

—Sí, Jean Paul, pero que esto no interfiera en nuestra relación laboral...

—Eso por descontado, Tina. Eres una gran diseñadora y brillarás bajo mi firma; eso te lo aseguro.

Salí del ático de Jean Paul, con el albornoz puesto, y entré en mi casa. No me había dado tiempo ni a sacar la ropa de la maleta.

Por suerte, Jade me había dejado todo tipo de ropa en el armario, hasta ropa interior, y me decía que, si necesitaba algo más, fuera al almacén, pues como no le pediría una funda de almohada...

Me vestí con un traje de dos piezas compuesto por un pantalón de pata ancha y una chaqueta, en azul marino, y que combiné con una camisa lencera en color celeste claro.

Me recogí la melena en una coleta alta y me calcé mis cuñas, con las que iría al fin del mundo. Mi portafolio, que metí en mi maletín, y salí al descansillo, donde ya estaban Jean Paul y Jules esperándome.

—¿Vas a coger tu coche nuevo o vienes con nosotros?

—No, me voy en mi coche, no quiero que la gente empiece a especular antes de conocerme.

—Tina, no puedes vivir pensando en lo que dirán los demás.

—Lo sé, pero entro en un sitio nuevo a trabajar y no quiero que me cuelguen la etiqueta de aprovechada desde el primer momento.

—Está bien, síguenos con tu coche y ten cuidado, no te vayas a perder.

—A mí se me da bien el manejo del GPS, no te preocupes. Tan solo tienes que decirme la dirección y llego, seguro.

Jules soltó una carcajada por la manera en la que lo dije y la cara de sorpresa que puso Jean Paul.

—Si no estuvieras tan buena, te mandaba a freír nabos —me dijo, y ahí la que no pudo aguantar la risa fui yo.

—Se dice a freír espárragos.

—Espárragos, nabos, qué más da. Todas son verduras.

En cuanto le conté lo que significaba un nabo en mi país, Jules se tronchaba; no podía ponerse ni derecho de la risa que le entró.

Capítulo 13



Jean Paul

Había pasado una de las mejores tardes de mi vida, al igual que el despertar. Nunca pensé que dormir con una mujer a mi lado, abrazados, y amanecer con ella a mi lado, me iba a resultar tan reconfortante.

Y ahora íbamos camino al trabajo, ella detrás en su coche, Jules y yo, delante de ella, en el mío.

—¿Me vas a contar ya lo que ha pasado entre Tina y tú o tengo que adivinarlo?

—Como si tú no lo supieras ya.

—No lo sé, aunque me lo puedo imaginar.

—Pues eso, la conocí, me impactó de una manera brutal y, hasta que no he conseguido acostarme con ella, no he parado.

—Hijo, haciendo resúmenes eres de diez. Me recuerdas a Cris, una amiga que conocí en España.

—Me has preguntado, te he contestado. Si esperabas detalles, siento decepcionarte.

—No soy tan morboso, tan solo quiero que me expliques lo que sientes por ella, porque no es un simple polvo, que nos conocemos.

—Pues no, no es un simple polvo, como bien has dicho, porque ha sido espectacular.

—¡Qué cabronazo eres! Como diría tu abuela. No te cierres más y habla de una vez.

—Me gusta, Jules, pero me da miedo, mucho, además de que la cosa no salga bien y la pierda también como diseñadora.

—Ella no es Samantha, aunque si yo fuera tú, deberías advertir a Tina sobre ella, porque no se va a quedar de brazos cruzados.

—Ese es otro punto; en cuanto se entere de que Tina se encargará de las colecciones exclusivas, va a poner el grito en el cielo.

—¿No lo sabe?

—No, no he tenido la oportunidad de contárselo todavía.

—Madre mía, no me gustaría estar en tu pellejo cuando eso ocurra.

—Lo haré en cuanto entre y les presente a la nueva diseñadora a todo el equipo.

—Sí, piensa que es como una tiritita; cuanto más rápido tires de ella, menos será el dolor.

Le hice un gesto a Tina para indicarle cuál sería su plaza de estacionamiento en el garaje, y aparqué en la mía.

—Amigo, valor y al toro.

—Ni que lo digas.

Nos bajamos del coche y nos dirigimos a la parte principal del edificio. Tina necesitaba su acreditación para poder moverse libremente por toda la empresa, ya que algunas de las zonas eran inaccesibles para el resto de los empleados, y las puertas se abrían con esa identificación.

—Hola, René, esta es Tina Durán, la nueva diseñadora; necesito que le des la acreditación temporal con acceso ilimitado, hasta que le envíen la suya de recursos humanos, que supongo que lo harán a lo largo del día de hoy.

—Encantada, señorita Durán. Ahora mismo se la preparo, señor Sartre; deme un minuto.

—Llámemme Tina, por favor, me sentiría más cómoda —le pidió ella, sonriente.

—Por supuesto, como usted desee, Tina.

Sabía por lo que lo había hecho. El día que hice lo mismo con Samantha, ella se atrevió a llamarla por su nombre, como hacía con el resto de los diseñadores, y ella la corrigió, de manera muy arrogante. Pero, como bien decía Jules, Tina no era como ella; tenía los pies en la tierra y era de lo más humilde.

Una vez que tuvo su acreditación, subimos al ascensor que nos llevaría, en primer lugar, a la planta de diseño, donde le presentaría a sus compañeros. Después de eso, le enseñaría todo el resto de la empresa, para que supiera dónde estaba cada cosa.

Nada más abrir la puerta del ascensor, en el que íbamos riendo por una anécdota que nos sucedió en casa de mi madre el día anterior, nos dimos de bruces con Samantha, que la miró de arriba abajo y con mala cara.

—Veo que te lo pasas muy bien mientras que los demás nos partimos la cara por esta empresa —me dijo, como si todo fuera suyo.

—Por supuesto que me lo paso bien; una cosa no está reñida con la otra. Por cierto, te presento a Tina Durán, la nueva diseñadora de la empresa.

Tina alargó la mano para estrechársela con la suya, pero Samantha la ignoró por completo, dando otra muestra más de toda su altivez.

—¿Otra diseñadora? No son necesarios más diseñadores; si no fueras tan permisivo con los que hay en nómina, otro gallo cantaría.

—Primero, lo que es o no necesario en "mi" empresa lo decido yo; y sí, tienes razón: la primera con quien no debería ser tan permisivo eres tú, que no tienes ni una pizca de educación.

—A mí no me puedes decir que no a nada, amor, sé muy bien cómo convencerte.

Miró a Tina como si estuviera viendo un parásito, como si le molestara su presencia. Bueno, el cómo sobra, porque era evidente que le molestaba que estuviera aquí.

—Vamos a ver, ya no sé en qué idioma decirte que lo que hubo entre nosotros tan solo fue un polvo. Ni soy tu amor ni lo seré en la vida. Y ahora, ponte a trabajar, que te quiero en una hora en mi despacho.

Samantha pintó una sonrisa en su boca, haciéndole creer a Tina que todo lo que había dicho yo era tan solo de cara a la galería, y vi el desconcierto en su mirada, como si no supiera qué creer.

En cuanto que nos quedáramos a solas, le contaría todo, le explicaría que no quería nada con ella, y que no le hiciera caso a lo que soltara por su boca.

La segunda persona con la que nos encontramos fue Alain, que vino corriendo, con una sonrisa en los labios, y la cogió en brazos, girando con ella, mientras que los tres reíamos.

—¡Qué ganas tenía de verte! Tenemos que hablar, porque tengo unas ideas cojonudas para esos diseños tuyos, para hacerlos más versátiles y asequibles.

—Estoy loca por escucharlas. Toma, te dejo mi portafolio y ve anotando los cambios que creas, mientras que yo no vuelvo.

—¿Le vas a enseñar la empresa, Jean Paul?

—Pues sí, quiero que sepa dónde está todo antes de empezar a trabajar y que pueda moverse cómodamente —le respondí.

—Entonces, no te veré por aquí hasta dentro de una hora, por lo menos.

Continuamos con nuestro recorrido y, efectivamente, casi una hora después entraba por el departamento de diseño, con una sonrisa en los labios y dispuesta a comerse el mundo.

—Nos vemos luego, preciosa.

—Hasta después.

Le guiñé un ojo y me fui directamente a mi despacho, donde ya me estaría esperando Samantha, pues era la hora en la que habíamos quedado y, si algo bueno tenía, era que llevaba la puntualidad por bandera.

—Buenos días, Marge —le dije a mi secretaria.

—Buenos días, señor Sartre. La señorita Field ha insistido en esperarlo dentro de su despacho, pues decía que tenía una cita con usted. No ha habido manera de frenarla.

—No te preocupes, sí que tenía una cita con ella.

—Uf, menos mal, pues pensé que se lo estaba inventando y que me iba a llevar una buena bronca.

Sonreí, negando con la cabeza, pero la sonrisa se me cortó de golpe en cuanto que abrí la puerta de mi despacho.

Sí que me estaba esperando, pero no os podéis imaginar de la guisa que estaba.

Se había desnudado por completo y había cogido una de mis corbatas, de las que guardaba en el armario, junto a otro traje y otra camisa, por si tenía alguna cita importante o había tenido algún percance.

No sería la primera ni la última vez que me derramaba algo encima, como un café o un refresco, y tenía que salir corriendo a mi casa para cambiarme.

—¿Se puede saber qué haces?

—Esperarte, tal y como tú me habías dicho.

—Eso no es cierto, te dije que te vería en una hora en mi despacho, pero para hablar de asuntos laborales.

—No especificaste nada, cariño.

—Deja los apelativos para otros, que a mí ni me hacen falta ni los quiero. Y vístete, que puede entrar alguien.

—¿Alguien o la nueva diseñadora? Por favor, qué básico eres, te la estabas comiendo con la mirada...

—Me la como con lo que me dé la gana. Y te he dicho que te vistas, que tenemos que hablar.

—¿No prefieres que hagamos algo antes?

Yo ya me había sentado en mi sillón y no la vi venir. Cuando quise darme cuenta, ya la tenía encima, sentada en mi regazo y cogiendo mi cara entre sus manos.

—Te he dicho que te vistas de una puta vez.

Intentaba levantarme para quitármela de encima, pero, justo en ese momento, la puerta se abrió y me encontré con Tina, que me miraba, asombrada, como si no se pudiera creer lo que estaba viendo.

—Tina, esto no es lo que parece.

—A mí no me tiene que dar explicaciones, Jean Paul. Venía porque no se me han facilitado las claves para poder entrar en el programa de la empresa, pero vendré luego.

Capítulo 14



Tina

¿Cómo podía ser tan tonta? ¿No iba a aprender nunca que los hombres, por regla general, siempre me mentían?

No es que todos los hombres lo hicieran, pero yo tenía la puntería de que, en los que yo me fijaba, sí, y siempre caía.

Si era vox populi que mantenía una relación con ella. No había nada oficial, pero sí que toda la prensa se había hecho eco de esa noticia.

Y voy yo, con mis santos ovarios, y me creo que entre ellos no había nada porque él me lo dice, sin pedirle pruebas ni nada por el estilo.

Sería muy inteligente y un hacha en el diseño, pero en lo que tocaba a mi vida personal, más vale que me lo hiciera mirar, porque me faltaba, mínimo, un hervor.

Llegué de nuevo a mi departamento y Alain, que me vio la cara, no me dejó ni que me sentara.

—Vamos, es hora de tomarnos un descanso.

—¿Qué descanso? Pero si yo todavía no he encendido ni el ordenador.

—Ya, pero esa cara que me traes es de necesitar un café doble y, si me apuras, hasta con coñac.

—No te lo voy a discutir, soy una gilipollas de manual. De esas que buscas la definición en el diccionario y aparece mi cara al lado, como documento gráfico.

Alain soltó una carcajada que sonó en toda la planta, haciendo que nuestros compañeros giraran la cara para mirarnos y, más de uno, pintara una sonrisa en sus labios.

Salimos del edificio y me llevó hasta una cafetería cercana, según él, porque hacían el mejor café del mundo y los mejores croissants, ya de paso. Nos pedimos dos cafés y dos croissants, uno para cada uno, pero en el momento en el que vi la pinta que tenían, supe que, con uno, no tendría ni para una muela.

—Venga, cuéntame lo que te ocurre.

—Alain, te voy a hacer una pregunta y quiero que me digas toda la verdad.

—Dispara, si la sé, no dudes que te la contaré.

—¿Es cierto que Samantha y Jean Paul tienen una relación?

—No, no es cierto. Según me ha contado a mí Jade, tuvieron una noche loca y ella se ha obsesionado con él. Va contándole a todo el mundo que están juntos, que son una pareja, pero es mentira.

—¿Me prometes que es cierto?

—Te prometo que eso es lo que dicen todos, que es mentira. Y ahora, cuéntame qué has visto para llegar de ese modo.

—He visto a Samantha, desnuda, sentada en el regazo de Jean Paul, mientras que él intentaba levantarse. Ahora bien, no sé con qué intenciones quería hacerlo.

—¿Por qué no has pensado que, quizás, lo que quería era librarse de ella?

—Sí, puede ser, no lo niego.

—¿Qué has hecho tú?

—Decirle que no me tiene que dar explicaciones y salir corriendo del despacho.

—Siempre ocurre lo mismo; te contaré lo que me pasó a mí...

Alain me contó que, cuando entró, tuvo un amor a primera vista con Jade, pero que una de las compañeras se encaprichó con él. Un día, mientras estaba en el archivo esperando a Jade, pues ya estaban juntos y se veían ahí, a escondidas, estaba de espaldas y alguien le puso la mano en su miembro.

—Pensaste que era tu chica.

—Efectivamente, pero no lo era.

—Y Jade te pilló con ella.

—No hace falta ser adivino para saberlo, pero sí. Cuando escuché su voz, me quise morir.

—¿Qué hizo ella?

—Pues lo mismo que has hecho tú. Salió corriendo y, cuando fui a buscarla, se mostró de lo más fría, diciendo que lo nuestro había sido un error.

—¿Hasta cuándo estuvo con esa postura? Me refiero que cuándo se descubrió todo.

—Tres días más tarde, cuando me cogió gritándole que me dejara en paz, que me tenía hartos y que, por su culpa, por su maldita obsesión, había perdido a la mujer de mi vida.

Estuvimos un buen rato más en esa cafetería, hasta que se nos terminó la media hora del descanso y tuvimos que subir de nuevo a nuestro puesto de trabajo.

Al llegar, me encontré un post-it con mis claves para entrar en el ordenador, así que me centré en mi trabajo y dejé que el día transcurriera de manera tranquila.

Tenía que subir a hablar con Jean Paul, pero, de momento, no me veía capaz de hacerlo, no tenía las suficientes fuerzas, y decidí que lo haría a la hora de la comida.

Alain estaba conmigo, a mi lado, pues como la colección exclusiva la tenía ya media lista, nos dedicamos a hacer los cambios necesarios en la colección de calle, como así la llamaban en la empresa.

—¿Me dejas que te haga alguna sugerencia con tu colección?

—Por supuesto. Tú tienes más experiencia que yo...

—Pero menos talento. Estos diseños son increíbles, te lo prometo. Cuando Jade me mostró el vestido de cóctel, me quedé prendado de él, de su textura, de su caída...

—Gracias, pero no me adules demasiado, que no me gusta; me hace sentir incómoda.

—Mira que eres tonta, cariño. Venga, saca el portafolio, que miremos lo que se puede hacer.

Estábamos revisando todo, primero en papel, haciendo allí los cambios para que resultaran mucho más llamativos, sin perder la elegancia, por supuesto.

Una vez que ya teníamos un diseño listo, lo escaneábamos y lo pasábamos tanto a la tableta de la empresa como a la carpeta de diseño.

—Si tú quieres que yo vaya contigo de la mano en la colección de calle, tú vendrás conmigo en esta.

—No me parece justo porque yo, tanto en una como en la otra, tan solo he modificado algunas cosas; el grueso del diseño es tuyo.

—Pero como somos un equipo, no hay nada más que hablar.

—Eres maravillosa, Tina.

—No menos que tú.

—Da gusto trabajar con gente así, humilde y con los pies en la tierra.

Estábamos riendo por esos comentarios cuando la vi venir hasta mí, como los toros de Miura, al igual que Alain, que no dudó en levantarse y cerrar la puerta en sus narices.

Lo miré, sin saber las consecuencias que eso podría traerme, y con miedo, no lo voy a negar, porque sería mentira.

—No me mires así; aquí se viene a trabajar, para lo demás, está la calle.

—No sé qué me da más miedo, que me monte el pollo aquí o que me lo monte en la calle.

—Sé que no eres de esas a las que les gusta la polémica, que huyes de los conflictos, Tina, pero a veces no tenemos más remedio que hacerles frente.

—Eso lo tengo claro, pero no me gustaría que eso fuera un impedimento en mi trabajo.

—¿Estás loca? ¿Sabes cuántas empresas se partirían la cara por tenerte entre sus filas?

—Ya, pero yo no quiero trabajar en otra empresa, lo que quiero es cumplir mi sueño, que es hacerlo aquí, para esta firma.

—Jean Paul no te va a despedir por lo que diga Samantha, te lo aseguro.

—Eso tendría que verlo, pero bueno, no perdamos más el tiempo con tonterías como estas. El tiempo lo dirá.

—El tiempo, lo que va a decir es que tenemos a una de las mejores diseñadoras del mundo, y todos caerán rendidos a tus pies.

Seguimos trabajando hasta que casi lo tuvimos todo. En este momento, lo que tocaba era subir al despacho de Jean Paul para que diera el visto bueno, pasarlo a patronaje y hacer los primeros prototipos de las colecciones.

Me sorprendió que no estuviera Samantha allí, en su mesa, pero supuse que se había marchado ya, pues ya había terminado su jornada laboral. Pero no, estaba equivocada, y lo descubrí cuando llegué hasta el despacho de mi jefe, y me la encontré allí, discutiendo con Marge, la secretaria.

—Señorita Field, ya le he dicho que el señor Sartre no ha autorizado su visita y no puedo hacer nada más.

—Y yo te he dicho que no puede ser, que tengo que hablar con él, que ha debido haber un error.

Marge levantó la cabeza, me vio y me hizo un gesto. No le hizo caso a Samantha, sino que escribió algo en su portátil, recibiendo una respuesta inmediata.

—Puedes pasar, Tina; el señor Sartre te espera.

—Gracias, Marge.

Al pasar por el lado de Samantha, no me esperaba lo que hizo; me cogió por la coleta y me jaló del pelo.

—Si te piensas que te vas a quedar con mi hombre y con mi trabajo, lo llevas claro, porque no pienso permitirlo.

—Suéltame ahora mismo, si no quieres perder los dientes.

Ella soltó una risotada, pero yo no me quedé quieta. Para algo mi padre me había apuntado de adolescente a defensa personal y, cuando se quiso dar cuenta, ya estaba en el suelo.

—Te pienso denunciar, puta.

—Hazlo, no podrás demostrar nada, porque tanto Marge como yo lo que hemos visto es que has tropezado.

Marge me miró sonriente, loca porque esa mujer desapareciera de la empresa.

Capítulo 15



Jean Paul

En el momento en el que vi la cara de decepción de Tina cuando me vio con Samantha, la rabia y la furia se apoderaron de mí.

—Tienes dos segundos para vestirme, si no quieres que te eche al pasillo tal y como estás.

—¿Estás liado con ella? ¿Te estás acostando con esa mosquita muerta?

—Lo que yo haga con mi vida privada no es asunto tuyo.

—Nos iba bien; no entiendo qué es lo que ha pasado; yo te amo, Jean Paul...

—¿Que nos iba bien? No podía irnos ni bien ni mal, pues entre nosotros no había nada, nunca lo ha habido ni nunca lo habrá, aunque no quieras enterarte.

—¿Que no había nada entre nosotros? Pues siento decirte que lo siento por ti, pero sí que lo hay y lo habrá, porque estoy embarazada.

La miré y solté una carcajada, no sabía si era de nervios, de incredulidad o de qué coño era, pero hasta las lágrimas me salían de los ojos.

—No puedes estar diciendo eso en serio; la única vez que lo hicimos usé protección.

—Todos los métodos fallan, querido, y yo llevo en mi vientre a tu hijo.

—Cuando me lo confirme un médico, el que yo elija, me lo creeré. Si es mi hijo, por supuesto que me haré cargo de él, pero para nada cargaré contigo.

—Vamos en un pack, o los dos, o ninguno.

—Pues lo siento por ti, entonces, tendrás que criarlo sola. Si me llevas a juicio, no tendré ningún problema en pasarle a mi hijo la cantidad que le corresponda económicamente, pero hasta ahí.

Esta conversación la tuvimos mientras que se vestía y todavía no había abordado la más complicada, que era la del trabajo.

Estaba a punto de hacerlo cuando me entró una videollamada del gerente de una de nuestras tiendas, por lo que le pedí que se marchara y volviera en un par de horas, ya que la conversación iría para largo, pues teníamos muchos temas que tratar.

—Dime, Françoise, ¿qué ocurre?

—Buenos días, Jean Paul, te llamaba para comentarte los temas del mes, como hago siempre.

—Es verdad, tienes razón, se me había olvidado por completo el día en el que vivo. Cuéntame.

Esa conversación nos llevó una hora y media, así que tenía tiempo de bajar hasta el despacho de Tina y dejarle las claves que me había pedido.

Eran personales e intransferibles, y las generaba yo, y nadie más, por lo que, en un periquete, las tenía generadas y las anoté en un post-it.

Cuando bajé, Tina no estaba y uno de sus compañeros me dijo que había bajado con Alain a desayunar. Si no llega a ser mi cuñado, del que me constaba que estaba completamente enamorado de mi hermana, hubiera bajado a buscarla y la hubiera cargado al hombro como si fuera un neandertal.

Le dejé el papel en el que lo llevaba anotado pegado a la pantalla del ordenador, y volví a mi despacho, donde me tendría que enfrentar a Samantha, que no se iba a tomar muy bien lo que tenía que decirle.

—Marge, en cuanto que suba la señorita Field, hágala pasar, por favor.

—No se preocupe, señor Sartre, que así lo haré.

Estaba mi secretaria terminando de decir eso cuando se abrió el ascensor y salió ella como si fuera una diva.

—Aquí estoy, ¿qué es lo que me tienes que decir?

—Vamos a mi despacho. Marge, que no me moleste nadie. Si viene alguien, me avisas por la aplicación interna, si eres tan amable.

—Perfecto, señor Sartre. Pierda cuidado, que no permitiré que pase nadie.

Con ella también tenía que hablar. A partir de ahora, y para que no hubiera más sorpresas desagradables como la de esta mañana, cuando yo no estuviera, mi despacho permanecería cerrado bajo llave, y no entraría nadie sin mi expreso consentimiento.

Le di paso a Samantha a mi despacho y cerré la puerta detrás de mí.

—Toma asiento, por favor.

—Déjate de rodeos y dime ya lo que tengas que decirme.

—Samantha, a partir de este momento no te vas a ocupar de la colección exclusiva; eso lo hará Tina; tú te dedicarás al diseño de la línea deportiva y de baño que vamos a sacar.

—No estarás hablando en serio.

—Por supuesto que sí...

—No me vas a quitar el diseño de vestidos de fiesta para ponerme a diseñar un chándal; no lo pienso permitir. Eso sería degradarme en el trabajo y estoy dispuesta a llevarlo hasta la última instancia, si hace falta.

—Llévalo donde te plazca, pero aquí, el que manda y reparte el trabajo, soy yo, mirando por el bien de la empresa.

—No, mirando por el bien de la empresa, no, mirando por esa mujer a la que te estás tirando.

—¿Quieres que te muestre las gráficas de las ventas de la colección exclusiva?

—No me hace falta que lo hagas, porque mis diseños son fantásticos.

—No, tus diseños son todos iguales, lo único que cambia es el tejido y los adornos, nada más, y las ventas han bajado en un cuarenta por ciento.

—¡Qué casualidad! Y justo te das cuenta cuando aparece ella.

—No, me había dado cuenta mucho antes, pero como no tenía a nadie que cogiera las riendas asegurándome el éxito, no lo había hecho antes.

—Esto no se va a quedar así, te lo aseguro.

Salió de mi despacho, dando un portazo, y lo primero que se me vino a la cabeza era que intentaría entrar en la colección exclusiva, por lo que bloqueé su acceso desde mi ordenador.

Me centré en el trabajo hasta que Marge, mi secretaria, me envió un mensaje por la aplicación interna, comunicándome que Samantha quería verme.

Jean Paul Sartre: *Ni se le ocurra dejarla pasar. Dígale que estoy ocupado y que no puedo atenderla.*

Marge Beulop: *Se lo he dicho ya, por activa y por pasiva, pero no se preocupe, que no la dejaré pasar.*

Seguí a lo mío, revisando contratos con proveedores que estaban a punto de vencer, fijando reuniones que no se podían aplazar más, hasta que otro mensaje me saltó en la pantalla.

Iba a ignorarlo, pero algo en mi interior me dijo que no lo hiciera, por lo que levanté la mirada y vi que era mi secretaria.

Marge Beulop: *La señorita Tina Durán se encuentra aquí; me dice que necesita mostrarle algo.*

Jean Paul Sartre: *Hágala pasar, que no espere.*

Marge Beulop: *Ahora mismo, señor Sartre.*

Me extrañó que Tina no hubiera entrado ya, pues desde la mesa de mi secretaria hasta la puerta de mi despacho no había más de unos cuantos pasos.

Cuando me levantaba para abrir la puerta, escuché un estruendo, como si alguien se hubiera caído, y los gritos de Samantha.

Suspiré, cogí fuerzas, pues no sabía lo que me iba a encontrar en cuanto que abriera esa puerta, pero no tenía más remedio que hacerlo, para eso era mi responsabilidad.

—¿Alguien me cuenta qué está pasando aquí?

—Esta zorra, que me ha hecho una llave y me ha tirado al suelo. O la despides, o denuncio a la empresa por permitir acoso y agresiones en el entorno laboral —me dijo Samantha, desde el suelo y mirándome con cara de odio.

—Señor Sartre, lo que está contando la señorita Field no es cierto. Ella ha resbalado y se ha caído de culo.

—Las cámaras están para algo; puedes mirar las imágenes.

—Si miran las imágenes de esa cámara, me parece que vas a salir peor tú que yo, cariño, pues si es que yo te he tocado, puedo alegar que ha sido en defensa propia.

Samantha se levantó del suelo, se sacudió su pantalón y salió de allí furiosa. Antes de entrar en el ascensor, se volvió hacia mí, con cara de odio, para dirigirme unas palabras.

—Me voy ahora mismo al médico. Reza para que a tu hijo no le haya pasado nada.

—Ya te he dicho que, mientras que no vea un documento que diga que es mi hijo, yo no tengo nada que ver en eso.

Tina me miraba con una mezcla de miedo y decepción que me dolió en el alma.

—Si quieres que vuelva luego o mañana, no tengo problemas.

—No, pasa, que necesito hablar contigo y no solo de trabajo.

—Está bien, hablemos.

Entramos en mi despacho y, tal y como cerré la puerta, no pude evitar atraerla hasta mí y besarla.

—Jean Paul, quiero que me cuentes todo, sin mentiras, por favor. ¿Está Samantha embarazada? ¿Ese niño es tu hijo?

—No sé si está embarazada, como tampoco puedo afirmar que ese hijo sea o no mío. Si te doy mi opinión personal, creo que todo es mentira, que lo único que pretende es obligarme a estar con ella, pero no lo va a conseguir.

—¿Y si es cierto que está esperando un hijo tuyo?

—Entonces, me haré cargo de mi hijo, pero para nada lo haré de ella; eso no tiene nada que ver.

Capítulo 16



Tina

Una vez que me dejó claro que esa mujer no tenía cabida en su vida, nos centramos en el plano laboral.

Habíamos terminado la colección, a la que tan solo hicimos algunos ajustes, para centrarme en el vestido de novia de mi cuñada.

Tenía claro que quería contar con la ayuda de Alain, porque, entre los dos, haríamos un diseño espectacular, que haría que Carla luciera mucho más bonita de lo que ya lo era.

—Estos diseños son espectaculares, Tina, te has lucido en tu primera colección.

—No son solo míos, Jean Paul. Alain también me ha ayudado muchísimo, y quiero que su nombre también aparezca.

—Mira, tendría que hablar antes con mi cuñado por si está dispuesto, pero no creo que me ponga ningún problema...

—¿Estás pensando en alto?

—Perdona, sí, pero bueno, te lo digo a ti también a ver si estás de acuerdo.

—¿El qué me tienes que decir? ¿A qué te estás refiriendo?

—¿Qué te parecería que trabajarais ambos en las dos colecciones?

—Me parecería algo magnífico, de verdad.

—Podríamos crear una marca propia dentro de la firma, algo así como Durán y Penaut. ¿Qué te parece?

—Que debería ser al revés, al fin y al cabo, él tiene más experiencia que yo.

—¿Eres consciente de lo que estás diciendo?

—Claro que sí, ¿por qué lo dices?

—Eres la persona menos egocéntrica y más generosa que conozco, y eso, en este mundillo, es difícil de encontrar.

—Soy justa, nada más.

—Venga, vámonos y hablamos con él, que seguro que está en casa de mi hermana. Por cierto, ¿has comido algo?

—Siendo sincera, no. Nos hemos sumergido tanto en los diseños que no nos hemos dado cuenta.

—Pasaremos a por comida a algún restaurante antes de subir.

—¿Por qué no pasamos mejor por casa de tu madre y que nos dé un táper?

Jean Paul soltó una carcajada porque tuve que poner una cara que era para grabarla.

—Es que, aquí, todo lo cocinan con mantequilla y queso, y me da tanto asco, tanto lo uno como lo otro, que creo que me voy a tener que alimentar con suero.

—¿Por eso no has bajado a comer?

—Bueno, entre otras cosas...

—Anda, pasamos por el super y hacemos una compra. Has tenido suerte, me encanta cocinar.

—Eh, que a mí también se me da muy bien la cocina. Mañana me traigo el táper con albóndigas de bonito que voy a hacer, y voy a ser la envidia de toda la oficina.

—Esa receta no la sé; me la tendrás que dar, pero será otro día, porque esta noche no te pienso dejar cocinar, por mucho que te empeñes. Tengo otros planes para nosotros...

Estaba saliendo cuando me entró una videollamada de Valeria, que contesté de inmediato.

—Amiga, estamos de suerte.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha tocado la lotería?

—Mucho mejor que eso.

—¿Mejor que eso? Pues empieza a contar, que yo también tengo mucho que contarte, pero ahora no puedo.

—Si no puedes, ¿para qué me dices nada?

—Lo que te tiene que contar es que estamos juntos; somos pareja. Hala, ya lo sabe —dijo Jean Paul, que se asomó a la pantalla de mi teléfono.

—No... ¿De verdad?

—Sí, pero eso ya te lo contaré luego. Venga, cuéntame lo tuyo.

Valeria me contó que, esa mañana, cuando subió para hablar con su jefe para solicitar el traslado, lo encontró hablando con el gerente del hospital parisino.

Lo hacían en francés, por lo que su jefe pensó que no los estaba entendiendo. En esa conversación, su compañero le decía que necesitaba urgentemente a una enfermera pediátrica, pues una de las que tenía se había jubilado.

—Sin pensármelo dos veces, me ofrecí voluntaria. Me metí en la conversación, por toda la cara.

—¿Qué te dijo? ¿Cómo reaccionaron los dos?

—Al principio, desconcertados, porque le contesté en francés y no se esperaban que yo lo hablara así de fluido.

—¿Y luego?

—Luego se pusieron a pelearse porque los dos querían tenerme en su equipo. Al final, ganó el francés.

—¿Te vienes ya para París?

—*Oui*, llego el viernes a las siete de la tarde. ¿Me recogerás en el aeropuerto?

—Por supuesto, hasta con una pancarta que diga “Bienvenida a París”.

Mi amiga soltó una carcajada mientras que yo me montaba en mi coche; en el asiento del conductor, Jean Paul lo hacía en el del copiloto.

—¿Y tu coche?

—Se lo ha llevado Jules, que ha salido antes que yo.

—No entiendo cómo se viene contigo si no trabaja aquí.

—Pues muy sencillo, su hospital está justo en la calle de detrás, y es una tontería, cuando él tiene el turno de mañana, que es casi siempre, coger dos coches.

—Eh, que sigo aquí —dijo Valeria.

—Perdona, amiga, es que no me esperaba que Jean Paul fuera a venir conmigo en el coche.

—Ay, pero no te he contado lo mejor.

—¿Todavía hay algo mejor?

—Sí, y no te lo puedes ni imaginar.

—Venga, suéltalo ya, que tengo que arrancar el coche.

—Espera —me dijo Jean Paul, y conectó el teléfono al coche, por lo que la veíamos por una pantalla gigantesca que había en el salpicadero.

—Amiga, no te puedes imaginar cómo está de bueno el director francés.

Soltamos una carcajada porque lo que menos nos esperábamos era que soltara algo así. Yo qué sé, pensé que me diría algo del sueldo, o de lo emocionada que estaba por venir, pero nunca algo así.

—Bueno, pues ya tienes un motivo más para venir.

—Ojalá y a mí me pasara lo mismo que a ti, pero seguro que tengo la mala suerte de que está casado o, mucho peor, que es gay.

—Te dejo, que tengo que conducir; hablamos mañana.

—Sí, y llama a tus padres, que están que trinan contigo, pero dicen que, mientras que tú no los llames, ellos no te van a molestar.

Era cierto porque el día anterior, cuando llegamos, no los llamé y hoy tampoco lo había hecho cuando le prometí que lo hablaríamos todos los días.

—En cuanto que llegue a mi casa para cambiarme, tengo que hablar con mis padres.

—Sí, o terminarán echándome las culpas a mí y no me dejarán entrar en la familia.

—No se puede ser más tonto. Si te adoran, aunque te hayas llevado a su hija favorita.

—Los que te adoran son los míos. Miedo me da cuando mi madre se entere de que estamos juntos. En menos de seis meses, nos organiza la boda.

—Claro, sin anillo de pedida ni nada. Así como quien no quiere la cosa.

Nos reímos muchísimo porque, entre los dos, y en tan poco tiempo, se había creado una complicidad que llamaba mucho la atención.

Al final, su madre nos llamó para ver si tardábamos mucho, pues había hecho una tortilla de patatas y una ensalada, y nos estaban esperando para cenar.

Me tenía que acostumbrar a los nuevos horarios, pues, a esta hora y en España, como mucho te tomabas un refresco, eso en el caso de que hubieras merendado temprano.

—Tengo que subir a cambiarme; no puedo comer vestida así si no estoy en un restaurante; es como una manía que tengo.

—Venga, yo también me cambiaré, pero no tardes mucho, o mi madre nos cogerá por las orejas.

—Cinco minutos, no más.

Entré en mi casa y, mientras que lo hacía, mientras que me cambiaba de ropa, marqué el número de mi madre.

—Menos mal, pensé que se te había olvidado que tenías madre.

—No me seas dramática, mamá. Que nos vimos ayer por la mañana, y hoy he tenido mucho trabajo.

—¿Te has adaptado bien?

—Mucho, estoy encantada y mis compañeros son un amor.

Por supuesto, omití el tema de Samantha, pues estaba a muchos kilómetros y era una tontería preocuparla por nada.

Estuvimos unos minutos más hablando, hasta que llamaron a mi puerta.

—Mamá, te tengo que dejar; me esperan para cenar.

—¿A esta hora vas a cenar?

—Los horarios no son los mismos, mamá. Mañana te llamo en cuanto que salga del trabajo, te lo prometo, y hablamos más tranquilamente.

—Eso espero, o tendré que ir a París y cogerte por las orejas.

Cortamos la llamada y me acordé de que no le había dicho nada de los invitados a la boda de mi hermano, pero bueno, ya se lo diría cuando hablara con ella de nuevo.

Al abrir la puerta me encontré con Jean Paul y os prometo que me quedé con la boca abierta.

Llevaba un pantalón corto de algodón, caído sobre las caderas, y una camiseta blanca que le marcaba hasta las ojeras. No se podía estar más bueno que él. ¿A este hombre no le sentaba nada mal? Si guapo estaba vestido con ropa de calle, esto ya era un escándalo.

—¿Te gusta lo que ves?

—¿Perdón?

—Que si te gusta lo que ves, que te has quedado embobada.

—Pues mira, sí que me ha gustado, no lo voy a negar.

—A mí me fascina imaginar lo que hay debajo de esas mallas y de esa camiseta, pero ponte unos zapatos, ¿o pretendes ir descalza?

Bajé la mirada y me di cuenta de que no había cogido las zapatillas, por lo que salí corriendo para ir a por ellas.

Capítulo 17



Jean Paul

No se podía ser más bonita que ella, tanto por dentro como por fuera. Como diría mi abuela, era una guapa reversible.

En cuanto que la vi, allí plantada, después de abrir la puerta, con esas mallas cortitas y esa camiseta que mostraba parte de su vientre y descalza, me pareció una de las mujeres más bellas que habían pasado por mi vida.

Bajamos hasta la casa de mis padres, donde ya nos estaban esperando todos, y mi madre, nada más verme, supo que algo me había pasado.

—Jean Paul, ¿eres tan amable de ayudarme con una cosa en la cocina, por favor?

—Por supuesto, mamá, dime qué es lo que necesitas.

Mi madre se enganchó de mi brazo y juntos nos fuimos hasta la cocina que, aunque estaba abierta al salón, tenía una parte en la que podríamos hablar con tranquilidad.

—Cariño, ¿qué te ha pasado en el trabajo?

—¿Cómo sabes que ha pasado algo?

—Primero, porque soy tu madre y conmigo no puedes tener secretos. En segundo lugar, porque me he encontrado a Samantha al salir de la peluquería.

Respiré hondo, aunque creo que, más bien, bufé, porque no me gustaban nada las confianzas que esa mujer había cogido con mi madre.

Estaba completamente seguro de que mi madre la había intentado esquivar, pero que ella había hecho todo lo posible para que no pudiera hacerlo.

—¿Qué te ha contado, mamá?

—Algo que sé que no es cierto, porque, como sabes, tan solo me hace falta mirar a los ojos a una persona para saber cómo es.

—Dímelo, no te guardes nada, te lo suplico.

—Me ha contado que estás liado con Tina y que, por eso, la has apartado de su trabajo, degradándola hasta el infinito.

—Es cierto, en parte.

—Explícate.

—Sí que es cierto que estoy con Tina, pero no liado. Para mí, un lío es algo que no pasa de la cama, del sexo, y a ella la quiero conocer.

—¿Y lo del trabajo? ¿Has apartado a Samantha de la colección exclusiva por un trato de favor hacia Tina?

—No, mamá. La he apartado porque sus diseños son todos iguales y las ventas han caído en picado.

—¿La tiene Tina?

—Sí, junto a Alain, y deberías ver los diseños que han presentado. Hacen un tándem perfecto, tanto para la empresa como para ellos mismos.

—También me ha dicho que Tina la ha agredido, y...

—Continúa, por favor.

—Que iba hacia el ginecólogo, porque estaba embarazada y, si al bebé le había pasado algo, no dudaría en denunciarla.

—Tina no la ha agredido, se ha defendido. Ella la tenía sujeta por el pelo, jalando, y Tina, después de advertirla, le ha hecho una llave para quitársela de encima.

—Con respecto al bebé...

—No lo sé, mamá. Pero si es mi hijo, me ocuparé de él, pero no de su madre; eso lo tengo claro.

—Es tu vida, y sé que harás lo que sea mejor para todos; no tengo la menor duda.

—Venga, vamos a la mesa, o se pensarán que estamos tramando algo, y ya sabes cómo se pone mi padre si piensa algo.

Le di un beso a mi madre y salimos hasta el salón, llevando una botella de refresco de cola y una jarra de agua, y nos sentamos a comer.

Me sentía tan bien con Tina a mi lado que me imaginé cómo sería vivir una Navidad en familia, con ella y los suyos, a nuestro lado.

—Alain, tengo que preguntarte algo —le pregunté en cuanto que terminamos de cenar.

—No me asustes, Jean Paul, que cuando pones esa cara y usas ese tono, es porque es algo importante.

—Y lo es, pero no es malo, al menos bajo mi punto de vista.

—Venga, no le des más rodeos y ve al grano, por favor.

—He visto los diseños que habéis hecho Tina y tú para la colección exclusiva...

—Los diseños son suyos; yo tan solo les he dado un toque.

—No, Alain, los hemos hecho entre los dos, ni uno más ni uno menos —le dijo Tina.

—Eso dice mucho de ti como persona, Tina —le dijo mi padre.

—Es lo justo, no quiero oír más que tengo buen corazón, que soy humilde, porque no van por ahí los tiros. Me gusta trabajar en equipo, pero siempre y cuando los méritos no vayan en una sola dirección —le contestó Tina.

Mi madre me miró y asintió con la cabeza. Sabía lo que me quería decir, pues pocas veces la había visto hacer eso, y me estaba dando la bendición, como decía mi abuela.

—Bueno, a lo que iba. Tina está de acuerdo porque ya se lo he preguntado esta mañana.

—De acuerdo, ¿con qué?

—Déjame terminar, si me interrumpes cada dos palabras, no te vas a enterar en la vida.

—Está bien, perdona. Dímelo.

—He pensado en crear una marca dentro de la firma; se llamará Durán y Penaut, y será el reflejo de vuestros diseños.

—¿Me estás diciendo que vamos a trabajar juntos?

—Eso mismo, y lo haréis en las dos colecciones, tanto en la de calle como en la exclusiva. Si tú estás de acuerdo, por supuesto.

—¿Cómo no voy a estarlo? Para mí es un sueño trabajar con una persona con tanto talento como ella.

—Compañero, el talento es de los dos y la experiencia es tuya; yo tan solo me dejo guiar —le aduló Tina.

—Sabes que seremos la envidia de todas las firmas con este tándem, ¿verdad? —preguntó mi hermana.

—Lo tengo claro, solo dos personas como ellos son capaces de hacer algo tan grande como lo que han creado.

—¿Tan buenos son esos diseños? —preguntó mi padre.

—Papá, buenos, no, mejores de todo lo que te puedas imaginar.

—Si quiere, puedo bajar mi portafolio, pues lo traía conmigo. Nunca me separo de él —dijo Tina.

—Pues sí, me gustaría mucho verlos.

—No hace falta que subas, Tina, los tengo aquí mismo —dijo Alain.

Mi cuñado se levantó y fue hasta donde había dejado su portátil, que estaba conectado con el de la empresa. Alain tenía pleno acceso a todas las colecciones, al igual que Tina. Eran las dos únicas personas a las que se lo había dado, porque confiaba en ellos plenamente.

En cuanto que mis padres vieron lo que habían creado juntos, tanto una colección como la otra, se quedaron con la boca abierta. Era algo novedoso, ponible y muy cómodo, pero sin perder un ápice de elegancia en cada diseño, que era lo que caracterizaba a nuestra firma.

—Tengo que daros mi enhorabuena, no os podía haber salido nada mejor —les dijo mi padre a ambos.

—Yo estoy de acuerdo con mi marido; es simplemente espectacular.

—Ahora, Alain, necesito tu ayuda —habló Tina.

—¿En qué puedo ayudarte? No dudes que lo haré.

—Necesito que le echés un vistazo al vestido de novia que he diseñado para mi cuñada y que le des tu toque, como has hecho con todo lo demás.

Tina entró en una de las carpetas que tenía en la intranet de la empresa y, cuando nos mostró a todos lo que había pensado, sí que no supimos qué decir.

Alain, que estaba tan sorprendido como nosotros, tan solo hizo un par de ajustes en el diseño para dejarlo todavía más bonito de lo que era.

Mi madre me miró a mí primero, luego a mi hermana y, por último, a mi padre, y todos supimos lo que nos quería decir.

—¿Estás pensando lo mismo que yo, Jean Paul?

—Me parece que sí, mamá, pero eso no lo podemos decidir nosotros, sino ellos, que son los artistas.

—¿De qué habláis? —preguntó Tina.

—¿Os veis capaces de diseñar una colección de novias? —preguntó mi hermana.

Tina empezó a ponerse nerviosa, mientras que Alain empezó a reír de los nervios, sin saber qué decir ni cómo actuar. Se miraron entre ellos; me pareció alucinante cómo sus mentes conectaban y se entendían sin decir una sola palabra.

—Sí, nos atrevemos, aunque eso nos llevará un poquito más de tiempo —dijo Alain.

—Entonces, lo mantendremos en secreto hasta que la colección esté terminada, que será el momento en el que daremos una rueda de prensa y lo contaremos todos —les dije, plenamente feliz.

Nos tomamos una copa para celebrarlo y, a eso de las nueve de la noche, nos fuimos cada uno para su casa.

Alain llevaba unos días viviendo con Jade, pues estaban cansados de ir maleta arriba, maleta abajo, y como mi cuñado vivía de alquiler, en cuanto que le venció el contrato, aceptó la propuesta de mi hermana.

Salíamos de casa de mis padres cuando nos encontramos con Jules, que venía con una mujer.

No paraba; era algo espectacular lo de este hombre. Mujer que se cruzaba en su camino y que le interesaba, mujer que, a los pocos días, estaba en su cama.

—Buenas noches, amigo... y compañía.

—Buenas noches, Jean Paul, Tina...

—Te veo muy bien acompañado.

—No menos que tú.

—Ya, pero lo mío es algo serio; ni se te ocurra fijarte en ella.

Tina nos miraba de uno al otro, mientras que la mujer que iba con Jules tan solo estaba pendiente de hacerle carantoñas a mi amigo.

—No se me pasaría ni por la imaginación, te lo aseguro.

—Eso espero. Ahora, me subo a mi casa, que tengo cosas mejores que hacer que verte la cara y charlar contigo.

Mi amigo soltó una carcajada y entró en su casa. Al final, como íbamos hablando, subimos por la escalera en vez de coger el ascensor, como sería lo normal.

—¿A qué ha venido eso que le has dicho a tu amigo?

—¿El qué?

—Eso de que no se le ocurriera mirarme.

—Porque el muy cabronazo, mujer que pone en su punto de mira, mujer que pasa por su cama.

—Vamos, que es un picaflor de los de toda la vida de Dios.

—Más o menos, pero ahora, dejemos el tema de Jules para mañana, que tengo mejores planes para nosotros.

Esta vez no fuimos a mi casa, sino a la suya, pero me daba igual. El final iba a ser el mismo, los dos enredados bajo sus sábanas disfrutando de nuestros cuerpos, al igual que hicimos la tarde anterior.

Tenía pensado llevarla a cenar el sábado y a enseñarle algo de París, que todavía no había visto nada más que los Campos Elíseos, pero antes, la llevaría a ver las estrellas, que era lo que más me gustaba del mundo.

—Esas mallas me traen loco desde que te las he visto puestas.

—Pues anda que a mí esa camiseta...

—¿Sí? Pues quítamela.

Tina metió las manos por debajo de mi camiseta y la sacó por encima de mi cabeza, mientras que dejaba un reguero de besos por mi torso.

Hasta ahora no había sido consciente de lo que me excitaba verla así, encima de mí, a horcajadas sobre mi regazo y sintiendo la dureza de mi miembro en su centro del placer.

Yo hice lo mismo con ella, desde donde estaba, a la vez que movía mis caderas, haciendo fricción, pero tan solo de manera suave, para que se fuera imaginando lo que le esperaba después.

En pocos minutos, estábamos ambos completamente desnudos, gozando de nuestros cuerpos y retándonos el uno al otro con la mirada, a ver quién era capaz de darle más placer al otro.

Nos volvimos locos, y los gemidos fueron la banda sonora de esa noche, en la que nos quedamos dormidos bien entrada la madrugada y después de haber tenido una maratón de sexo.

Tenía claro que, cuando sonara el despertador, nos íbamos a querer morir, pero lo bien que nos lo habíamos pasado, eso no nos lo quitaba nadie.

Capítulo 18



Tina

Había llegado el viernes, y le pedí a Jean Paul que saliéramos un poquito antes, ya que quería ir a buscar a mi amiga al aeropuerto, pues su vuelo había cambiado y, en vez de llegar a las siete como me había dicho, llegaba a las tres.

—No tienes ningún problema, además, así aprovechas y pasas la tarde con ella.

—Gracias, gracias, no sabes lo que esto significa para mí.

—Claro que lo sé, y por eso lo hago, para que seas completamente feliz.

Le dejé un beso y me dispuse a ir a mi despacho, bueno, a nuestro despacho, porque Alain se había trasladado conmigo, puesto que era más grande que el suyo.

Mi compañero no había ido hoy a trabajar, pues llamó a Alain, que se encontraba con fiebre, y mi chico le dijo que se quedara en casa.

Al encender el ordenador, vi algo que no me cuadró, pero no le quise dar importancia. Había enviado el vestido de novia de mi cuñada a patronaje, para que empezaran a confeccionarlo.

Había quedado con Carla en que lo llevaría yo cuando fuera, que lo haría tres días antes, con las costuras sin cerrar, por si había que hacer alguna modificación por la barriguita del embarazo.

Estaría de unos tres meses, y por eso no creía que su figura hubiera cambiado mucho de la suya inicial.

Entré en la carpeta de la colección exclusiva y me quedé blanca. Todo había desaparecido; era como si alguien hubiera entrado y la hubiera borrado.

No quería parecer una psicópata y por eso decidí encender el portátil de Alain. Tanto él como yo conocíamos las claves de los dos, por si, en algún momento, ocurría algo y teníamos que acceder a él. Por suerte, tan solo se había borrado de mi ordenador, así que lo copié y lo envié a mi correo electrónico. Sería algún problema con mi drive o algo así.

A las dos de la tarde, y una vez que dejé todo apagado y cerrado, salí de mi despacho y me bajé hasta el garaje. No me despedí de Jean Paul porque, como subiera a su despacho, mi amiga tendría que coger un taxi para llegar hasta casa.

Llegué al aeropuerto Charles de Gaulle quince minutos antes de que el avión aterrizara, y me pareció una eternidad.

Tenía tantas ganas de ver a mi amiga, de darle un abrazo, que parecía que las manillas del reloj no corrían.

Y por fin llegó el momento, pero no solo vi salir por la puerta a mi amiga, sino que también venían mi cuñada y mi madre, que pasarían el fin de semana con nosotras.

—¡Mamá! ¡Carla! No os esperaba aquí —les dije, con lágrimas en los ojos.

—Teníamos que venir y aprovechamos que venía Valeria para darte la sorpresa.

—Y me la habéis dado, de verdad que sí.

Nos abrazamos las tres y salimos al aparcamiento, donde dejé mi coche. Cuando mi madre lo vio, se llevó las manos a la boca porque la verdad es que era precioso.

—¿Te has comprado un coche?

—No, mamá, me lo ha puesto la empresa para que tenga independencia y me pueda mover fácilmente.

—Pues descalza no vas a ir, porque vaya cochazo.

—Venga, a ver si encontramos algo para comer, que tengo un hambre voraz —dijo mi cuñada.

—Tú, desde que estás embarazada, siempre tienes hambre, cariño.

—Este niño va a terminar siendo el protagonista de una película de miedo; me va a devorar por dentro cualquier día.

—“El devorador de entrañas” —dijo Valeria, poniendo cara de asesina.

Todas empezamos a reírnos, mientras que yo arrancaba el coche y ponía rumbo al único restaurante que conocía, pues no había tenido mucho tiempo para salir.

—Manda huevos, Tina —me dijo mi madre.

—¿Qué pasa?

—Hija, ¿qué va a pasar? Que venimos a París y nos traes a comer a un restaurante español.

—Lo siento, pero aquí todo lo cocinan con mantequilla y queso, y no hay nada que me dé más asco que ambas cosas.

Mi cuñada empezó a reírse, porque era conocedora de mi fobia, y también de una cosa que me pasó estando de viaje con ellos.

—¿Recuerdas...?

—Sí, por supuesto que lo recuerdo, no hace falta que digas nada, si no quieres que vomite como aquel día.

Pero eso no significa que no os vaya a contar a vosotras lo que nos pasó en aquel viaje. Bueno, más bien lo que me pasó a mí, porque los demás no tuvieron ningún problema.

Un verano, decidimos ir a conocer el Mont Saint Michelle y la Normandía francesa. Lugares preciosos y que recomiendo a todo el mundo que vaya a conocerlos, por cierto.

Bueno, a lo que iba. Entramos en un restaurante que nos aconsejaron en la agencia de viajes y que era tipo bufé libre.

Yo, que soy la tonta de las patatas, ya que me gustan en cualquier estado y forma, vi una bandeja con algo que parecía puré, y no me lo pensé.

Cogí mi plato y me serví una buena cantidad, porque tenía un hambre descomunal, y me senté a la mesa con los demás. Cuando me metí la primera cucharada de “puré” en la boca, no vomité el primer biberón que me dio mi madre de milagro.

Era mantequilla, pura y dura, que los del restaurante ponían así para los clientes que quisieran que la comida tuviera más sabor.

¿El resultado? Pues que me llevé todo el viaje comiendo hamburguesas de esa cadena de comida rápida tan famosa y que tenía establecimientos por todo el mundo, la del payaso.

—Mamá, tienes dos opciones: o comemos aquí, que hay aceite de oliva y comida española, o comemos en una hamburguesería.

—También tenemos la opción de comer en tu casa, porque digo yo que tendrás algo en la nevera.

—Pues no, no tengo nada más que lo imprescindible para los desayunos, pues la comida la hago en el trabajo y la cena en casa de los padres de Jean Paul y Jade.

—¿Me lo dices en serio?

—Sí, cenamos todos juntos, tanto sus hijos como la pareja de Jade, que es mi compañero, el amigo de su hijo y yo.

—¿Su hijo es gay?

Cuando mi madre preguntó eso, Valeria ya no pudo aguantar más la risa y no podía seguir andando para llegar hasta la entrada del restaurante.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —le preguntó mi madre a mi amiga, mientras que yo le hacía gestos para que no dijera nada.

—Ay, Cristina, es que has hecho la pregunta perfecta a la persona más indicada.

—Bueno, pues como ella no me cuenta nada... me lo vas a contar tú.

—Mamá, verás, es que yo...

Justo cuando iba a hablarle, cuando intentaba encontrar las palabras adecuadas, sonó mi teléfono. Sí, como la serie aquella de los noventa, salvada por la campana. Al sacarlo del bolso, vi que era Jean Paul y no dudé en cogerlo.

—Hola, cariño. ¿Ha llegado ya tu amiga?

—Hola...—no sabía cómo llamarlo, porque mi madre tenía la antena puesta y estaba pendiente de todo.

—¿Te ocurre algo?

—No, no, es que no ha venido Valeria sola, sino que la han acompañado mi madre y Carla, mi cuñada.

—Oh, eso es fantástico. ¿Dónde estáis?

—Pues en el restaurante español que está cerca de la oficina...

—Esperadme en la puerta, que estoy doblando la esquina. Me disponía yo también a comer, que la última reunión se me ha alargado un poquito.

No me dio tiempo a decirle nada más porque cortó la llamada justo cuando lo vi entrar por la calle.

Jean Paul llegó hasta nosotras y lo primero que hizo, después de saludar a todas, fue acercarse a mí y darme un beso en los labios.

Mi madre me miró, lo miró a él y empezó a reírse, mientras que Jean Paul la miraba un tanto desconcertado.

—Olvida la pregunta de antes; ahora sé el motivo de la risa de Valeria.

—Sí, suegra, creo que la respuesta la tenías delante —le dijo Carla, que también había empezado a reírse.

Entramos en el restaurante, pero Jean Paul se quedó detrás conmigo y supe lo que me iba a preguntar.

—¿Qué pregunta te ha hecho tu madre? ¿A qué han venido esas risas?

—Ay, cariño, no sé ni cómo decírtelo.

—Pues directamente, sin dobleces.

—Le estaba contando que no tenía comida en casa porque cenábamos en casa de tu madre. Le había dicho quiénes íbamos y, al nombrar a Jules como tu amigo, me ha preguntado si eras gay.

Jean Paul me miró, primero sorprendido por la pregunta, pero luego, divertido por la manera en la que mi madre se había enterado de lo nuestro, y soltó una carcajada.

—Suegra, no soy gay; tu hija lo puede corroborar —le dijo a mi madre, mientras que yo le daba un golpe en el brazo.

—Ya, ya, yerno, me ha quedado claro.

Comimos todos juntos y, cuando estábamos a punto de marcharnos, el móvil de Jean Paul empezó a sonar.

—Disculpadme un momento, que tengo que atender esta llamada.

—No te preocupes, vamos saliendo —le dije.

Vi cómo la cara de Jean Paul iba cambiando de color y cómo me miraba de reojo, por lo que supe que algo había sucedido en la empresa.

—Tina, ¿puedes venir un momento, por favor?

—Claro, ahora vuelvo, chicas.

Me levanté y salí del restaurante con Jean Paul, apartándonos para que nadie pudiera oírnos.

—¿Has tenido algún contacto con "*Mansini Modas*"?

—¿Quiénes son esos?

—Vamos, no te hagas la tonta. Todo el mundo conoce a nuestro principal competidor italiano.

—Pues mira, a lo mejor es que soy tonta, porque no los conozco de nada, ni siquiera de oídas.

—No me mientas, por favor.

—No te estoy mintiendo, y si dudas de mí, ahí tienes mi móvil, para que lo mires de arriba abajo, no tengo nada que esconder.

—Eso no es lo que me acaban de decir. Me han dicho que tienes una cita concertada con Corrado Mansini el lunes a primera hora.

—Y yo te digo que quien te ha informado lo ha hecho mal. No conozco a ese hombre ni tengo nada de qué hablar con él.

—Si descubro que es cierto, si compruebo que estás jugando conmigo, que me estás utilizando...

—No lo estoy haciendo, no tendrás que comprobar nada, pero yo sí que he comprobado una cosa, que no confías en mí, y no estoy dispuesta a seguir acostándome con alguien que no me tiene confianza.

—Tina, yo...

—Tú, ¿qué, Jean Paul?

—Que lo nuestro no es solo sexo.

—Claro que no, no ves que no salimos a cenar, que no hemos conocido toda la ciudad, y ahora entiendo el motivo. No eres capaz de tener nada más que eso con una mujer.

Me di la vuelta y fui a buscar a mis chicas. Ahora, más que nunca, iba a vivir el fin de semana de mis sueños y aprovecharía para ir a la empresa y que se probara el vestido.

Iba a pasar de él olímpicamente. En un momento, decidí que el sábado lo pasaríamos en el parque del ratón, ese tan famoso y que ninguna conocíamos.

—¿Te ocurre algo?

—Sí, pero no pienso permitir que me amargue el fin de semana que tenemos por delante.

—Tina, si necesitas...

—Lo único que necesito es vivir este fin de semana a tope, que se me olvide hasta mi nombre.

—Pues eso tendrás, hija mía. Y si no te encuentras a gusto aquí, siempre puedes volver a tu casa.

—Ah, eso sí que no. Nadie va a impedir que llegue todo lo alto que pueda. Una cosa es lo personal y otra muy diferente, lo profesional.

—¡Esa es mi cuñada! Con dos ovarios, sí, señora.

—Venga, que te vas a hacer la primera prueba de tu vestido de novia, ese que ni tan siquiera sabes cómo es y que espero que te guste, porque no tenemos tiempo de cambiar el diseño.

—Vamos, que o te gusta o te casas con un pantalón vaquero —le dijo Valeria y empezamos a reírnos todos.

Capítulo 19



Jean Paul

Estábamos pasando una tarde fantástica, hasta que sonó mi teléfono. No iba a contestar porque era Samatha, pero como lo hizo desde el teléfono de la empresa, pensé que podía ser alguna emergencia.

Pedí disculpas para atender la llamada y me levanté de la mesa, salí fuera y contesté.

—Dime, Samantha, ¿qué te ocurre?

—Jean Paul, es sobre Tina Durán...

—Mira, no quiero oír más quejas. Haz lo que tengas que hacer y déjame en paz.

Iba a cortar la llamada, pero me insistió y se la veía algo angustiada, así que permanecí al teléfono.

—No, no, por favor, Jean Paul, no me cuelgues.

—Está bien, tienes un minuto; estoy en una comida importante y no puedo perder más el tiempo.

—Se ha puesto en contacto con Mansini, y le ha ofrecido sus diseños a cambio de dinero.

—¿Perdona? ¿Eso que me estás diciendo es cierto?

—Te lo juro por mi vida. Una cosa es que no esté en mi mejor momento como diseñadora, y otra muy diferente es que permita que se le haga daño a la empresa.

—Está bien, gracias por avisarme, intentaré averiguar lo que está pasando.

Corté la llamada y una oleada de rabia se apoderó de mí. No entré de inmediato porque si lo hacía en estos momentos, y de la manera en la que me encontraba, podría ser peor el remedio que la enfermedad.

Encendí un cigarrillo, me lo fumé de forma calmada, saboreando cada calada, que era la única manera en la que lograba relajarme.

Cuando se me había pasado el cabreo inicial, cuando era capaz de hablar de manera coherente y de controlar mis palabras, entré dentro del restaurante para hablar con Tina.

Le pedí, educadamente, si podíamos hablar fuera, a solas, y ella aceptó de inmediato.

No me lo pensé y fui directo al grano; no me gustaban los rodeos, sobre todo si era por algo importante.

—¿Has tenido algún contacto con "*Mansini Modas*"?

—¿Quiénes son esos?

Os prometo que me repateó en el estómago que no fuera capaz de reconocerlo, que se hiciera la tonta. ¿Quién, dentro del mundo de la moda, no conocía una de las firmas de moda más reconocidas a nivel mundial?

Entendería que me dijera eso si fuera dentista, pero no siendo diseñadora.

Nos enzarzamos en una discusión que no tenía salida y, al final, lo que era un tema profesional terminó derivando en uno personal, en el que Tina me dejó claro que no iba a seguir conmigo.

Sabía que tenía razón en una cosa: nos habíamos limitado a tener sexo, nada más, sin hacer planes como podría hacer cualquier otra pareja.

La dejé marchar y llamé a Jules. Si no tenía ningún plan para esta noche, lo necesitaba a mi lado.

—¿Ya te has cansado de esa muñequita?

—No, más bien, ha sido ella la que se ha cansado de mí.

—¡No jodas! Te lo decía de coña.

—Pues de coña, nada. Y te necesito a mi lado, cogiendo una cogorza de campeonato.

—Eso está hecho, amigo. ¿Nos vemos en tu casa o en la mía? O, por el contrario, tienes pensado salir de marcha.

—No lo sé. ¿Qué te apetece a ti?

—Ya sabes que a mí me gusta más una fiesta que a un niño un caramelo, pero estoy dispuesto a adaptarme a ti.

—Entonces, nos vamos de fiesta. Te espero a las siete en mi casa y nos vamos a cenar.

Corté la llamada y me monté en el coche, viendo cómo las chicas se marchaban en el coche de Tina.

Ni siquiera entré a saludar a mis padres; me subí directamente a mi casa, donde tiré el maletín encima de la mesa y me metí a mi habitación.

Intentaba escuchar si las chicas habían llegado, pero no se oía nada. Por eso, me quité la ropa que llevaba, la dejé metida en la bolsa de la tintorería, porque mis trajes no los lavaba en casa, y abrí el grifo de la ducha.

Necesitaba que el agua cayera por mis hombros, por mi cabeza y se llevara con ella esa sensación de pesadez y agobio que sentía en mi cuerpo.

Salí de allí un poquito mejor, me puse un bóxer y me tumbé en la cama. No sé cuándo me quedé dormido, pero lo que sí sé es que, cuando abrí los ojos, faltaban veinte minutos para que llegara Jules a recogerme.

Por suerte, tan solo tenía que vestirme y tenía claro lo que me iba a poner. Fui hasta el vestidor y cogí un pantalón chino, en color verde militar clarito, una camisa blanca, con las mangas remangadas hasta el codo y unas zapatillas blancas.

Ya me había encargado de decirle a Jules que no iría demasiado arreglado. No me apetecía ir a ninguno de esos restaurantes de postín, sino que me apetecía algo más informal.

Después de eso, nos íbamos a tomar una copa a uno de los locales de moda, que para eso era viernes. Tampoco nos recogeríamos muy tarde, ya que Jules, al día siguiente, tenía guardia de veinticuatro horas y yo también necesitaba descansar.

Me estaba echando el perfume justo cuando llamaron a la puerta de mi casa. Sabía que era Jules, así que cogí mi cartera y, cuando fui a abrir la puerta, ya estaba listo para salir. Pero no, no era Jules, sino que era Samantha, que venía algo abrumada y que traía un sobre en la mano.

—Samantha... ¿Qué haces aquí?

—He venido a hablar contigo del bebé.

—¿Qué bebé?

—El que está creciendo en mi vientre.

—Está bien, pasa, pero no tengo mucho tiempo; he quedado con Jules para ir a cenar.

—Si no es mucha molestia para vosotros, puedo acompañaros; me vendrá bien salir un poco.

—Vale, pero entra y cuéntame eso para lo que has venido.

No sé por qué le dije eso, quizás fue que estaba tan dolido con Tina que no pensé en el daño que le podía causar con mi manera de actuar.

—Estoy embarazada de ocho semanas, de la última vez que estuvimos juntos, y aquí tienes la prueba que me pediste.

Me entregó el sobre que había sacado de su bolso y en el que, efectivamente, venía una imagen de una ecografía y un informe que explicaba todos los detalles del embarazo.

—Esto solo confirma que estás embarazada, pero no que yo sea el padre de ese bebé.

—Es cuestión de tiempo que lo puedas saber, tan solo hay que esperar a que nazca, porque la prueba para saberlo ahora es demasiado complicada, tanto para el niño como para mí.

—No te estoy pidiendo que lo hagas ahora, pero sí que, mientras que no tenga la confirmación, no pienso mover un dedo ni ejercer de padre.

—Eso lo tengo claro, pero quería que lo supieras, nada más.

—Perfecto, ahora, vamos a bajar para buscar a Jules, que se está retrasando y perderemos la reserva para la cena.

Salí de mi casa y cerré con llave, mientras que Samantha llamaba al ascensor. En cuanto que llegó, y dispuestos a entrar, le puse la mano en su espalda, pero la sorpresa fue quiénes salieron del ascensor en ese momento.

Sí, eran Tina con su madre y las chicas. Bajó la vista hasta donde reposaba mi mano y la levantó de inmediato, mirándome a los ojos.

No os puedo describir con palabras el dolor y la decepción que vi en ellos. Intenté abrir la boca, darle una explicación, pero levantó la mano, frenándome, como si lo que dijera no tuviera relevancia para ella, y eso me dolió en el alma.

—Tina, yo...

—Vamos, Jean Paul, no te rebajes más. Se ve que ella ya lo tiene claro —me dijo Samantha, que la miró con una sonrisa de maldad.

Ella entró en su casa, seguida de todas las demás, pero su madre se paró frente a mí, me miró a los ojos y me dijo algo que recordaré toda mi vida.

—Estás cometiendo el mayor error de tu vida, pero no seré yo la que te diga que no lo hagas. Eres lo suficientemente mayorcito como para saber elegir a la mujer que te acompañe el resto de tu vida.

Entró en la casa y cerró la puerta tras de ella, dejándome allí, con cara de tonto y mirando a esa puerta que nos separaba, y no me refería precisamente a la física.

—Creo que será mejor que te marches y que yo continúe con los planes que tenía inicialmente.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres hacer, Jean Paul?

—Completamente seguro. Demasiados frentes abiertos tengo ya en mi vida como para enfrentarme a uno más.

—Pues nada, me marchó. Tan solo espero que no te arrepientas algún día de todo lo que estás perdiendo por una mujer como esa.

Se dio la vuelta y se marchó, mientras que Jules me miraba como si hubiera cometido un sacrilegio.

—No me mires así, que no he hecho nada de lo que estás pensando.

—Eso espero, porque sería tu fin, te lo aseguro.

Capítulo 20



Tina

—Ya mismo estás cambiando esa cara, o te juro que embalo todas tus cosas y te llevo para España ahora mismo —me dijo mi madre.

—No lo entiendo, de verdad que no.

—Ahora, explícanos lo que te ha sucedido con él, al detalle, por favor.

Les conté, a todas, la conversación que habíamos tenido delante de la puerta del restaurante, y como había desconfiado de mis palabras, y por eso corté la relación o lo que tuviéramos, porque no sabía cómo calificarlo.

—Has hecho muy bien y se tendrá que tragar sus propias palabras —me dijo mi cuñada Carla.

—Hija, ¿estás segura de que no has hablado con ese hombre nunca?

—En mi vida, mamá. Es más, es que no sé ni quién es.

—¿Por qué le preguntas eso, suegra?

—No sé, porque lo mismo han hablado, aunque sea de otra cosa, y sin saber quién era, y han aprovechado para decir que estaba maquinando algo contra la empresa.

—Fuera de la oficina, con el único que hablo es con el dueño de la cafetería donde desayuno y el del restaurante donde hemos comido, y dudo mucho que ninguno de los dos se dedique a la moda.

—Bueno, pues nada, olvidado. Ahora, hablemos del vestido de novia, que no podía ser más bonito, por cierto.

—Ni haber plasmado tanto mi personalidad en él. Estoy segura de que tu hermano va a llorar cuando me vea vestida de novia.

—No lo dudes, porque estás preciosa, cariño —le dije, dándole un abrazo.

Estuvimos un buen rato más hablando de cómo lo llevaría hasta España, pero lo tuve claro: lo enviaría a través de una agencia de transportes, una semana antes, para que, cuando yo llegara, ya estuviera allí.

No me quería arriesgar a que me lo perdieran en el aeropuerto y, como equipaje de mano, no podía llevarlo pues las dimensiones eran superiores a las que estaban permitidas.

Por supuesto, el pedir que me llevara el avión de la empresa estaba completamente descartado, aunque seguía en mis trece de que estuvieran todos invitados a la boda.

—Mamá, con respecto a la boda, me gustaría comentaros algo.

—Dinos, ¿qué ocurre? Y espero que no sea que no puedes asistir, porque te llevo por los pelos —me dijo mi cuñada.

—Hija, qué agresiva te has vuelto con el embarazo —le dijo mi amiga Valeria, entre risas.

—No, no es eso. Lo que quería comentaros es que he invitado a toda la familia de Jean Paul a la boda.

—¿Estás segura de que quieres que estén allí?

—Sí, mamá, porque me han acogido como a una hija y están pendientes de mí.

—Pues, si eso es lo que quieres, ni tu hermano ni yo tenemos ningún inconveniente en que vengan.

Entre unas cosas y otras, al final nos fuimos a la cama temprano, porque todas estábamos muy cansadas, por un motivo o por otro.

Antes de hacerlo, y con lo que había en la nevera, mi madre improvisó una cena de tostas con huevo revuelto y pavo que estaban exquisitas.

Me levanté temprano y con una energía renovada. Estaba dispuesta a que pasáramos el día en la calle, concretamente en el parque, y así se lo hice saber a todas.

—Ay, hija mía, es que yo estoy ya muy mayor para eso.

—¿Qué dices, mamá? Si te cansas, pues te sientas, así de sencillo.

—¿Por qué no vais ustedes y yo me quedo aquí?

—Porque o vamos todas, o no vamos ninguna —dijo Carla.

—Esperadme, que tengo una idea.

Me puse unas zapatillas y, hasta con el pijama corto que llevaba puesto, bajé hasta la casa de los señores Sartre.

Gabriel me diría que no, pero estaba segura de que el resto se apuntaría a venir con nosotras al parque.

—Hola, mi niña, ¿vienes a desayunar con nosotros?

—Hola, Emma, no, no he venido a desayunar.

—¿Entonces?

—Vengo a proponeros que os vengáis con nosotras al parque temático. Han venido mi madre, mi amiga y mi cuñada.

—Yo me apunto, espera que les pregunte a estos, pero no dudes que dirán que sí.

Emma me invitó a entrar, mientras que ella iba corriendo hasta la cocina, donde estaban sus hijos y su marido, además de su yerno.

—Chicos, Tina ha venido para proponernos que pasemos el día con ella y con su familia en el parque. ¿Quién se viene con nosotros?

—Yo no puedo, que sigo con fiebre —dijo Alain, con pena. —Pero Jade que se vaya con vosotras.

—¿Cómo me voy a ir y dejarte así?

—No te preocupes por eso, hermana, que a mí no me apetece ir y yo me quedo con él.

—Yo tampoco voy; nos podemos quedar los tres aquí, viendo la televisión o algo —le dijo su padre.

Cuando Jean Paul dijo esas palabras, ni siquiera levantó la cabeza de la mesa, no tuvo los reñones para mirarme a la cara, y no os podéis imaginar lo que me dolió todo eso.

—Entonces, nos vamos todas las mujeres —dijo Emma.

—Voy a subir a cambiarme de ropa y nos vemos en una media hora. ¿Os parece bien?

—Claro que sí. Me encanta el plan. Hace años que no voy, desde que mis hijos eran pequeños.

—Tina, prepárate, porque mi madre es de las que se ponen en todas las colas para subirse a las atracciones, además de para conseguir los autógrafos.

—Sacaremos el pase VIP, así tendremos que esperar menos tiempo —dijo Emma.

Me despedí de todos y subí hasta mi casa, donde ya estaban todas cambiadas de ropa, vestidas de manera cómoda y fresquitas, pues el calor se hacía notar a base de bien.

Yo entré en mi habitación, saqué unos vaqueros cortos de la firma en la que trabajaba, así como una camiseta de tirantes anchos y unas zapatillas de deporte.

Me recogí el pelo en una coleta alta y cogí un bolso de bandolera que me había regalado Jade en España, y que también era de la firma. Muy cómodo y fácil de llevar, metí en él mi teléfono, mi cartera y un bolígrafo, así como otro coiletero por si se me partía el que llevaba, que ya me había pasado antes.

—Ya estoy lista. Vamos a bajar a buscar a Emma y a Jade.

—Hija, no sé si voy vestida adecuadamente para conocer a esa mujer, que es tan prestigiosa.

—Mamá, te aseguro que vas perfecta, porque la visión que tiene la gente de Emma no corresponde para nada con su manera de ser.

—Eso espero, porque me da un poquito de vergüenza.

—Para nada, te lo aseguro.

Fue ella misma la que nos abrió la puerta y, cuando mi madre la vio, no pudo cerrar la boca en un buen rato, al ver el atuendo que llevaba.

Emma, al igual que mi madre, tenían una figura envidiable, a pesar de la edad que tenían ambas.

Se había puesto unas mallas por debajo de la rodilla, una camiseta de tirantes anchos con un nudo en la cadera, las zapatillas y una gorra, bajo la que llevaba unas gafas de sol.

—Estás divina, Emma —le dije, sonriendo.

—¿Sí? ¿No es un poco atrevido?

—Para nada. Atrevido lo que estas niñas me han puesto a mí —le dijo mi madre.

—Emma, ellas son Cristina, mi madre; Carla, mi cuñada, que está embarazada; y Valeria, mi mejor amiga y como si fuera mi hermana.

—Encantada de conoceros. ¿Tú eres la que te casas?

—La misma, en menos de un mes.

—Tres semanas, exactamente —le dije yo.

—Nosotras somos Emma y mi hija, Jade.

—Me encanta ese nombre y, si es niña lo que estamos esperando, lo barajaré entre los preferidos —le dijo Carla.

Salimos de allí, pero no pude evitar girar la cabeza y fijarme en Jean Paul, que apretaba la mandíbula, como si quisiera decir algo y se estuviera mordiendo la lengua.

El trayecto hasta el parque fue de lo más divertido. Por suerte, mi coche era un cuatro por cuatro de seis plazas, con un nuevo diseño y en el que cabíamos todas, porque nos hubiéramos perdido estos momentos.

Emma empezó a contarnos la última vez que fue con sus hijos y en la que Jade se perdió.

—Os podéis imaginar el agobio que me entró, pues no aparecía por ninguna parte.

—¡Qué miedo!

—Nos fuimos corriendo a buscar al personal de seguridad; cerraron el parque porque, además, se barajó un secuestro por ser hija de quien era.

—¿Y dónde estaba? Porque es evidente que la encontrasteis.

—La señorita, como iba disfrazada de la Cenicienta y estaba a punto de empezar la cabalgata, se subió a una carroza y se escondió hasta que empezó a rodar.

—Me hacía ilusión saludar a las niñas desde la carroza. Salí de mi escondite y me puse al lado de la verdadera Cenicienta, saludando a todos —nos contó Jade.

—¿No la mataste? Porque yo lo hubiera hecho —le preguntó mi madre.

—No me faltaron ganas, te lo prometo, pero me contuve porque estábamos en público.

—Eso sí, me escondió todos los vestidos y todas las películas de las princesas durante mucho tiempo.

Capítulo 21



Jean Paul

Cuando la vi que llamaba a la puerta de la casa de mis padres, en pijama y despeinada, para proponerle a mi madre que se fueran con ellas al parque temático, os prometo que un nudo se me formó en la garganta.

No me atrevía ni a mirarla, pues, tan cerca como la tenía, era capaz de cargarla al hombro, encerrarla en mi casa y no dejarla salir en todo el fin de semana, y no era eso lo que ella me había dicho que quería.

Mi madre, en cuanto que ella se marchó, y con su habitual perspicacia de siempre, se plantó delante de mí, con las manos en la cintura, y me miró como cuando era pequeño y me había ido lejos en la playa.

—¿Se puede saber qué coño ha pasado entre Tina y tú?

Agaché la cabeza, intentando buscar la manera de explicarle todo a mi madre, pero Jules no me dio la oportunidad de hacerlo y habló por mí.

—Emma, tu hijo, que es medio gilipollas y ha creído en lo que le ha dicho Samantha sobre Tina.

—¿Qué fue eso, exactamente?

Le conté los rumores que me habían llegado y la manera en la que la había enfrentado, sin cotejar nada, así como lo que me había respondido ella.

—Y ha hecho muy requetebién. Si yo fuera ella, lo hubiera hecho todavía peor —dijo mi madre.

—Yo también, mamá. Para empezar, me hubiera llevado todas mis colecciones y las hubiera sacado adelante yo sola, porque ovarios no le faltan para hacerlo —contestó mi hermana.

—Eso va en la calidad de la persona, y Tina tiene tan buen corazón que es difícil que lo haga. No hay más que ver lo que ha hecho conmigo —sentenció Alain.

—Bueno, ya hablaremos de esto a la vuelta, porque no pienso dejarlo olvidado, que lo sepas. Ahora, vamos a vestirnos, Jade.

—Cariño, ¿vas a ir a casa a cambiarte? ¿Me puedes traer mi portátil? Voy a ver si trabajo un poco y así no me aburro.

—Está bien, ahora mismo te lo traigo.

Mi madre tardó entre cero y nada en volver ya vestida y, cuando mi padre la vio, soltó una carcajada.

—¿De qué te has disfrazado? ¿Te has pensado que tienes quince años de nuevo y vas al concierto de tu cantante favorito? —le dijo él, entre risas.

—Más quisieran muchas de veinte tener el cuerpo y el estilo que yo tengo, chaval. Y no, no voy a ningún concierto; voy cómoda para poder montarme en todas las atracciones.

Minutos después, entró mi hermana, con un estilismo muy parecido al de mi madre, y ahí sí que los tres soltamos una carcajada.

—¡Viva la elegancia y el estilo, sí, señor! —exclamó mi cuñado.

—¿Qué pasa? Voy cómoda y preparada para el día de hoy, que después me duelen los pies y no soy capaz ni de moverme.

—De verdad, parecéis que os habéis escapado de una excursión de instituto —les dije yo, sin parar de reír.

—Pues serán las repetidoras, porque años tienen las dos para dar y para regalar —soltó mi padre.

A estas alturas de la película, hasta las lágrimas me caían de la risa, pero hasta que llamaron a la puerta y la volví a ver. Dios, ¿se podía estar más guapa que ella? No llevaba nada extravagante, ni siquiera un vestido o unos pendientes que llamaran la atención; ella lo hacía por sí sola.

Se había puesto un pantalón vaquero corto, tipo short, y una camiseta de tirantes, nada más, pero lo que en mi madre o en mi hermana resultaban ridículos, en ella ocurría todo lo contrario.

Hicieron las presentaciones oportunas y se dispusieron a marcharse cuando, sin poder evitarlo, miré hacia Tina, que me devolvió la mirada.

Fue una cuestión de segundos, nada más, pero lo suficiente para notar lo mucho que nos deseábamos y me dije que estaría dispuesto a recuperarla, me costara lo que me costase.

Yo también abrí mi portátil; quería revisar algunas cosas que se me quedaron pendientes el día anterior por la mañana, pero me encontré con una enorme sorpresa.

—Mansini acaba de enviar un correo para la presentación de su colección para la semana que viene.

—Un poco pronto, ¿no crees?

—Quizás es que quiere adelantarse a nosotros, intentar que la suya salga antes para que haya más ventas.

—No sé, algo no me cuadra, pero confirmaré la asistencia para salir de dudas.

—Si quieres, yo te puedo acompañar.

—Sí, me vendría bien tu compañía. Tú sabes de esto mucho más que yo.

Mi padre nos miraba, como si no supiera o no encontrara la manera de decirme lo que estaba pensando.

—Suéltalo, papá, no te lo guardes para ti, que es peor.

—Todo esto me huele mal. Mansini no es de esos que juegan limpio; nunca lo ha hecho, al igual que su padre o su abuelo.

—Yo también estoy escamado...

De momento, una idea se me pasó por la cabeza. No, no podía ser, porque entonces, no solo se me vendría abajo la idea de la diseñadora, sino que también se me escaparía la de la mujer de la que me estaba enamorando.

—Ahora eres tú el que estás pensando —me dijo mi cuñado.

—Sí. ¿Y si es verdad eso de que Tina se ha puesto en contacto con Mansini? ¿Y si le ha dado nuestra colección a cambio de dinero o prestigio?

—Eso no puede ser cierto, Jean Paul. Tengo claro que Tina no es así, por mucho que tú te empeñes en verlo de esa manera.

—Está bien, no le demos más vueltas; lo comprobaremos la semana que viene en Milán.

Tanto Alain como yo estuvimos de acuerdo en eso y nos pusimos a trabajar durante un buen rato más. Cuando quisimos darnos cuenta, ya era la hora de la comida y decidimos que pediríamos algo a domicilio.

Mi madre se había ido y no había dejado nada hecho; la chica de servicio libraba los fines de semana y a ninguno de los tres nos apetecía cocinar nada.

Mi padre, con su gran sentido del humor, no tuvo otra ocurrencia que pedir comida italiana, y cuando llegó el chico de la trattoria y Alain le abrió la puerta, ninguno pudo reprimir la risa.

—De verdad, papá, esto solo se te ocurre a ti.

—¿Qué ha pasado? Tengo que aprovechar que tu madre no está, que ya sabes que no me deja comer pizza, por lo de las analíticas.

—Suegro, pero con todo lo que tenemos encima con Mansini, y a ti se te ocurre pedir comida italiana, es para matarte.

Mi padre, cuando se dio cuenta de lo que pasaba, también empezó a reír, dejando claro que lo había hecho sin ninguna intención.

—Joder, también es puntería la mía.

—Ni que lo digas, papá. Ni que lo digas.

Le dejamos la propina al chico, que nos miraba como si estuviéramos hablando en chino, mientras que negaba con la cabeza, pues no se estaba enterando de nada.

Estoy seguro de que era la primera vez que alguien, al recibir un pedido de estos, se descojonaba en la cara. Debía pensar que éramos idiotas o algo parecido, pero lo que nos reímos no tenía precio, os lo aseguro.

Después de comer, cada uno se marchó para su casa. En mi caso, estaba loco por acostarme, pues la juerga con Jules se alargó más de la cuenta, y mi amigo se había tenido que levantar temprano para desayunar antes de ir a trabajar, despertándome a mí también.

Menos mal que no me desperté con una mujer metida en mi cama, sino con Jules, completamente vestido y bocabajo, señal inequívoca de lo que cogimos la noche anterior.

Normalmente, cuando iba a beber de esa manera, lo hacía en mi casa, lejos de los objetivos de los periodistas, pero se nos fue la cosa de las manos. Por eso, le pedía al cielo que no me hubiera reconocido nadie, o sería portada de revistas hasta el año siguiente.

Caí rendido y, cuando abrí los ojos, ya era noche cerrada. Me levanté, me di una ducha, me preparé un sándwich y me acosté de nuevo, durmiendo hasta el día siguiente, en el que no pensaba moverme de mi casa.

A mi cabeza volvió otra vez todo el tema de Mansini, de la colección y de lo que me había contado Samantha el día anterior, pero me obligué a olvidarlo, o no volvería a pegar ojo en toda la noche.

Mañana sería otro día y esperaba que fuera mucho mejor que los dos anteriores, o iba a terminar volviéndome loco, os lo prometo.

Me desperté temprano y, como me había duchado la noche anterior, tan solo me senté a desayunar, solo, pues no tenía el cuerpo ni la cabeza para lidiar con nada ni con nadie más.

Capítulo 22



Tina

El fin de semana pasó muy rápido y, aunque me lo pasé de lujo con mi madre y mis chicas, echaba muchísimo de menos a Jean Paul. Parecía increíble que, en tan poco tiempo, me hubiera sentido tan atraída por un hombre, cuando no me había pasado algo así en la vida.

Por lo menos, contaba con la compañía de Valeria, aunque hoy era su primer día de trabajo, por lo que, al no tener coche, se vendría conmigo en el mío, ya que su hospital estaba cerca de mi oficina.

Había dos hospitales en la zona, uno en el que trabajaría mi amiga y el otro, un poquito más lejos, pero que tampoco era una distancia enorme.

—Amiga, vámonos ya, que no quiero llegar tarde al primer día de trabajo.

—Ya voy, cojo mi bolso y mi maletín, y nos marchamos.

Eso hice, cogí todo, cerré mi casa con llave y les pedí a todos los santos del cielo que no me encontrara con Jean Paul en el descansillo.

Por suerte para mí, cuando salimos no había nadie y el ascensor estaba bajando, por lo que estaba claro que lo había cogido él tan solo un minuto antes.

Era nuestro turno y bajamos hasta el garaje, con tan mala suerte de que todavía no se habían marchado.

No tenía ninguna intención de pararme con ninguno de los dos, pues tan solo diría hola y poco más, pero, al parecer, mi amiga no tenía mis mismas intenciones, pues se frenó en seco, delante de ellos.

—No me lo puedo creer, ni que París fuera el pueblo de mi abuela —dijo mi amiga, negando con la cabeza.

—¿Eres tú? ¿De verdad? —dijo Jules, que soltó una carcajada.

—¿Me podéis explicar de qué os conocéis? Porque, que yo sepa, mi amiga nunca ha estado en París y, si tú te hubieras liado con ella en Barcelona, me habría enterado, entre otras cosas porque no salimos nunca la una sin la otra.

—¿Recuerdas que te dije que había conocido a mi nuevo jefe por videollamada?

—¡No!

—Sí.

—¿En serio?

—Te lo juro por Snoopy.

Empecé a reírme a carcajadas, porque lo que menos me podía imaginar era que el jefe tan buenorro del que me hablaba Valeria era Jules, el mejor amigo de mi jefe.

Qué raro me sonaba ahora decir eso: mi jefe, en vez de mi chico, como había dicho antes. En fin, los dejé allí hablando y me fui a subir en mi coche, ya que, al final, Jules dijo que se llevaría el suyo y así podría ir y venir con Valeria.

Recordé lo que me había dicho Jean Paul sobre su amigo y me anoté mentalmente que tendría que comentárselo a mi amiga para que no se lo pusiera demasiado fácil.

Jean Paul me miró, pero no me dijo ni una sola palabra, e hizo lo mismo que yo, saliendo disparado del aparcamiento.

Me encantaba escuchar música cuando iba conduciendo, y no lo dudé: conecté mi playlist a los altavoces del coche y le di a reproducción aleatoria, y salió una de mis canciones preferidas, aunque era del año de la polca.

Subí el volumen al máximo y me puse a cantar a pleno pulmón. Si él pensaba que me iba a mostrar amargada por lo que me había hecho, lo llevaba claro.

Otra cosa era lo que hiciera en privado, donde no me veía nadie, que era cuando lloraba lo más grande, por lo que pudo ser y no fue.

Nunca antes una canción me había hecho sentir tanto; nunca una letra había calado tan hondo en mí como esta. Y es que, sí, por mucho que pasaran los años, nunca me olvidaría de lo que había vivido y sentido con Jean Paul.

No me había dado cuenta, pero justo en el carril de mi derecha, estaba él, mirando cómo cantaba y con una sonrisa en los labios.

Me dolió que me mirara así, como si fuera alguien importante para él, cuando había demostrado que le importaba mi bienestar una mierda. Pero no me corté; seguí cantando como si le estuviera dando un concierto privado.

No es que yo cantara que era una delicia, pero se me podía escuchar; por eso ni siquiera bajé el volumen.

En cuanto el semáforo se puso en verde, a Jean Paul le faltó tiempo para acelerar y alejarse de mí, pero me dio igual.

Llegué y aparqué mi coche, pero mi plaza estaba ocupada por otro coche, lo que me molestó muchísimo. No me quedó otra que llamarlo para que me dijera dónde aparcar.

Cogí mi teléfono y marqué su número, pero no me contestó a la primera, por lo que me vi obligada a llamar a su secretaria.

—Marge, buenos días, soy Tina. ¿Me puedes pasar con Jean Paul, por favor?

—Buenos días, Tina. Si me das un segundo, creo que está subiendo en el ascensor porque a su despacho todavía no ha llegado.

—Vale, perfecto, espero.

Me mantuvo en línea unos segundos más, hasta que lo escuché llegar, riendo, para, a continuación, escuchar la voz de Samantha, y os prometo que me puso de una mala leche que no os podéis imaginar.

—Señor Sartre, es la señorita Tina; necesita hablar con usted. ¿Se la paso a su despacho?

—No, dame, hablo con ella aquí mismo. Ahora tengo una reunión y no la podré atender.

Escuchar que decía eso y que la persona con la que se iba a reunir era Samantha me dolió, no voy a negarlo, porque mi mente iba por libre e imaginó mil formas de reunirse con ella, creo que me entendéis.

—Dime, Tina. ¿Qué te ocurre?

—Jean Paul, hay un coche aparcado en mi plaza y no sé dónde puedo o no puedo aparcar.

—¿Para eso me llamas? Te creía más resolutiva, chica. Aparca donde te plazca, no puedo perder el tiempo con tonterías.

Me colgó, así de sencillo. Me dejó con la palabra en la boca y lo que me entró por el cuerpo me hizo hacer lo que se me pasó por la mente. Aparqué, claro que sí, y como yo sabía que me marcharía después que él, porque tenía una comida de trabajo, lo pegué de tal manera que no podría entrar por la puerta del conductor.

El otro coche también estaba estacionado de tal manera que ni por la puerta del copiloto podría hacerlo, por lo que no tendría más remedio que llamar a uno de los dos, y le pedía al cielo que fuera a mí a quien llamara.

Entré en mi despacho, donde ya estaba Alain, mirándome con cara de tener que decir algo.

—Espero que eso que me tienes que decir sea algo bueno, porque me acabo de levantar, como aquel que dice, y ya tengo el día torcido.

—Pues, muy bueno no es, que digamos.

—Entonces, dale, sin anestesia.

—Alguien nos ha robado la colección de novias.

—¿Perdona? ¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que has oído: que tan solo está el patronaje del vestido de tu cuñada; de los demás, ni rastro.

—Joder, ¿los has buscado bien? Lo mismo y ayer, cuando estuvimos trabajando, los guardamos en otra carpeta o los enviamos a otro lugar del programa.

—Nada de nada, y será mejor que subamos a decírselo al jefe.

—Pues no sé si nos va a querer atender; está reunido con Samantha.

—Me importa un huevo; esto es mucho más importante.

Nos levantamos y nos marchamos hasta el ascensor, dispuestos a subir hasta el despacho del jefe, cuando del mismo salía Samantha con una sonrisa en los labios.

—Tienes los días contados aquí, española.

No pude responder porque Alain me cogió del brazo y me metió en el ascensor, viendo que era capaz de cualquier cosa.

La sangre me hervía en las venas y, como me dijera algo, era capaz de saltarle a la yugular. Por eso, paré el ascensor y le di a la planta baja, donde estaba la cafetería.

—¿Qué haces, loca?

—Bajar a tomarme una tila, porque como me enfrente a Jean Paul ahora, no sé de lo que soy capaz.

Alain soltó una carcajada que retumbó en el ascensor, mientras que salíamos a la zona de la cafetería.

Pensé en pedirme un carajillo, pero recordé que no estábamos en España, sino en Francia, y lo cambié por una infusión de manzanilla. Estaba dándole el último sorbo y Alain apuraba su café, cuando entró Jean Paul por la puerta.

—Veo que estáis muy entretenidos. Pero tú y tú, en diez minutos en mi despacho.

—Íbamos para allá; tenemos que comentarte algo, pero antes hemos parado aquí a tomarnos una infusión, para aplacar el ataque de nervios que nos ha entrado.

—Ese ataque de nervios no será nada comparado con el que os va a entrar cuando hable con vosotros.

Cuando lo escuché decir eso, unido a lo que había soltado Samantha nada más salir del ascensor, me dejó claro que no me iba a gustar lo que tenía que decirnos.

Capítulo 23



Jean Paul

Me encontré a Samantha abajo, en el aparcamiento, que había dejado el coche en la plaza de Tina, pero no le dije absolutamente nada.

—Jean Paul, he estado trabajando todo el fin de semana y me gustaría mostrarte algo.

—Venga, vamos a mi despacho y allí hablamos.

—Sé que, a lo mejor, te piensas que es una locura, pero algo me dijo que debía hacerlo. Si tú no la quieres, pues la venderé a cualquier otra firma.

—Te recuerdo que sigues trabajando para *DeSartre*.

—Y lo sé, por eso vas a ser tú el primero en verlo. No puedo tirar por la borda todos mis años de diseño y relegarlo a una colección deportiva.

—Bueno, no adelantemos acontecimientos, vamos a ver qué es lo que quieres proponerme.

Salimos del ascensor y me iba riendo por algo que me había dicho, cuando Marge me paró para decirme que Tina me llamaba.

La conversación fue absurda, aunque yo sabía que la tendría, puesto que Tina no hablaba por no ofender, mucho menos iba a aparcar en un sitio que no era el que tenía asignado.

En cuanto terminé de hablar con ella, entramos en mi despacho y le dije a Marge que no me molestara nadie, porque tenía una reunión con Samantha.

Me daba miedo que quisiera tenderme una trampa, como la última vez, pero no fue nada de eso.

La vi sacar su portátil, ponerlo sobre la mesa y abrir una carpeta con el título «diseños novia Samantha Field».

—He pensado que se podría añadir una colección de novias, pero que no fuera de las convencionales, sino unas un poco más actuales.

—Quiero ver esos diseños.

—Toma. Aquí están todos.

El trabajo era muy bueno, excepcional. Había vuelto la Samantha de siempre, y era una buena diseñadora antes de que se acomodara en el puesto.

No me parecía justo, tampoco para ella, que se tuviera que conformar con el diseño de ropa deportiva; sería desperdiciar su talento, porque acababa de demostrarme que lo tenía.

Justo cuando estaba mirando todo, al detalle, pues me gustaba mucho, ella se levantó y se acercó a mí. Pensé que sería algo incómodo, pero no, respetó mi espacio y tan solo lo hizo para explicarme algunos detalles.

—He pensado esta colección para bodas civiles o religiosas, pero para quienes no quieran ser una novia más. ¿Qué te parece?

—Me parece una colección preciosa, Samantha. Enhorabuena.

—¿La vamos a sacar adelante?

—No lo dudes. Ya tenía en mente sacar una colección así, y te has adelantado a mi propuesta.

No le dije que ya se lo había encargado a Tina y a Alain porque no quería que se sintiera menospreciada. Si ellos querían hacer otra un poco más clásica, adelante, si no, con esta teníamos más que suficiente.

Al final, no habíamos acudido a la presentación de la colección de Mansini porque, después de hablar con algunos de mis compañeros de profesión, pensamos que ellos nunca venían a las nuestras y que era algo absurdo.

Estábamos hablando de todo eso cuando Samantha recibió un mensaje con un vídeo. Era la presentación de la colección exclusiva de Mansini y, cuando me la mostró, os prometo que se me bajó hasta la tensión.

—¿Qué cojones significa esto?

—Pues es muy sencillo: que tu queridísima española te la ha jugado, y bien, dicho sea de paso.

—¿Perdona?

—Son sus diseños, Jean Paul, con unos ligeros cambios. Está claro que ella ha jugado con un arma de doble filo y se los ha vendido a ellos.

El color de mi cara desapareció, y me tuve que agarrar a la silla en la que me encontraba sentado, porque hasta mareo me entró.

—Déjame solo, Samantha.

—¿Estás seguro? No te veo muy bien para quedarte solo.

—Sí, por favor, necesito procesar todo esto que está pasando.

—Está bien, pero le diré a Marge que esté pendiente de ti.

—Cierra la puerta al salir.

Samantha se levantó, recogió sus cosas y se dispuso a salir de mi despacho cuando la llamé.

—Samantha...

—Dime.

—Gracias.

—No hay de qué. Espero que eso te sirva para confiar en las personas adecuadas.

No sé el tiempo que estuve allí sentado, sin poder moverme ni articular palabra, hasta que algo en mi interior me dijo que tenía que sacar a esa mujer de mi empresa, antes que nada.

Bajé a su despacho, pero no la encontré, ni a ella ni a mi cuñado, por lo que supe que estarían en la cafetería.

Nada más bajarme del ascensor, los vi, en completo silencio, como si estuvieran maquinando algo, al menos ella. No me lo pensé y me acerqué a ellos, con toda la ironía del mundo. Si Tina se pensaba que me iba a joder haciendo esto, no sabía con quién había topado.

—Veo que estáis muy entretenidos. Pero tú y tú, en diez minutos en mi despacho.

—Íbamos para allá; tenemos que comentarte algo, pero antes hemos parado aquí a tomarnos una infusión, para aplacar el ataque de nervios que nos ha entrado.

—Ese ataque de nervios no será nada con lo que os va a entrar cuando hable con vosotros.

Los dejé allí y me di la vuelta, no sin antes decirle a la chica de la cafetería que me subiera un café solo y sin azúcar, que era como me gustaba tomarlo cuando estaba cabreado.

Volví a subir en el ascensor y, en cuanto llegué a mi planta y pasé por el escritorio de Marge, me paré.

—Marge, en cuanto lleguen Alain y Tina, que pasen; no es necesario ni que los anuncies.

—Perfecto, señor Sartre, los haré pasar de inmediato.

Esos diez minutos se me hicieron eternos, no paraba de dar vueltas en mi despacho, de un lado a otro, hasta el punto de que ni siquiera fui consciente de que me habían dejado el café encima de mi escritorio.

En cuanto que lo vi, lo cogí y me lo bebí de un sorbo, apurándolo y sin importarme lo caliente que estaba.

Puse la taza encima del platito cuando llamaron a mi puerta. Eran los dos, así que les di paso.

—Adelante.

—Jean Paul, queríamos hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Sobre la colección de novias, alguien la ha robado de nuestro ordenador.

—No me vengáis con tonterías; nadie sabe vuestras claves. ¿De qué ordenador ha desaparecido?

—Del mío —me dijo Alain, y una sonrisa irónica se pintó en mi cara.

—Claro, y seguro que tu compañera tenía las claves, ¿no es así?

—Por supuesto, al igual que yo sé las tuyas.

—Ya, pero la diferencia es que tú no te atreverías a venderla.

—¿Estás insinuando que la he robado yo para venderla a otra firma?

—No lo estoy insinuando, lo estoy afirmando.

—Eso que estás diciendo es muy fuerte, y lo tendrás que demostrar
—me dijo Tina, que se veía de lo más desconcertada.

Se veía que era una muy buena actriz, porque actuaba como si no supiera nada, como si se estuviera enterando de todo por primera vez.

—Por desgracia, eso no puedo demostrarlo, pero sí que puedo hacerlo con la colección exclusiva y de calle.

—¿Qué quieres decir, Jean Paul? —Me preguntó mi cuñado.

—Seré breve e iré al grano.

—Y te lo agradeceremos, no lo dudes.

—Tina está fuera de la empresa. Pasa por recursos humanos para que te firmen y paguen el finiquito, y no se te ocurra denunciarme por despido improcedente, no, al menos si quieres seguir trabajando en esto.

—¿Perdona? ¿Me estás amenazando?

—No, te estoy advirtiéndolo. Has vendido a Mansini las colecciones, tanto la exclusiva como la de calle, y las acaban de sacar al público, con los consiguientes perjuicios para la empresa.

—Yo no he vendido nada y lo puedo demostrar, al igual que no tengo la colección de novias.

—Lo demostrarás en un juzgado, porque si sigues insistiendo en eso, no dudaré en demandarte.

—Hazlo, ahora mismo. Llama a tus abogados y muéstrales las pruebas.

—Está claro que has sido tú, porque Alain está completamente descartado.

—Hace unos días, cuando llegué a la oficina, la carpeta de las colecciones no estaba en mi ordenador; había desaparecido. Por eso entré en el de Alain y me lo envié por correo electrónico para seguir trabajando.

—¿Esa es tu excusa?

—No es ninguna excusa, es la verdad.

—Bueno, me da igual. Ya he visto de lo que eres capaz y, por eso, te quiero fuera antes de que termine el día. Por supuesto, no te podrás llevar nada de la empresa.

—Me llevaré mis diseños, esos que todavía no te había enseñado, y no, no los voy a vender; los haré yo misma. Crearé mi firma, como hice antes de que tú aparecieras.

—Si ella se va, yo lo haré con ella —me dijo Alain, y eso sí que no me lo esperaba.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

—Sí, porque sé que ella no ha hecho nada y que vas a terminar arrepintiéndote.

—De lo único que me arrepiento es de haberle dado la oportunidad de venir conmigo a París, sin contar con que la metiera en mi casa y en mi cama.

—Estás siendo muy cruel, Jean Paul.

—Déjalo, Alain, el tiempo pone todo en su sitio y, cuando lo ponga a él, ya será demasiado tarde.

—Ni que decir tiene que tendrás que salir de la casa en la que vives y que es de mi propiedad.

—No me quedaría ahí, ni muerta. Si lo siento es por tus padres y tu hermana, a los que les he cogido demasiado cariño.

—Pues más vale que te olvides también de ellos, porque no pienso permitir que te acerques a ellos.

—Tanto ellos como yo somos ya demasiado mayorcitos como para que nadie nos dirija la vida. ¿No te parece?

Se levantó de la mesa y, cuando estaba a punto de marcharse, algo llamó la atención de Alain, que cogió un folio que había en el suelo.

—¿Quién te ha dado esto?

—Eso no es asunto tuyo.

—Claro que lo es, si no quieres que te demande por apropiación de algo que no te pertenece.

—¿Ahora me vas a decir que esto es vuestro?

—Y tanto que lo es. Forma parte de nuestra colección de novias informales.

—Eso es mentira, porque es uno de los diseños de una de vuestras compañeras.

Para nada le dije de quién se trataba, porque entonces encontrarían la excusa perfecta para justificar sus fechorías.

—Ese diseño es nuestro —dijo Tina.

—¿Podéis demostrarlo?

—¿Cómo vamos a demostrarlo si te estamos diciendo que nos la han robado?

—Entonces, os ruego que salgáis de mi despacho y recojáis vuestras cosas lo antes posible. Ah, y entregad vuestras acreditaciones en Recursos Humanos, por favor.

Los vi salir y, si me dolía todo esto, era por Alain, mi cuñado, que había depositado su confianza en la persona equivocada, y que se iba a dar de bruces con un muro de hormigón cuando viera la realidad del asunto.

A pesar de todo, no me terminaba de encontrar bien; era como si mi mente se negara a admitir lo que había sucedido, como si me estuviera advirtiéndome de que me estaba equivocando, pero ignoré ese sentimiento.

Me centré en el trabajo y así pasé buena parte de la mañana, hasta que recibí una llamada de recursos humanos.

—Buenas tardes, señor Sartre. Le llamaba para decirle que el señor Penaut y la señorita Durán ya han firmado la documentación.

—Me parece perfecto. Haced el ingreso de lo que le corresponda lo antes posible, por favor.

—Ese es el problema. La señorita Durán se niega a firmar el finiquito; dice que no lo quiere para nada, que...

—Habla, cuéntame lo que te ha dicho.

—Sus palabras textuales, y en español, han sido algo así como «que lo meta en huevo y que lo disfrute».

No pude evitar soltar una carcajada porque sabía lo que me había dicho, y escucharlo de la boca de una francesa, y encima mal, era para eso y mucho más.

Capítulo 24



Tina

Recogí todo y me largué de allí, dispuesta a dejar también aquella casa en menos de una hora. Pero antes, pasaría por el hospital para decirle a mi amiga que tendríamos que dormir en un hotel, al menos hasta que encontrara casa.

No me iba a rendir, y me juré a mí misma que triunfaría, así me fuera la vida en ello, y ya no solo por mí, sino también por Alain, que había confiado ciegamente.

Estábamos a punto de llegar al garaje cuando nos dimos de bruces con Jade, que nos miró sin entender lo que estábamos haciendo.

—¿Se puede saber a dónde vais?

—A buscar un sitio en el que trabajar —le contestó su chico.

—¿Qué pasa? ¿Hay algún problema en vuestro despacho o algo así?

—No, donde hay un problema es en la cabeza de tu hermano.

—Chicos, esto parece un galimatías. Si sois tan amables de contarme todo desde el principio y como si fuera tontita, os lo agradecería.

—Está bien, pero vamos a la cafetería, por favor —les dije, deseando de salir de aquí.

Tendría que llamar a un taxi porque el coche también era de la empresa y no me iba a ir en él, así que también dejé las llaves en recursos humanos para que se las dieran a Jean Paul.

Salimos de allí, pero antes dejamos todas las cosas en el coche de Alain, para que luego me llevara hasta el edificio en el que vivíamos, para recoger todo y buscar un hotel o algo en el que vivir mientras que no tuviéramos más remedio.

Nos sentamos en la cafetería en la que desayunábamos casi todas las mañanas y en la que Alain pidió unos refrescos y una bolsa de patatas chips.

No me entraba nada, pero tampoco podía estar sin tomar nada. Menos mal que en unos días volvía a España para la boda de mi hermano, porque me vendría de lujo para desconectar.

Le contamos a Jade todo lo que nos había pasado, desde el robo de la colección, del que encontramos uno de los diseños en el despacho de su hermano, hasta la acusación que me hizo de espionaje industrial.

—Jade, te juro por mi vida y por la de mi sobrino, que es lo que más quiero en el mundo, que ni siquiera sé quién es ese hombre o esa firma. No había oído hablar de ella en mi vida.

—Te creo, la maldad de las personas se ve en sus ojos, y tú tienes una mirada limpia y noble.

—¿Quién crees que ha sido? —le preguntó Alain.

—¿Todavía lo dudas? La única que puede sacar tajada de todo esto, en todos los aspectos, además.

—Me cago en la puta, Jade. No podemos dejar que hunda a tu hermano; eso será pan para hoy y hambre para mañana.

—Alain, si estás arrepentido de lo que has hecho y quieres volver a la empresa, lo entenderé perfectamente —le dije, convencida de que así sería.

—¿Estás loca? No pienso volver si no lo haces tú.

—Pues lo siento en el alma, porque yo no pienso volver a poner un pie en esa empresa. Me he propuesto ir en solitario, o contigo si es eso lo que quieres, y triunfaré en el mundo de la moda, aunque sea lo último que haga.

—Yo iré de tu mano, siempre, no lo dudes.

—Bueno, más vale que nos vayamos ya, porque tengo que buscar un hotel en el que dormir y avisar a mi amiga para que también recoja sus cosas.

—No me lo dices en serio, ¿verdad? —Me preguntó Jade, indignada.

—Por supuesto que lo digo en serio. También me ha echado de esa casa, pero aunque no lo hubiera hecho, tampoco iba a permanecer ahí.

—Dame un momento para que haga una llamada. No te muevas de aquí.

Vimos cómo Jade salía de la cafetería y se ponía a hablar por teléfono. Tan solo esperaba que no estuviera llamando a su hermano, porque lo último que quería dar era lástima.

Tenía dinero suficiente ahorrado como para alquilar una casa mientras que sacábamos la colección adelante; además, también contaba con la ayuda de mi amiga Valeria.

Como quince minutos después, Jade entró de nuevo en la cafetería, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Solucionado el problema de la casa. No vamos a permitir que durmáis en un hotel.

—¿Qué has hecho, Jade? No habrás hablado con tu hermano...

—No, con ese hablaré más tarde, pero ahora mismo, lo que tenemos que hacer es ir a buscar las cosas de la casa y llevarlas a esa otra.

—¿Qué otra? No tengo ni idea de lo que estás hablando, de verdad.

—Bien, he llamado a mi madre y me ha confirmado que tiene disponible la casa en la que vivíamos antes, aunque no está precisamente cerca de aquí.

—Mejor, cuanto más lejos, menos probabilidad de encontrarme con tu hermano.

—Eso sí, lleva años cerrada, por lo que tendremos que limpiarla a fondo.

—Mientras que tenga un techo y agua corriente, me vale. Hablaré con tu madre para que me ponga un alquiler.

—Uy, ya se hablará de eso. No te preocupes.

Salimos de esa cafetería y esperé fuera del garaje hasta que saliera Alain, pues entendía que necesitaban unos minutos a solas.

Mientras lo esperaba, pensaba en lo bonito que había sido todo al principio, pero cómo, en unos días, el sueño se había tornado pesadilla. Por suerte, el vestido de novia de mi cuñada lo había enviado mucho antes de que sucediera todo esto, y ya estaba en mi casa, colgado de una de las lámparas.

Al final, decidí que buscaría un vuelo para irme en cuanto pudiera y pasar así más tiempo de lo que tenía pensado con mi familia.

Por supuesto que todos seguían invitados a la boda, aunque algo me decía que Jean Paul no iría. Esperaba que no tuviera la poca vergüenza de acudir, aunque después de lo de hoy me podía esperar cualquier cosa.

No tardó en salir y en coger camino del edificio. Lo noté pensativo, e insistí en lo que le había dicho antes.

—Alain, de verdad que no tienes ningún compromiso de venirte conmigo, al fin y al cabo, son tu familia.

—Estoy del lado de la verdad, Tina, ya sea mi familia o el Papa.

—Entonces, ¿qué estabas pensando?

—Pues en la manera de tenderle una trampa a Samantha. Jade está de nuestra parte, y tengo claro que encontraremos la forma de hacerlo.

—¿Cómo vamos a hacer lo del trabajo?

—Conozco bien la casa en la que vivía Jade, y tiene un espacio en el que podemos trabajar cómodamente, tanto en verano como en invierno.

—¿Y el tema de la comercialización? Porque no quiero venderlas a ninguna firma, seremos nosotros, Penaut y Durán.

—No, amiga, seremos *Alaintina*, que es mucho más sonoro y comercial.

—¡Me encanta!

—Creo que tengo el local adecuado, pero antes de enseñártelo tengo que hablar con los propietarios para que nos lo alquilen.

—Perfecto, eso lo dejo en tus manos.

Como no sabía si mi amiga Valeria estaba disponible u ocupada, le envié un mensaje.

Tina: *Amiga, en cuanto que puedas, llámame. Es urgente, te quiero.*

No tardó ni un minuto en aparecer los dos *tips* azules, y en sonar mi móvil.

—¿Te ha pasado algo? ¿Necesitas venir al hospital?

—No, tranquila, no es nada de eso.

—Joder, Tina, me has asustado.

—Bueno, es un poquito preocupante, pero nada de salud.

Le conté así, brevemente, lo que había sucedido y que necesitaba que viniera lo antes posible a casa, para que recogiera sus cosas y saliéramos de allí.

—Menudo pedazo de cabrón.

—Ni que lo digas. Por favor, en cuanto que termine tu turno, te necesito aquí.

—No voy a esperar a que termine mi turno, hablo con Jules y en una hora, como mucho, estoy allí.

—Gracias, amiga. Sé que siempre puedo contar contigo.

—No lo dudes. Para todo, eres mi hermana.

Colgué la llamada y subí hasta mi casa. Alain me dijo que dejara todo en el coche, pues él sería el encargado de llevarme hasta allí. Metí toda mi ropa en mi maleta, dejando colgada allí la que me habían regalado de la empresa.

Las lágrimas caían por mi rostro, sin control, hasta que sonó el timbre de la casa, con lo que me las limpié con rabia. Pensé que sería Valeria, que ya había vuelto del trabajo, pero no, al abrir la puerta me encontré con Emma.

Me abrió los brazos y no pude evitar tirarme a ellos, llorando como si estuviera con mi madre, porque así me hacía sentir: como si fuera una hija más.

—¿Ya te has desahogado?

—Gracias, Emma. De verdad, por todo.

—No me las tienes que dar, no es necesario.

—Claro que sí, porque me estás tratando como nadie lo ha hecho nunca fuera de mi familia. Estás confiando en mí, por encima de todos, incluso de tu propio hijo.

—Confío en la verdad y en todo lo que esté en mi mano para que salga a la luz, para que no te hagan sentir de menos. No dudes que lo haré.

—Por cierto, me tienes que hacer el contrato de alquiler de la casa, que no quiero que me digan que vivo de okupa, que será lo próximo que me diga tu hijo.

—Que diga lo que quiera, porque, al igual que esta casa es suya y está a su nombre, la que vas a vivir tú es de mi propiedad y con ella hago lo que me dé la gana.

Recogimos todo lo más rápido posible y nos marchamos para la casa nueva. Alain nos llevó, pero Emma nos acompañó, pues decía que quería ver en el estado en el que se encontraba todo.

No os puedo mentir: aquella casa no solo era bonita, sino que no le faltaba ningún detalle. Lo único que teníamos que hacer era llamar a la empresa de telefonía para que nos pusieran el Wi-Fi, porque se encontraba en estado de revista.

Tenía un jardín con piscina y una casita de invitados, que era donde Alain me dijo que podíamos trabajar con tranquilidad.

Aparte, la casa contaba con cinco habitaciones, un salón enorme y una cocina abierta al salón, un cuarto de lavado, dos cuartos de baño en suite y otro en el pasillo, además de un cuarto de aseo junto a la cocina.

Tanto a Valeria como a mí nos encantó la casa. Por la zona en la que estaba, que no era en el centro y, por lo tanto, era mucho más tranquila, como por la manera en la que estaba amueblada y decorada.

—Tengo que traer mi máquina industrial para la casita de invitados, así como todo lo que dejé en España para la confección de la ropa.

—Lo podemos traer todo en el avión de la empresa, cuando vengamos de la boda, suponiendo que la invitación siga en pie.

—Por supuesto que sigue en pie, pero yo me volveré en un vuelo comercial

—No, tú, al igual que todos, nos volveremos a París en el avión de la empresa, porque te recuerdo que todavía estoy viva y esa empresa es mi herencia, no de él ni de nadie.

Nos despedimos tanto de Alain como de Emma y nos pusimos a guardar nuestras cosas. Yo no tenía mucho que guardar, pero me lo traería de mi casa cuando viniera de vuelta.

Estaba pensando en ello cuando llamaron al timbre de la verja; no sabía quién podía ser, así que, antes de abrir, miré por el interfono. Se trataba de Jade, que venía con varias cajas y no dudé en abrir la puerta.

—¿Me puedes echar una mano?

—Perdona, claro, pero... ¿qué traes ahí?

—Tu ropa, la que has dejado en la casa.

—Esa ropa no es mía, es de la empresa, y no quiero que tu hermano tenga más cosas con las que hacerme daño.

—No, esta ropa no es de la empresa. Esta ropa es un regalo mío y, como regalo, la vas a tener en tu casa. Si luego no quieres usarla, ya eso es cosa tuya.

—Si no la quiere usar ella, no dudes que la usaré yo —le contestó Valeria.

Capítulo 25



Tina

Dos días después, estaba montada en un avión de camino a mi ciudad, a mi casa, a mi gente, a las que me moría por abrazar.

Sabía que no me dejarían en paz hasta saber la verdad, pero era lo que menos me apetecía en estos momentos.

Se los contaría, pero no ahora, no en este preciso momento. Valeria no había podido venir conmigo; lo haría un día antes de la boda, junto con Emma y los demás.

Fue bajarme del avión y era como si hubiera dejado todo ahí arriba, entre las nubes, sobre todo cuando vi a mi hermano y a mi cuñada esperándome en el aeropuerto.

—Mi niña, estás preciosa —le dije a Carla.

—Tú sí que estás guapa.

—Ya será menos.

—¿Y a tu hermano no le dices nada?

—Mi hermano sigue tan buenorro como siempre, como diría Valeria.

—Por cierto, ¿no ha venido contigo?

—No, ella tiene que trabajar y no vendrá hasta el viernes de la semana que viene.

—Y tú, ¿no tienes trabajo?

—Sé que ya Valeria os ha contado todo y os ha puesto al día, pero de verdad que no me apetece hablar de ello ahora.

—Cuando tú quieras, hermanita. Sabes que estoy aquí, como hermano y como abogado.

—Como esta segunda figura, si quisiera comentarte algo, pero no hoy, no ahora, quizás mañana o pasado.

Salimos del aeropuerto y mi hermano puso rumbo a la casa de mis padres, donde me estaban esperando con la mesa puesta, pues llegué a las dos y media.

—Seguro que mamá ha hecho tu comida favorita —me dijo mi hermano.

—¿Lo dudas? Pero no te me pongas celoso, por favor, que tú la tienes todos los días.

—Jamás podría tener celos de ti, enana.

—Lo sé. Estoy deseando llegar y desconectar de todo.

—Bueno, de todo no, que me tienes que terminar el vestido.

—¿Has engordado mucho?

—No, tan solo un kilo desde la última vez que me lo probé, pero sí noto mi vientre más hinchado.

—Hija, hinchado no, que tiene que ir cogiendo forma, que lo que llevas ahí dentro es un niño, no una cama plegable.

Mi hermano y mi cuñada soltaron una carcajada. Sabía que ese era un buen momento para contarles lo que había sucedido, pero si lo hacía, corría el riesgo de arruinar la comida, y no estaba dispuesta a eso.

Mi madre estaba en la puerta, como si tuviera que hacer una recepción, y en cuanto me bajé del coche, vino corriendo para darme un abrazo.

—Mi niña, por fin estás en casa.

—Mamá, que no vengo de la guerra.

—Como si lo que estás pasando allí no fuera una batalla. ¿Tienes pensado volver?

—Por supuesto que voy a volver a demostrarles a todos lo equivocados que estaban conmigo. Bueno, a todos no, a Jean Paul nada más, que los demás están de mi parte.

—Hermanita, habla claro ya y cuéntanos lo que ha pasado, que quiero meterle mano al cabrón ese —me dijo Álvaro.

—Primero, vamos a comer. Después, en la sobremesa y con una tacita de café del bueno, os lo cuento todo, lo prometo.

Subimos la maleta y entramos en mi casa, donde mi padre me estaba esperando con una sonrisa.

—Papá, qué ganas tenía de verte.

—Y yo, mi vida, y yo. ¿Cómo te encuentras?

—He tenido tiempos mejores, no voy a decir que no, pero también sé que volveré a ser la que era.

—Eso espero, mi niña, que no permitas que nada ni nadie te apague la luz que tienes en los ojos.

Mi padre me dio un beso, que me supo a poco, y nos sentamos a la mesa, donde ya estaba mi comida preferida, como había dicho mi hermano.

Esa tortilla de patatas y esos filetes empanados con pimientos fritos me supieron a gloria. Todos me miraban con una sonrisa, pero mi cuñada lo hacía con una ceja levantada, como si se estuviera preguntando algo, pero la ignoré.

Cuando terminamos de comer, mi madre fue la primera en preguntarme qué era lo que había pasado. Respiré hondo y cogí una bocanada de aire, para darme las fuerzas que necesitaba para contarles todo, sin dejarme nada en el tintero.

Empecé por contarle el tema de Samantha y cómo se había tomado el que yo ocupara su puesto, además de que seguía enamorada de él, hasta llegar al momento en el que nos encontrábamos ahora.

—Ese tío es gilipollas, y le voy a sacar hasta la cerilla de los oídos — dijo mi hermano.

—No, no quiero mover un dedo. Prefiero tenderle una trampa a esa mujer, y Jade nos va a ayudar.

—¿No quieres limpiar tu nombre?

—Claro que quiero, y lo voy a hacer, pero no en un juzgado, sino en la vida real, y con el mayor de los éxitos profesionales, te lo aseguro.

—Entonces, ¿para qué me querías como abogado?

—Para el tema de la venta de mi colección, no he sido yo, y eso se puede demostrar, porque en mi cuenta no hay ningún ingreso. Quiero que averigües quién lo ha hecho y quién ha hablado en mi nombre, y que caiga sobre esa persona todo el peso de la ley.

—No dudes de que pondré a los mejores investigadores en ello.

—Gracias, hermanito.

—No me la tienes que dar, hermanita.

Mi hermano se levantó y me dio un abrazo, ante la atenta mirada de mis padres y de mi cuñada.

Mis padres tenían que bajar para abrir la tienda, y me fui con ellos. Álvaro volvió también al trabajo y mi cuñada bajó con nosotros, pues quedaban pocos días para el enlace y tenía que cerrar bien las costuras del vestido.

Cuando nos encerramos en el almacén, Carla se acercó a mí, me tomó del brazo y me preguntó algo que no olvidaré en mi vida.

—Tina, no te lo tomes a mal, pero te lo tengo que preguntar.

—Dime, cariño, por supuesto que no me lo tomaré a mal, nada de lo que tú me digas tendrá ese efecto en mí.

—¿Estás embarazada?

—¿Perdón?

—Me has oído bien, no me hagas repetir la pregunta, que me sabe muy mal.

—Que yo sepa, no. ¿Por qué lo dices? ¿Me ves más gorda o algo así?

—No, te veo comiendo como yo al principio, antes de saber que estaba esperando a mi primer hijo.

Me tuve que sentar porque me faltaba hasta el aire. Tenía que ponerme con la regla justo después de la boda, pero yo no notaba absolutamente nada.

—Espero que no, porque lo único que me faltaba era que también pensara que me había quedado embarazada para cazarlo.

—No dirá eso porque tu familia no se lo vamos a permitir. Si es cierto que estás embarazada, espero ser la primera en enterarme, pero, sobre todo, lo que quiero es que te lo tomes como una buena noticia.

—No sé cómo me lo tomaré, la verdad. Tú dices eso porque tienes a un buen hombre a tu lado, pero yo...

—Tú tienes los ovarios necesarios para sacar adelante a ese niño y a quince como él.

—Hija, estás hablando como si ya lo tuviera confirmado.

—No, no, pero me parece que no me voy a equivocar.

—Anda, vamos a dejar ese tema. Quiero terminar tu vestido antes de empezar a guardar la máquina y todo lo demás, para llevármelo a París.

—Te echaremos de menos otra vez.

—Estoy a una hora y media de aquí.

—Sí, pero en avión.

Negué con la cabeza y saqué el vestido de la bolsa en la que estaba guardado, para ayudar a mi cuñada a que se lo probara.

Cuando se lo vi puesto, no pude evitar emocionarme, porque estaba tan bonita con él puesto. No tuve que hacer muchos ajustes, tan solo tendría que cerrar las costuras laterales.

A última hora, en la parte del vientre y para que no se sintiera agobiada o apretada, pusimos un tejido elástico que se adaptaba a su figura, pero sin presionar, y que le hacía una silueta estupenda.

—¿Tienes ya pensado qué te vas a poner en la cabeza?

—Nada, voy a hacerme un semirrecogido informal, con unas pequeñas florecitas, pero nada más. Al igual que las joyas, que también serán minimalistas.

—Me parece perfecto. No necesitas nada más para brillar, cariño; ya lo haces por ti sola.

Después de ayudarla a quitárselo, entré en la sala donde estaba la máquina industrial, con la intención de terminarlo de una vez.

Una hora después, ya estaba planchándolo y colgándolo de nuevo en la percha.

—Será mejor que lo dejemos aquí, así no corre el riesgo de que lo vea tu hermano —dijo mi madre.

—No, no, me lo llevo a casa de mis padres, que será donde me vista y de donde salga vestida de novia —dijo mi cuñada, que empezaba a emocionarse.

Capítulo 26



Tina

Tres días habían pasado ya desde que llegué, y ese día llegaban los demás, por lo que cogí el coche de mi padre, que también era de siete plazas para ir a recogerlos.

Estaba de lo más nerviosa porque me moría de ganas por saber si ya le habían tendido la trampa a Samantha y conocer la manera en que lo habían hecho.

Como se trataba de un vuelo privado y habían autorizado la matrícula de mi coche, me dejaron pasar hasta el hangar.

En cuanto que Emma bajó del avión, no dudó en abrazarme. Lo hizo de una manera que me llegó al alma.

Después, todos los demás también pasaron por mis brazos, y me sentí de lo más querida, os lo juro.

—Vamos, que mi madre ya os está esperando con una comida de las buenas.

—Ay, Tina, no sabes las ganas que tengo de comer comida española, pero de las de verdad, no de los sucedáneos que encuentro en París.

—Pues ella ha hecho ensaladilla rusa y carrillera al vino tinto.

—¿De verdad? Se me está haciendo la boca agua, Tinita —me dijo Gabriel, sonriente.

Llegamos a mi casa en pocos minutos y, una vez que dejé a mis inquilinos en la puerta, me dispuse a buscar aparcamiento.

El edificio de mis padres era precioso; tenía una ubicación ideal, pero no tenía garaje. Todo no se podía tener en la vida; ¿qué le vamos a hacer?

Subí pocos minutos después, y allí estaban todos sentados en el salón y esperando a que yo llegara, para sentarnos a la mesa a comer.

Ni siquiera les pregunté por Jean Paul, porque me hacía un daño horrible saber que ni siquiera pensaba en mí.

Por tener algo de fondo, pusimos la televisión en el primer canal que salió y en el que, en ese momento, estaban echando un programa de esos de corazón.

Fue un instante en el que todos nos quedamos callados y levantamos la vista hasta la televisión, pues no me podía creer lo que estábamos viendo.

«El millonario y referente de la moda, Jean Paul Sartre, considerado el soltero de oro de París, parece que ha sentado la cabeza de una vez por todas.

La afortunada es la renombrada diseñadora de su firma Samantha Field, quien siempre ha estado en todos los mentideros como su pareja, aunque no hubiera nada oficial.

Fuentes cercanas a la pareja nos cuentan que están esperando su primer hijo y que ambos están como locos con la noticia y deseosos de verle la carita a su retoño.

Después de eso, será muy raro que no veamos a la diseñadora con un anillo en su mano y vestida de blanco.

Desde aquí, les damos nuestra más sincera enhorabuena y les deseamos lo mejor».

Me tuve que sentar porque mientras que la chica iba hablando y contando todo, en la pantalla se mostraba un video de ellos dos saliendo de un restaurante, riendo.

Se veía cómo él le ponía la mano en el vientre a Samantha y cómo, después de eso, se daban un beso.

—Esa se vestirá de blanco cuando se apunte a kárate, porque en mi familia no la quiero y haré todo lo posible para que no se case con mi hijo —dijo Emma.

—No, Emma, es su vida y tú, como madre, se la tienes que facilitar. Si no te gusta, te callas y te esperas ahí, hasta que sea él quien se dé cuenta y venga a llorar en tu hombro —le dijo mi madre.

—Tiene razón mi madre, Emma. Primero de todo, es tu hijo y si él es feliz con esa mujer, no puedes ni debes hacer nada —le respondí.

—Pero es que esa mujer es mala, no tiene buen corazón —dijo Jade.

—Ni siquiera creo que esté embarazada —habló Gabriel.

Ahora sí que me atreví a preguntar lo que me estaba rondando en la cabeza desde que fui a recogerlos.

—¿Habéis hecho lo que pensabais?

—Por supuesto que sí, y ha caído como una idiota.

—¿Cómo lo habéis llevado a cabo?

Jade me contó que Alain había cogido uno de los diseños que había desechado de los que tenía, y se lo había dejado a ella en el interior del bolso.

Para que Jean Paul no dijera que era mentira, le había puesto una marca en el folio que tan solo se veía bajo una luz azul y, además, había cometido un error garrafal en las medidas, de manera que, si querían confeccionarlo, no sería posible, ya que tendría una manga más larga que otra.

—Sois únicos, de verdad.

—Tendrías que haber visto su cara; era como si le hubiera tocado la lotería.

—Pero... ¿Cómo lo hiciste?

—Pues mira, lo dejé caer en el suelo justo cuando ella pasaba y la llamé para decirle que se le había caído un diseño.

—¡No! ¿Lo cogió?

—Por supuesto, y tuvo la cara de decirme que había estado toda la noche trabajando en ese diseño, que sería uno de los modelos de la siguiente colección.

—¿Sabes si se lo ha mostrado a tu hermano?

—No, todavía no, aunque no dudo que lo hará en estos días, cuando yo no esté allí.

—Vamos, que vas a abordar a tu hermano en cuanto vuelvas.

—Más o menos, no inmediatamente, voy a esperar a que me diga algo para darle la estocada de gracia, como decía mi abuela.

Y así, día tras día, llegó el momento de la boda. Yo, por supuesto, al igual que mi madre y Valeria, llevaríamos un vestido de mi colección, de aquellos que dejé en la tienda para que mi madre los vendiera.

Emma y Jade también insistieron en llevar uno, por lo que el día anterior bajamos, eligieron los que más les gustaban y les hice los arreglos que necesitaban.

—Espero que no os moleste, pero he llamado a la prensa para que cubra la boda —dijo Emma mientras que se probaba el vestido.

—¿Nosotros? ¿En la prensa? —preguntó Carla, mi cuñada.

—Claro, mi niña. Les he contado que se casaba el hermano de una de las mejores diseñadoras del país; tenemos que darle vidilla al asunto.

Mi madre soltó una carcajada porque lo que realmente quería Emma era que su hijo me viera, y que, de paso, las viera a ellas también, y no con vestidos de su firma, sino de la mía.

Cuando llegamos al hotel, ya estaba allí la prensa, esperándonos. En realidad, a quienes esperaban era a la familia Sartre, así como a Ana Galán, a la que también invité, por supuesto.

Las preguntas se fueron sucediendo una tras otra, hasta que llegó a la que todo el mundo estaba esperando.

—Señora Sartre, ¿qué opina de que su hijo esté esperando su primer bebé con su pareja?

—En primer lugar, y hasta donde yo sé, mi hijo y esa diseñadora no tienen ninguna relación, así como tampoco tengo constancia de que estén esperando un bebé.

—¿Nos insinúa que todo es mentira?

—Hijo, yo no estaba en medio de la cama; no puedo afirmar ni insinuar nada. Si queréis saber más, podéis preguntarle a él, que seguro que os atiende de maravilla.

—¿Esos vestidos son de la nueva colección?

—Para nada. Estos vestidos son de una diseñadora *novel*, que se ha unido al que sí que es mi yerno, Alain Penaut, y que tengo claro que llegarán muy alto.

—¿Alain Penaut ya no diseña para vuestra firma?

—No, ya he dicho que han formado una firma nueva. Si me dejáis que lo pregunte, os digo el nombre, porque lo veréis muchísimo.

Emma se giró y nos hizo un gesto para que fuéramos hasta donde estaba ella. Jade fue la primera en hablar.

—La nueva firma se llamará *Alaintina* y os garantizo que sus diseños serán un bombazo.

—Señorita Sartre, ¿eso significa que usted también abandonará la firma familiar?

—Para nada, eso lo levantó mi abuela y no pienso permitir que una diseñadora que se cree una diva acabe con ella, pero sí que apoyaré al cien por cien la firma de mi chico y de su amiga.

—Bueno, ahora, si nos perdonáis, nos esperan para celebrar una boda. Por cierto, el vestido de la novia también es un diseño de ellos; estad atentos porque es una joya.

Entramos al hotel y nos sentamos junto al resto de los invitados. Mi hermano iba del brazo de mi madre, que lucía divina, pero él mucho más, al que le brillaban los ojos de la emoción.

Carla, por su parte, iba del brazo de su padre. Cuando mi hermano se giró en el altar y la vio vestida de novia, no pudo contener las lágrimas, que mi madre le limpió, como cuando era pequeño y se caía, con todo el amor del mundo.

La ceremonia fue una preciosidad, emotiva y cercana, que culminó con el típico beso de los novios.

Capítulo 27



Jean Paul

—Buenos días, Jean Paul, vengo a enseñarte un diseño en el que he estado trabajando toda noche, y que me gustaría que me aprobaras, para seguir con posibles diseños, partiendo de este —me dijo Samantha en cuanto que llegué a la empresa.

—Buenos días, señor Sartre. Tal y como usted me dijo, no he dejado pasar a nadie a su despacho hasta que no estuviera aquí —informó Marge.

—Perfecto, Marge, no hay ningún problema.

—Pues, a mí, me debería de haber dejado pasar, que llevo aquí un buen rato.

—Ella tan solo ha seguido mis indicaciones. Lo que deberías haber hecho, si no querías esperar, era haberle dicho que te avisara cuando llegara, y yo te hubiera llamado.

—Lo sé, pero es que estaba tan emocionada por mostrarte esto...

—Pues nada, pasa a mi despacho y lo vemos, pero algo ligero, que tengo una reunión a primera hora.

—Sí, sí, no tardo nada, te lo prometo.

Samantha entró en mi despacho, sacó una carpeta de su maletín y me mostró un diseño que era muy bueno, innovador y que no tenía nada que ver con sus trabajos anteriores.

—Es muy bueno.

—¿De verdad?

—Sí, y quiero que desarrolles una colección a partir de este diseño, pero que no sean muchas piezas. Unas cinco o así.

—Me pondré con ello ahora mismo.

El diseño que me mostró era un vestido asimétrico, con un hombro fuera y largo, tipo griego. De ese mismo diseño se podían sacar varias piezas, vestido corto, falda, blusa... me gustaba la idea.

Me encerré en mi trabajo, pensando en que si Tina no hubiera sido de ese modo, si no me hubiera traicionado de esa manera, ahora mismo podríamos estar en España, celebrando los preparativos de la boda de su hermano.

La ambición que mostró vendiéndole la colección a la competencia me demostró de qué pasta estaba hecha.

No quería que se reconociera su trabajo, por mucho que dijera que ese era su sueño, sino que lo único que quería era dinero.

Estaba pensando que, si me lo hubiera dicho, si me hubiese hablado claro y contado que quería más dinero, se lo hubiera ofrecido, sin ninguna duda, pero el simple hecho de que me hubiera mentado, eso me había dolido en el alma.

Aparte de eso, estaba también mi familia, y no solo Alain, que había decidido marcharse con ella, sino que mis padres y mi hermana se pusieron de su lado.

De hecho, cuando fui a hablar con ellos para contarles lo que había sucedido y cómo tendríamos miles de euros en pérdidas, porque nuestra colección ya estaba confeccionada y no podíamos sacarla si no queríamos tener problemas, mi madre fue muy tajante.

—Jean Paul, no quiero saber nada más; lo que sé es suficiente para decidir que no pienso dejarla abandonada.

—No me lo estarás diciendo en serio.

—Por supuesto que sí y, en vez de centrar tus miras en ella, más vale que lo hagas en otro sentido, porque el cáncer lo sigues teniendo dentro de la empresa.

—Mamá, ya sé que Samantha no es santo de tu devoción, pero en este caso está muy claro que lo ha hecho Tina y que ella no tiene nada que ver.

—Mira, hijo, dice el refrán que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Una vez que te he dicho esto, analiza cuáles son las pruebas que tienes en contra de Tina y comprueba si son lo suficientemente fuertes como para pensar así de ella.

Me fui porque hablar con ella de este tema era discutir y no tenía ganas, no me apetecía.

No sabía dónde se habían ido ella y su amiga; bueno, según mi hermana, ella estaba en España para la boda de su hermano.

—¿Vosotros también vais a ir?

—Por supuesto, la madre y la cuñada de Tina son ideales, nos caen genial y nos quedaremos en su casa.

—¿Cuándo os vais?

—El viernes por la mañana.

—¿No vas a venir a trabajar ese día? Te recuerdo que tenemos que preparar una campaña con la nueva colección, porque algo tendremos que sacar, digo yo.

—¿Desde cuándo te importa que no venga? Nunca has dudado de mi trabajo, y espero que no empieces ahora a dudar también de mí, porque por ahí sí que no paso.

—Tienes razón, lo siento. Siempre has cumplido con tu trabajo y sé que, si no estuviera ya todo listo, no te marcharías.

—Por supuesto que no lo haría, pero no es ese el problema que tienes.

—Ah... ¿no? ¿Cuál es el problema, según tú?

—Que no quieres que vayamos con Tina, que no quieres que le mostremos nuestro apoyo, pero lo siento, la verdad, nada más que tiene un camino, y no es el tuyo, precisamente.

—El tiempo y la verdad ponen a todos en su sitio, ya veremos quién tiene razón en todo esto.

—Exacto, ya lo veremos, lo que me temo es que será demasiado tarde para ti, tanto en lo profesional como en lo personal.

Mi hermana se dio la vuelta y me dejó allí, en mi despacho, y con una cara de tonto de esas que salen en los carteles de las películas.

Volví a la realidad y me dispuse a preparar todo lo de la reunión, que se predecía tortuosamente lenta y tediosa, por los temas que teníamos que tratar.

Cuando terminé la reunión, me sentía tan saturado que, como no había nada importante pendiente, decidí irme de la oficina.

—Marge, me marchó ya. Tú, si quieres, también puedes marcharte; no hay nada importante que tratar.

—Gracias, señor Sartre, me viene perfecto, porque mi marido tiene hoy turno doble y tenía que dejar al niño con la vecina.

—Marge, cuando te ocurra algo así, no dudes en decírmelo; creo que ya hay suficiente confianza entre nosotros como para pedirme salir unas horas antes.

Di un par de golpes en la mesa y tomé el ascensor. Al llegar a la segunda planta, se abrieron las puertas y ahí estaba Samantha esperando para bajar.

—¿Ya te vas?

—Sí, tengo cita con el ginecólogo para una ecografía de control de embarazo. Te lo dije el otro día.

—Perdona, pero es que tengo tantas cosas en la cabeza que no lo recordaba.

No sé por qué, pero pensé en acompañarla, y mi boca fue más rápida que mi cabeza, y lo solté, como quien pregunta si quiere agua.

—¿Vas sola?

—Claro, sabes que no tengo a nadie en Francia; toda mi familia está en Nueva Jersey, y no es que tenga mucho contacto tampoco.

—Si no te molesta, me gustaría acompañarte.

—¿De verdad? ¿Vendrías conmigo?

—Por supuesto, por eso te lo estoy diciendo.

Vi una alegría y una ilusión en su mirada que me acojonó un poquito, porque no quería que pensara lo que no era, pero me callé, no quise estropear el momento.

Fuimos andando, luego recogeríamos el coche, ya que el hospital en el que le estaban llevando el embarazo era en el que dirigía Jules, y estaba en la calle de atrás de la oficina.

Lo cierto es que, cuando escuchamos el latido de su corazón fue un momento de lo más emotivo y, por primera vez desde que la conocía, vi a Samantha vulnerable, con las lágrimas que corrían por sus mejillas, y no pude evitar cogerle la mano.

—¿Quieres saber el sexo, Samantha? —le preguntó la doctora.

—¿Ya lo podemos saber?

—Si queréis, sí.

No me gustó que me incluyera en esa pregunta porque, por mucho que la hubiera acompañado, seguía pensando en que, hasta que no pudiera comprobar que era mi hijo, no me iba a involucrar, pero, aun así, me callé y no dije nada.

—Pues, aquí dentro... ¡Tenemos a un príncipe!

—Un niño, Jean Paul, un pequeño que será igual que tú...

—Samantha...

—Lo siento, ha sido la emoción del momento.

No pensaba permitir que, mientras que no tuviera esa confirmación de ADN, me incluyera en la ecuación.

Salimos de allí y nos fuimos a comer, entre risas y bromas. Al salir del restaurante, me agaché a decirle algo al bebé.

—Tu madre está loca, así que, cuando nazcas, cuando salgas de ahí, no le hagas caso.

Samantha soltó una carcajada, y al mirarla a los ojos, se acercó a mí y me besó.

Me quedé sin saber que hacer o que decir, pero no la aparté, aunque tampoco le correspondí al beso.

No sé, fue una situación de lo más extraña, pero no desagradable, y eso no me gustó nada.

—Lo siento, ha sido un impulso.

—No te preocupes, no pasa nada. Eso sí, no lo vuelvas a repetir, por favor, o me veré obligado a rechazarte y no quiero que te sientas mal.

No lo dije con la seguridad que pretendía, y ella lo notó, pues me miró con una sonrisa que decía que eso no me lo creía ni yo.

Nos montamos en el coche y nos marchamos, dejándola en su casa de camino a la mía.

Capítulo 28



Jean Paul

Cuando encendí la televisión al día siguiente y vi el vídeo en el que se nos veía a nosotros, a Samantha y a mí, como si fuéramos una pareja, me hirvió la sangre.

¿Había sido todo casualidad o los había llamado ella para corroborar su tesis? Esperaba que fuera la primera opción, porque como fuera la segunda, tendría que darle la razón a mi madre y a mi hermana.

No salí en todo el día de mi casa; no me apetecía y prefería quedarme allí, tranquilamente, pero no transcurrió el día tan tranquilo como yo me esperaba.

¿El motivo? Mi familia, que estaba en la televisión, en la boda de Álvaro, el hermano de Tina, luciendo diseños de ella, y dando declaraciones que no me dejaban en muy buen lugar.

Decidí que, en cuanto que llegaran al día siguiente, me iba a reunir con ellos, porque no podían hacer esas cosas.

En este caso, o estaban conmigo o estaban contra mí. No había más vueltas de hoja.

Apagué la televisión porque no quería seguir viendo estas cosas que me enervaban tanto. ¿Cómo se podía estar tan ciegos con esa mujer? ¿Tendrían razón o sería todo algo urdido por ella?

Me estaba volviendo loco. Por eso, me planté la ropa de deporte y me coloqué mis auriculares; correr por el paseo de los Campos Elíseos me vendría de maravilla.

Hice unos quince minutos de calentamiento porque no quería tener que lamentar una lesión. Después de eso, y a pesar del calor que hacía, le di al *play* de mi móvil, puse mi lista de música que tenía preparada para hacer deporte, y me dispuse a quemar la adrenalina para ver si podía descansar algo más esta noche.

Llegué a mi casa completamente destrozado, me di una ducha y me preparé algo de cenar, antes de irme a la cama.

Mi familia llegaba al día siguiente, y no dudé en ir a recogerlos al hangar, porque iban todos en el avión privado. Sabía que, casi con total seguridad, Tina vendría con ellos, pero me daba igual, porque así, también ella se enteraría y le quedaría clara mi postura.

Efectivamente, a las diez y media estaba yo en el hangar privado de mi empresa, apoyado en mi coche y esperando a que llegaran.

Había cogido el coche que le regalé a Tina, que era de seis plazas, y en el que cabríamos mi familia y yo. Los demás, que se buscaran la vida como pudieran, aunque mis padres se enfadaran por ello.

Minutos después, estaba aterrizando el avión, de donde vi bajar a mis padres, en primer lugar, seguidos de mi hermana y mi cuñado, y cerrando la comitiva Tina y su amiga.

Me fijé en que el personal del avión no solo estaba bajando las maletas, sino que también estaban bajando varias cajas grandes y multitud de paquetes, y tuve claro que todo eso era de ella.

—Hijo, ¿qué estás haciendo aquí?

—Venir a buscaros, tenemos que hablar.

—¿De qué? —me preguntó mi padre, que hasta el momento se había mantenido en silencio.

—De todo, papá. Para empezar, no me han gustado las declaraciones que hizo ayer mi madre; me dejó a la altura del betún.

—Mira, Jean Paul, voy a ser clara contigo. Esa mujer te está manipulando, y no creo que ni siquiera esté embarazada...

—Sí que lo está; ayer mismo fui con ella al ginecólogo, y es un niño. Y con respecto a lo otro que has dicho, me está manipulando en la misma medida en la que ella lo está haciendo con vosotros —le respondí, señalando directamente a Tina.

—Te voy a preguntar algo, hermanito, y quiero que seas completamente sincero.

—Siempre lo soy; parece mentira que hasta ahí haya llegado la manipulación, a haceros creer que soy el peor del mundo.

—Chaval, a mí me dejas al margen, que yo ni siquiera pregunto por ti —me dijo Tina, enfadada.

—Permíteme que lo dude.

—Bueno, allá voy. ¿Te ha presentado Samantha, en estos días en que no hemos estado, algún diseño?

—Por supuesto que sí, pero ¿qué tiene que ver eso?

—¿Lo has pasado a confección? —Me preguntó Alain, con una sonrisa.

—No, todavía no, hasta que no termine la colección.

—Pues, cuando lo hagas, te vas a llevar una sorpresa —me dijo mi hermana, y la miré extrañada.

—No, se la va a llevar antes, pero tenemos que ir antes a coger mi portátil —le dijo Alain a mi hermana.

—Tina, ¿te importa que mi hermano vaya a tu casa para que le mostremos todo? —le preguntó mi hermana a Tina.

—Por supuesto que no. Eso sí, en el taller, a la casa, si me perdonáis, no quiero que entre.

—Es decisión tuya; eres tú la que vives allí; ninguno de nosotros —le dijo mi madre, y algo no me cuadró, pero no quise decir nada.

Mis padres se montaron conmigo en mi coche, mientras que mi hermana y mi cuñado se marcharon con ella en una furgoneta que habían alquilado y que los esperaba detrás de mi coche.

En cuanto que arranqué el coche, fue mi padre el que me miró fijamente y me habló. Nunca lo había escuchado hablar con tanta seguridad y vehemencia.

—Hijo, esa mujer no me gusta y, si tu hermana y tu cuñado pueden demostrar que es cierto lo que nos han contado, tendrás un problema.

—¿Qué problema, papá? Un problema ya he tenido cuando Tina ha vendido la colección.

—Tina no ha vendido nada, te lo aseguro. Su hermano ha pedido una evaluación de sus cuentas y no hay ningún ingreso desde que llegó a París.

—Pues la habría vendido antes, yo qué sé. Lo mismo y lo ha cobrado en criptomonedas.

—No, qué va, se lo han pagado en especies, y por eso lleva las cajas, para esconderlo debajo de las losas de su casa. ¿Eres así de tonto de nacimiento o lo has perfeccionado con los años? —Me dijo mi madre.

Salimos del aeropuerto y, como no sabía a dónde dirigirme, dejé que pasara la furgoneta delante, para poder seguirla y no tener que preguntar.

No hablé nada durante todo el trayecto, hasta que entramos en una urbanización que conocía bastante bien.

—No habrás sido capaz de...

—Sí, sí que he sido capaz y capataz. Es mi casa y se la dejo a quien a mí me dé la gana.

—¿Después de todo el daño que nos ha hecho?

—A mí no me ha hecho ninguno y, por lo que sé, a ti tampoco.

—¿Cómo que a mí no me ha hecho daño? Me ha utilizado, se ha acostado conmigo para no perder sus privilegios, y me ha hecho quedar como un idiota ante la competencia. ¿Te parece poco?

—Todo eso lo has dicho tú; no hay pruebas en su contra —me dijo mi padre.

—Mira. ¿Sabéis qué? Que, tal y como le dije a mi hermana, el tiempo y la verdad pone a todo el mundo en su sitio.

—Y a ti te va a poner en el infierno en cuanto que veas lo que tu hermana y tu cuñado te tienen que mostrar.

Entré detrás de la furgoneta y aparqué debajo del techado que mis padres construyeron para que los coches no estuvieran al sol. Tina ni siquiera me miró, se bajó de la furgoneta y empezó a bajar las cajas delante de la casa de invitados, que era, por lo visto, donde habían colocado el taller.

La casa ni siquiera la abrió, y eso me molestó de una manera que no os podéis imaginar. Miré a mi madre, por si le iba a decir algo, por si iba a dar la cara por mí, pero nada, como si no fuera con ella.

Alain, mi cuñado, me hizo un gesto para que lo siguiera, y lo hice, entrando con él en la casa de invitados.

No me podía creer cómo habían transformado aquello en un taller, y de los mejores, a juzgar por la maquinaria que estaban descargando, los expositores donde colocar los hilos y las piezas de tejidos de la mejor calidad que traían con ellos.

—No me mires así, que esta máquina me la regaló mi padre cuando terminé la carrera. Ahí tienes la factura de compra, por si tienes dudas.

—Yo no he dicho nada, y si miro así, es porque me sorprende lo poco que habéis tardado en montar todo esto.

—No, si te parece, vamos a estar llorando en un rincón hasta que a ti te dé la gana.

—No tienes que llorar en ningún rincón, ya ha quedado demostrado la clase de mujer que eres.

—Por supuesto, una que no permite que la pisoteen, que tiene el orgullo elevado a la enésima potencia y la cabeza muy alta, porque no ha hecho nada de lo que la has acusado, y se va a demostrar, más pronto que tarde, te lo aseguro.

—Sigue soñando, Tina, que lo mismo y, de tanto hacerlo, se te convierte en realidad.

Capítulo 29



Tina

Señor, dame paciencia, porque como me des fuerza, lo estampo contra la pared. Este tío no podía ser más gilipollas, de verdad. Si lo lleváramos a un concurso, lo echaban por profesional.

Los dejé allí, y me puse a colocar los hilos que traía en el expositor correspondiente, antes de que se enredaran y tuviéramos que lamentar pérdidas, que eran hilos industriales y valían una pasta.

—¿Es este el diseño que te ha presentado Samantha? —Escuché que le preguntaba Alain a su cuñado.

—¿Cómo lo tienes tú? De verdad, hasta ahí llega vuestra obsesión por acabar con ella.

—Lo tengo porque es mío, de una colección antigua que deseché antes de presentarla porque tenía un fallo que era imposible de corregir sin afectar al diseño de la prenda.

—No me lo puedo creer. ¿Hasta dónde vais a llegar por defender a esta mujer?

—Déjalo, Alain, no hay más ciego que el que no quiere ver —le dije, como quien no quiere la cosa, mientras que seguía colocando todo.

—Exactamente eso, señorita Durán. Pero, en este caso, no soy yo el ciego, sino mi familia.

—¿Quieres comprobar que lo que te digo es cierto? Pues tan solo tienes que coger el diseño y llevarlo a confección, las modistas se darán cuenta de manera inmediata de dónde está el fallo.

—Eso puedes habérselo oído a cualquiera, Alain, no me vale.

—¿A quién, Jean Paul? Es más, para que veas que no miento, te diré exactamente dónde falla el diseño.

Salí a por más cajas, puesto que no quería seguir oyendo tonterías, y me di de frente con Emma y con su hija, que estaban sentadas afuera del taller, en un banquito de piedra precioso que había.

—¿Sigue en sus trece? —Me preguntó Emma, algo disgustada.

—Completamente. Es más, ha llegado a insinuar que ha sido Alain el que se ha hecho con el diseño de Samantha, y no al contrario.

—Este hijo mío es tonto.

—No, mamá, no es tonto, simplemente está cegado con esa mujer, que no sé lo que le ha dado, te lo prometo.

—Bueno, yo continúo, que quiero dejar todo listo antes de que termine el día, para poder empezar a trabajar mañana mismo.

—Hija, que las telas no se van a mover de ahí.

—No, pero tenemos que hablar también del tema del local y de cómo nos vamos a hacer con él.

—El local del que te ha hablado Alain es de su hermano, y no creo que le diga que no a su propia sangre, aunque la relación no sea muy fluida entre ellos.

—No lo sé, me dijo que tenía que hablar con alguien, pero no me dijo con quién era.

Estábamos hablando cuando vimos salir a Jean Paul de la casita de invitados. Lo hizo con el gesto de enfado, como si su cuñado intentara engañarlo, cuando más bien era todo lo contrario.

—Me marchó a mi casa. ¿Os venís?

—No, nosotros nos quedamos. Tu padre ha pedido comida al restaurante de comida italiana. Pensábamos que te quedarías a comer con nosotros.

—No me apetece sentarme a comer con gente que pretende destruirme, tanto laboral, como personalmente.

—¿Sigues pensando lo mismo?

—Por supuesto, y lo que me ha mostrado Alain no prueba nada.

—Eso, quizás no, pero... ¿por qué no miras las cámaras del vestíbulo y ves quién le da ese diseño a tu querida Samantha?

—No tengo que mirar nada más. Tengo todo más que claro que esto es un complot que habéis formado entre todos para destruirla, y no lo voy a permitir.

—¿Perdona? —le preguntó Emma.

—Sí, mamá, lo siento, pero es así. Te guste o no te guste, es la madre de mi hijo y tendrá todo mi apoyo, siempre, aunque, de momento, no seamos pareja.

Os prometo que casi se me cae la caja de las manos. Sabía que lo estaba diciendo por hacerme daño y, lo peor, es que lo estaba consiguiendo. No sé ni cómo pude aguantar las lágrimas ni el nudo que se me formó en el estómago, pero no me lo pensé, me giré y les dije algo a todos.

—Se terminó. No quiero que se vuelva a nombrar a esa mujer en mi presencia.

—No puedes dejar que esa mujer se salga con la suya —me dijo Jade, enfadada.

—Tina, Samantha te está haciendo mucho daño, está haciendo creer a mi hijo algo que no es cierto —dijo Emma.

—Si él dice que yo he vendido la colección, ya se demostrará que yo no fui. Si para él ella es la mejor diseñadora de la empresa, también podrá comprobar que no es así cuando le toque diseñar la próxima colección.

—Qué postura más oportuna, ¿no crees? —Me preguntó él, con cierto retintín.

—Lo único oportuno es que haya aparecido ese diseño cuando no tenía nada, hermanito —dijo Jade.

—Jade, de verdad, yo tan solo quiero salir adelante con mi esfuerzo y con mi trabajo. Lo demás me da igual y por eso, te voy a pedir un favor enorme.

—Dime, porque si está en mi mano, lo tendrás.

—Es muy fácil pedir favores cuando el dinero le cuesta a otro —murmuró, y tuve que hacer un gran ejercicio de contención para no darle una bofetada con la mano abierta, os lo prometo.

—Quiero que no hagáis nada más para desenmascarar a esa mujer. Lo hará ella sola y en el momento justo; se acabó.

—Si eso es lo que quieres, te prometo que ya no le tenderé más trampas.

—¿Tender más trampas? ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que las trampas te las está tendiendo esta mujer a ti, a vosotros, mejor dicho?

—Sigue así, cariño mío, que, del batacazo que te vas a pegar, no vas a saber cómo recuperarte —le dijo Gabriel, dándole una palmadita en el hombro a su hijo.

Jean Paul se giró, miró a sus padres y se marchó. No dijo nada más, tan solo se montó en el coche, arrancó y salió de allí como alma que lleva el diablo.

—Venga, corazón mío, que aquí no ha pasado nada —me dijo Valeria, dándome un abrazo.

—Sí, ni ha pasado ni va a pasar, te lo aseguro.

Entre todos, montamos lo que faltaba del taller, dejando una habitación para la confección de la ropa, otra para el diseño y la más pequeña, a modo de probador; de esta forma, el salón quedaba para recibir a las clientas, al menos, de momento.

—Quiero hacer un vídeo promocional y abrir una página con vuestra nueva firma, pero, para eso, primero tenéis que tenerla registrada —nos dijo Jade.

—Ya he hablado con el abogado; mañana mismo vendrá para dejar listo todo el tema legal.

—Jade, si haces eso, puede ser dañino para tu empresa; generaría un conflicto de intereses.

—No, porque yo no voy a salir. Simplemente me encargaré de todo el tema de la grabación, la edición y la subida del vídeo a las redes.

—Eso es una gran idea, hija. Tenemos que hacer que esta nueva firma brille con luz propia.

—Lo hará, mamá. Tan solo tienes que ver las ideas que tienen los dos; se complementan a la perfección.

El día pasó así, entre bromas y risas, hasta que llegó la hora de acostarse, en la que, de nuevo, en la intimidad de mi cama y con mi almohada como único testigo, dejé salir todo el dolor que tenía dentro, y lo hice en forma de lágrimas, hasta que me quedé dormida.

Cuando me desperté, Valeria ya se había marchado a trabajar y Alain todavía no había llegado, por lo que me di una ducha rápida y me senté a desayunar.

No me apetecía café, y eso era raro en mí, pero solo de pensar en el olor, me entraba una fatiguita horrorosa, así que me preparé un zumo de naranja y un par de tostadas con mermelada de fresa.

Me las comí como si no hubiera probado bocado en tres días, y me preparé otras dos más. Debían ser los nervios, que, de siempre, me habían dado por comer, aunque tendría que controlarme un poquito, o me pondría como una vaca lechera.

En cuanto que me sentí saciada por completo, salí y me fui al taller. Alain tenía llaves tanto de la verja de fuera como del taller, así que ya vendría cuando quisiera.

No tardó mucho en llegar, y cuando lo hizo, venía acompañado del abogado que nos dijo Gabriel el día anterior.

—Perdón por la tardanza, pero es que hemos ido a presentar los documentos de la constitución de la sociedad y del registro de la marca.

—¿Ya lo habéis hecho todo?

—Bueno, tan solo falta tu firma digital porque lo demás ya lo teníamos.

—En realidad nos los ha facilitado Jade, que tenía todos tus datos en la base de la empresa —me dijo el abogado.

Ya nos conocíamos, pues él había sido el encargado de formalizar mi contrato en España, así como el de colaboración con mis padres.

Por supuesto, todo eso quedó anulado de manera inmediata después de mi despido. Además, mi hermano había puesto a los mejores investigadores del país a trabajar en el caso de la venta de la colección.

Alguien había tenido que hacerlo, porque yo no tenía ni idea de quién era el hombre con el que me acusaban de haber tenido espionaje industrial. Por ese lado, estaba tranquila porque, más tarde o más temprano, todo saldría a la luz.

El abogado también traía el contrato de alquiler del local. Al final, su hermano había decidido que sí que lo alquilaría, pero no a él, sino a mí.

—Mi hermano es un tipo un tanto peculiar, ya lo conocerás.

—No tengo ningún problema en que el contrato de alquiler esté a mi nombre.

—Te explico el motivo. Según él, si no pagamos y el contrato está a mi nombre, su ética moral le impediría solicitarme que pagara, mientras que, si está a tu nombre, y como contigo no tiene ningún lazo...

—Tiene su lógica. Es un hombre que piensa.

—No, es un hombre que está como una cabra. No me extrañaría nada que cualquier día apareciera por la tienda y le comprara algo a su mujer, pero no me lo pediría a mí, porque diría que me está obligando a dárselo gratis.

—¡Me muero por tener una charla con él!

—Después no quiero que me pidas la hoja de reclamaciones, te lo advierto.

En la empresa habíamos puesto cada uno un capital inicial para ponerla en marcha, y ya iríamos viendo si necesitábamos una inyección más de capital o con ese era suficiente.

El dinero que pusimos nos dio para pagar el alquiler más el mes de fianza, poner el wifi en el taller y ampliar un poco más el muestrario de tejidos. Ahora, nos tocaba ponernos a trabajar en el diseño del local. Los dos queríamos que tuviera una imagen fresca, elegante, pero no aburrida.

Nos llevó algo de tiempo dar con lo que estábamos buscando, pero en el momento en el que lo tuvimos claro, no nos lo pensamos y lo enviamos a la empresa que se iba a encargar de las etiquetas, el rotulado exterior y el interior.

—Creo que debemos ir a buscar las estanterías y demás. ¿Estás dispuesta?

—Nací dispuesta, chaval. Espera a que me cambie y ahora mismo nos vamos.

Teníamos varios diseños preparados para confeccionar, y eso me tocaría hacerlo a mí más tarde, cuando viniéramos de vuelta de comprar y dejar todo en el local. Me sentía ilusionada con todo, y eso se reflejaba en mi trabajo, pues mis diseños eran más dinámicos, tenían como más vida, y eso me gustaba, y mucho.

Tardamos más de dos horas en comprar todo lo que íbamos a necesitar, y por eso, se nos vino encima la hora de comer.

—Ahí hay una hamburguesería muy buena, ¿comemos?

—Por supuesto. No sé lo que me pasa últimamente, pero es que no puedo parar de comer; tengo hambre a todas horas.

Alain levantó una ceja y me miró de una forma muy gráfica que me hizo soltar una carcajada.

Capítulo 30



Jean Paul

Sabía que le había dicho a mi familia que no creía que Samantha pudiera hacer algo así, pero en el fondo de mi alma, tenía mis dudas.

Más bien, quería pensar que no llegaría tan lejos, porque mi subconsciente me decía que la culpa era de Tina, que ella era la que había vendido la colección.

El motivo era bien claro: si ese hijo que mi diseñadora llevaba en su vientre era mío, me negaba a pensar que ella le pudiera hacer algo así a su propio padre. ¿Qué valores les iba a inculcar a ese niño? ¿Que robar estaba bien? ¿Que la mentira estaba justificada, siempre y cuando fuera para conseguir tu objetivo?

Por primera vez en mi vida, me iba a poner en contacto con Mansini; tenía que escuchar de sus propios labios que había sido Tina la persona que le había vendido mi colección.

Sabía que me costaría trabajo que lo admitiera, porque entonces sería una especie de espionaje industrial; por eso, en vez de llamarlo por teléfono, lo visitaría en Milán.

Por otro lado, le diría a Samantha que llevara a confección esa primera prenda que había diseñado, que quería verla en un maniquí, para ver si tenía el efecto que estábamos buscando. Sabía que me llevaría tiempo dar con la verdad, que no iba a ser algo fácil ni de un día para otro, pero lo iba a averiguar como Jean Paul Sartre que me llamaba.

Dejé el coche en el aparcamiento del edificio, ya que no pensaba moverlo más de ahí. Montarme en él me traía tantos recuerdos con Tina que me dolía, y me bajé dispuesto a subir a mi casa y encerrarme allí hasta el día siguiente.

—Buenas tardes, chaval, que vas como pollo sin cabeza.

—Buenas tardes, Jules, y perdona, no te había visto.

—Ya me he dado cuenta. ¿Algo importante que contarme?

—Uf, no sabría ni por dónde empezar.

—Pues vamos a hacerlo por irnos a comer fuera, tomarnos una copa tranquilamente en una terracita y hablar de todo.

—Te lo compro porque no me apetece, para nada, encerrarme en mi casa en estos momentos.

Mi amigo me hizo un gesto para que subiera a su coche, y eso hice: sentarme en el asiento del copiloto y dejar que me llevara donde le diera la gana.

Jules entendió a la primera, y sin que le dijera nada, que lo que necesitaba era salir fuera de la ciudad, alejarme de todo lo que me rodeaba, y por eso nos dirigimos a la autopista que nos llevaba a dejar la ciudad atrás.

Tardamos como una hora en llegar, pero merecía la pena porque era un pueblo precioso y tranquilo, que era lo más importante. No era la primera vez, ni sería la última, que nos perdíamos por este tipo de pueblos, por lo que sabíamos a la perfección los mejores lugares para comer.

En esta ocasión nos habíamos refugiado en *Crécy-la-Chapelle*, o la Venecia de la región de Brie, como la llamaban. Este era uno de esos pueblecitos que te hacían perderte en el tiempo, pues pasear por sus calles era como retroceder a la época medieval.

Dejamos el coche en el primer sitio habilitado para ello que vimos, y nos fuimos a la pequeña taberna en la que comíamos cada vez que veníamos aquí.

Una vez que estuvimos acomodados en una de las mesas de la terraza, con vistas a sus canales y con una cerveza en la mano, mi amigo me preguntó de nuevo.

—¿Me vas a decir ya lo que te ha pasado?

—Te voy a decir una de las expresiones de mi abuela, para que te ilustres. Si me meto a sombrerero, nacen los niños sin cabeza.

—Joder, tampoco será para tanto.

—Juzga tú mismo...

Empecé a relatarle lo que había sucedido, lo que me había dicho mi familia y la postura que habían tomado Alain y Tina.

—¿Crees que puede haber sido posible lo que ellos argumentan?

—No lo sé, Jules, de verdad. No puedo decir al cien por cien que esté seguro de que la razón la tenga uno y otro.

—Entonces, ¿por qué actuaste de esa manera tan impulsiva?

—Siendo sincero, yo también me pregunto lo mismo.

—Me parece que te precipitaste, que no debiste actuar de esa forma sin tener pruebas claras.

—Pero, además, eso no es todo.

—¿Hay más?

—Sí, le dije a mi madre que ella era la madre de mi hijo y que siempre la iba a defender.

—Lo dijiste para hacerle daño a Tina, sin medir las consecuencias, ¿me equivoco?

—Para nada, y al final, el que ha salido dañado he sido yo.

—Joder, Jean Paul, tienes por delante una buena papeleta. ¿Qué piensas hacer? Porque no creo que te dejes llevar por el orgullo y admitas, así como así, la paternidad de ese niño y lo que ello conlleva.

—Esa parte, Samantha la tiene más que asumida, hasta que no llegue ese documento que me diga que es mi hijo, no me implicaré.

—Ya te has implicado, Jean Paul, yendo con ella a esa revisión, saliendo a cenar y dejando que la prensa publique imágenes vuestras como si fuerais una pareja más.

—¿Tú también lo has visto?

—No solo eso, he escuchado las declaraciones que ha dado esta mañana a uno de los programas del corazón.

—¿Perdona?

—¿No lo has visto? ¿No sabías nada?

—No, salí temprano para recoger a mis padres, que venían de España y, cuando he vuelto, ha sido cuando te he visto en el aparcamiento.

—Espera, que ahora mismo te lo busco y lo escuchas por ti mismo.

Jules sacó su móvil y entró en la aplicación del canal, donde buscó el programa de esa misma mañana. Nada más entrar, el primer vídeo que salió fue el de ella, y Jules le dio al *play* y subió el volumen de su móvil, para que pudiera escucharlo bien.

—Señorita Field, qué bueno que la hemos encontrado. ¿Qué hay de cierto en esos rumores que la unen al señor Sartre, de nuevo?

—¿De nuevo? Nunca nos hemos separado. De hecho, estamos mejor que nunca, tanto a nivel laboral como a nivel personal.

—¿Habrá boda en breve?

—Habrá boda, os lo aseguro, pero no en breve. Primero, tiene que nacer nuestro primer hijo, que es un varón, el que continuará con el apellido Sartre, y que, estoy segura, nos unirá todavía más...

—Por lo que tú más quieras, quita esto que va a terminar dándome un infarto.

—¿Necesitas más confirmación que esta de que Samantha no es trigo limpio?

—Lo sé, no estoy ajeno a esto, pero... ¿como para llegar tan lejos?

—Como para llegar tan lejos y más.

—¿Crees que ella pudo haber sido la que se puso en contacto con Mansini?

—No sé si ella directamente, pero que ha tenido que ver en todo esto, te aseguro que sí.

Comimos en silencio, pues en mi cabeza estaba embotada por tanta información y lo que menos necesitaba en estos momentos era tener una conversación más. Mi amigo me conocía mejor que nadie y me daba el tiempo y el espacio que necesitaba, por lo que no se lo tomaba a mal.

Una vez que terminamos de comer y con una copa en la mano, eso sí, sin alcohol, porque teníamos que volver a París, verbalicé lo que mi mente había estado maquinando durante este tiempo.

—Tengo que viajar a Milán; necesito reunirme con Mansini.

—No creo que te atienda si no tienes una cita; tú no lo harías, mucho menos cuando sabes que la colección que ha sacado no ha salido de sus diseñadores.

—Lo sé, pero tampoco me resultará fácil que me dé esa cita.

—¿Qué piensas hacer, entonces?

—Voy a cogerlo de improviso; lo esperaré a la salida de su empresa, en el caso de que no me quiera atender.

—Veo que, en estos momentos, la colección te importa un carajo, que es algo más personal, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Si he echado de mi vida a la mujer de la que estoy enamorado y no ha tenido nada que ver en todo esto, no sé cómo reaccionaré, te lo juro.

—¿Cómo vas a reaccionar? Luchando por ella. Por cierto, yo también tengo que contarte algo.

—Si me vas a alegrar la tarde, por favor, no escatimes en detalles.

—No sé si te la va a alegrar, pero te vas a partir de la risa, te lo aseguro.

—A ver, empieza a hablar.

Jules empezó a contarme que Valeria le gustaba mucho, pero que le había dicho varias veces de invitarla a cenar, y le había dicho que no.

—Y me lo dice así, sin excusas, sin paños calientes, y me está matando, te lo juro.

—¿Ha llegado la mujer que ha conquistado tu corazón, amigo?

—No sé si ha conquistado mi corazón, lo que sí que tengo claro es que ha sido la primera en no caer rendida a mis pies, y eso me tiene malo.

—Ha derribado tu ego y me alegro. Ya era hora de que una mujer te pusiera los pies en el suelo, que te hiciera ver que tu fama de mujeriego no te lleva a ningún lado.

—Yo preferiría que los pies los pusiera en mi cama, pero bueno, seguiré insistiendo, no me pienso dar por rendido.

—Lo que yo te diga, por fin has caído, Jules.

—Es un reto, y lo que ella no sabe es que, a mí, los retos que me plantea la vida son los que me ayudan a seguir adelante.

—Uy, muy filosófico te has puesto tú.

Ambos nos miramos y soltamos una carcajada, mientras que seguimos hablando de Valeria. Me contaba que, cuando coincidían en el despacho o en la sala de descanso, mientras que las demás enfermeras y doctoras se morían porque les dijera algo, ella lo miraba por encima del hombro.

—El otro día escuché decir a una de sus compañeras que, si yo le decía de ir a cenar, iría sin bragas, para no perder el tiempo.

—Y seguro que ella no se quedó callada, por lo poco que la conozco.

—Pues no, la miró con cara de asco y le soltó que ella, si no tuviera más remedio que cenar conmigo, se pondría unas bragas de cuello vuelto, unos leotardos y un pantalón, para que desistiera en mi empeño al ver tanta ropa.

Esa era una frase típica de Valeria, y no pude evitar soltar una carcajada.

Volvimos a París hablando de todo eso y, de verdad que, cuando entré en mi casa, lo hice con otros ánimos, como más ligero.

En estos momentos no podía marcharme de París, pues teníamos que sacar la colección adelante y presentarla, o los percheros de nuestras tiendas tendrían que lucir prendas de otros años, como si fuera un *outlet*. Pero no se me quitaba la idea de la cabeza, eso por descontado, aunque tardara un mes en hacerlo.

Me levanté al día siguiente con energías renovadas, y supe que la suerte se me pondría de cara, porque el cupo de calamidades de ese año ya lo tenía cubierto.

Efectivamente, nada más encender la televisión, se me pintó una sonrisa en los labios, pues Mansini estaría en la ciudad durante tres días para un evento de empresarios al que yo también tenía que asistir.

No me lo pensé y me fui a buscarlo al hotel donde sabía que estaba alojado. Por el camino iba nervioso, no lo iba a negar, porque de ese encuentro, de lo que él me dijera, dependía mi vida, no solo la profesional, sino también la personal.

Fue entrar en el hotel y, cuando me dirigía a la recepción para que lo avisaran, salía del ascensor con otro señor.

—Corrado, ¿podríamos hablar un momento?

—Claro, ¿te apetece un café?

—Solo si invito yo.

—Pues venga, nos los tomamos y hablamos tranquilamente.

Capítulo 31



Jean Paul

Nos sentamos en una de las mesas que se encontraban apartadas en la cafetería del hotel, unas de las que estaban detrás del biombo y que se utilizaban para temas de negocios, preservadas del resto de comensales.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Corrado, te voy a preguntar algo y quiero que seas completamente sincero. Te prometo que no tomaré medidas; se quedará como algo aislado, pero mi vida personal depende de lo que tú me contestes.

—Joder, te estás poniendo tan profundo que me estás asustando.

Tenía delante de mí a un hombre que no estaba demostrando temer nada; era como si fuera consciente de lo que había hecho y, por eso, fui directo al grano.

—¿Quién te vendió mi colección?

—¿Perdona? No era tu colección, al menos no me la vendieron como tal.

—¿Me puedes explicar cómo se sucedió todo, por favor?

—Jean Paul, me estás acusando de algo muy grave, que podría tener consecuencias nefastas si saliera a la luz.

—Te he dado mi palabra de honor de que no va a salir de aquí. Si hubiera querido acabar contigo, lo habría hecho público desde el primer momento para demostrar que era mi colección, pero no merecía la pena.

—Está bien, confiaré en ti, pero me podría costar muy caro.

Corrado me contó que había recibido una llamada a su despacho de alguien que decía ser una diseñadora novel que necesitaba dinero, y que por eso no regatearía con lo que le quisiera pagar.

También le dijo que estaba embarazada y que el padre de su bebé no se quería hacer cargo de él, que no tenía más familia y quería tener un colchoncito económico mientras que no pudiera trabajar.

—¿No quedaste nunca con ella?

—No, te lo juro. Me envió los diseños con un mensajero, todos con una marca de agua y un registro, para que no pudiéramos plagiarlos.

—¿Cómo le entregaste el dinero? Supongo que le harías una transferencia a una cuenta bancaria o algo así.

—Tampoco cobró de ese modo. La colección me pareció tan bonita y con tanta originalidad que le ofrecí medio millón de euros por ella, pues sabía que me iba a dar a ganar más del doble de lo que había pagado.

—¿Vino alguien a por el dinero?

—No, me dijo que le hiciera un cheque al portador y que lo enviara a un apartado de correos, que ella lo recogería allí.

—¡Joder!

—Jean Paul, te aseguro que si llego a saber que esa colección era tuya, no la hubiera comprado. Lo hice pensando en que podía ayudarme a reflotar la marca, que llevaba mucho tiempo estancada.

—Me ha quedado claro, compañero.

—Te prometo que, si en un futuro me vuelve a suceder algo parecido, lo primero que haré será llamarte.

—Una duda que tengo. ¿Por qué la sacaste antes de tiempo?

—Porque la persona que me la envió me dijo que, si no la veía publicitada en un plazo de quince días, iría a todos los medios a decir que la habíamos utilizado, y te juro que la vi capaz de hacerlo.

—Gracias, Corrado.

—Espero haber resuelto tus dudas.

—Pues, en realidad, no, pero ahora tengo un hilo de donde tirar. ¿Serías tan amable de pasarme el apartado de correos al que lo enviaste, por favor?

—Por supuesto que sí, dame cinco minutos para que hable con el departamento de contabilidad y lo tendrás en tu correo electrónico.

Me despedí de él y salí de allí con una idea clara en la cabeza: acorralar a Samantha. No podía demostrar que había sido ella la artífice de la venta, pero tampoco podía afirmar que no lo había sido.

Estaba en el mismo punto, pero esperaba que el apartado de correos me arrojara algo de luz sobre el asunto.

Puse rumbo a mi empresa, aparqué el coche y subí a mi despacho, pero antes pasé por la planta de diseño, donde estaba Samantha, mano sobre mano y dándoles órdenes a sus compañeros, como si fuera la jefa.

—Samantha, a mi despacho, por favor.

—Jean Paul, todo esto tiene una explicación, te lo prometo.

—Y me la darás, pero más tarde; ahora quiero hablar contigo de otra cosa.

—¿Es por las declaraciones que di ayer a la prensa?

—En mi despacho, no tiene por qué enterarse toda la empresa de mis asuntos, tanto personales como profesionales.

—Está bien, dame un minuto y enseguida subo.

—Por cierto, coge los diseños de la nueva colección, de la que me presentaste el otro día.

—Todavía no he concretado nada, tan solo tengo el primer diseño, como no había prisa...

—Muy bien, pues sube con él, y rápido, que tengo muchas cosas que hacer.

Me di la vuelta y entré en el ascensor, de nuevo, donde me di de cara con mi hermana, que ni siquiera me saludó.

—¿No piensas decirme ni hola?

—¿Te lo mereces?

—Jade, somos hermanos y siempre nos hemos llevado bien; no dejes que una tontería nos separe.

—Quizás para ti sea una tontería, para mí no lo ha sido.

—Está bien, lo siento. ¿Te vale con eso?

—No es conmigo con quien tienes que disculparte, pero bueno, aceptaré el pulpo como animal de compañía.

Le puse la mano en su hombro y la acerqué a mí, dándole un achuchón y dejando un beso en su cabeza.

Algo se me ocurrió y no me paré a pensarlo.

—¿Tú conoces cuál es el fallo del diseño que me ha presentado Samantha?

—Yo, y cualquiera que tenga un poquito de vista, porque se ve nada más mirar el diseño.

—Joder, pues yo tengo que estar ciego, porque no me di cuenta.

—Sí que lo estás, pero tu ceguera es de otro tipo. A ti te ha cegado la rabia.

—Puede ser, no lo voy a negar.

—Ven a mi despacho, por favor; quiero que Samantha me dé muchas explicaciones y te necesito a mi lado.

—Está bien, pero solo porque el fin de todo esto es acabar con la víbora esta.

Entramos a mi despacho y avisé a Marge de que Samantha vendría en unos minutos. Había pasado más de media hora y no había subido, por lo que volví a llamarla.

Subió a regañadientes, como si me estuviera haciendo un favor, en vez de tener que rendir cuentas sobre su trabajo.

—Te dije que subieras rápido.

—Ya, pero como te vi con tu hermana, pensé que estarías ocupado.

—Si lo hubiera estado, no te habría mandado llamar.

—Bueno, aquí estoy, es lo que querías.

—¿Has traído el diseño? Quiero que mi hermana le eche un vistazo; además, quiero que la jefa de confección suba también, para ver si es posible tener una prueba a lo largo del día.

—Si no lo hace, será porque tú no quieres, porque en el taller hay mucho vago. Eso sin contar con el departamento de diseño, a los que he tenido que ponerles las pilas.

Mi hermana soltó una carcajada que no pudo reprimir mientras la miraba como si fuera la reina y a Jade, como un insecto.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—Ay, chica, como diseñadora estás acabada, pero como cómica, te auguro un futuro fantástico.

—Ya quisieras tú que estuviera acabada, pero me quedan todavía muchos años en esta empresa. Además, que en mi vientre llevo el futuro del imperio Sartre y lucharé por él con uñas y dientes.

Justo cuando iba a contestar, llamaron a la puerta; era la jefa del departamento de confección.

Minutos antes, mi hermana llamó a Alain y le dijo que nos enviara un vídeo explicando dónde estaba el fallo del diseño, pero no le dijimos nada a ella. Todo dependía de lo que mi empleada dijera sobre lo que teníamos delante; si coincidía con mi cuñado, no dudaría en decirle a Samantha que recogiera sus cosas, que estaba despedida.

—Dígame, señor Sartre.

—Buenos días, Rogelia. Me gustaría que me dijera si habría alguna posibilidad de tener este diseño confeccionado hoy.

La mujer cogió el diseño, lo miró varias veces, desde diferentes ángulos, levantó la cabeza y fue tajante con lo que dijo.

—Señor Sartre, si el diseñador no cambia las medidas, no se podrá hacer. Tiene un error en el patronaje que desvirtuaría por completo la prenda.

—Eso no es cierto, lo que ocurre es que esta mujer es una vaga que no quiere trabajar —dijo Samantha, como si poseyera la verdad más absoluta.

—¿Cuál es exactamente ese fallo? —pregunté, ignorando lo que ella había dicho.

Rogelia nos explicó todo lo que, minutos antes, había grabado Alain, punto por punto, y demostró que todo lo que me habían contado mi hermana y mi cuñado el día anterior era cierto.

En cuanto que nos quedamos a solas, me levanté del sillón, fui hasta donde estaba ella rajando y la callé.

—Recoge tus cosas; estás despedida.

—No me puedes despedir, no he hecho nada, te demandaré...

—Hazlo, no tengo ningún miedo.

—Estoy esperando a tu hijo, no me lo puedes hacer...

Capítulo 32



Tina

Habían pasado ya dos semanas desde que volvimos de la boda de mi hermano, y no, no me había bajado la regla.

El tema de la comida seguía igual, aparte de la manía que le había cogido al café.

No había vomitado ni sentía ningún síntoma de los que se suponía que tenía que sentir, tan solo eso, y por ese motivo no había acudido al médico todavía. Pero ese día, en cuanto que Valeria volvió del hospital, se encerró conmigo en el baño.

—De aquí no salimos hasta que no te hagas la prueba.

—¿Qué dices, loca? Desde ya te digo que has tirado el dinero, porque no estoy embarazada.

—Claro, tú no estás embarazada y yo no estoy loca por mi jefe, no te jode.

—¿Te gusta Jules?

—¿A quién no le gustaría un hombre así? Tendría que estar ciega para que no me gustara, pero eso lo hablamos después; ahora toca hacer pis en el palito.

—Desde luego, hija mía, qué cansina eres cuando te da la gana.

Lo hice, pero más por callarle la boca que por otra cosa. Mientras tanto, le conté lo que Alain me había comentado por la mañana.

Al parecer, Samantha se había descubierto por sí sola y Jean Paul la había despedido. Estaba detrás de averiguar si también era ella la que había vendido la colección.

—¿Te ha preguntado si quieres volver a la empresa?

—Para nada, porque no pienso hacerlo.

—Ni siquiera va a venir a hablar contigo ni a darte una explicación de todo.

—No, pero tampoco es que lo necesite, la verdad.

Miré de reojo el palito de la prueba y casi me caí de espaldas. Se veían las dos rayitas rojas como si las hubiera pintado con un rotulador indeleble.

—Hala, la que no estaba embarazada.

—Joder, ¿qué voy a hacer ahora?

—Cuidarte y tenerlo, que no le faltará ni cariño ni nada material.

—¿Se lo tengo que decir a su padre y a su familia?

—Hombre, sería lo lógico, pero no te voy a decir yo lo que tienes que hacer.

En ese momento, entró Alain para decir que se iba y, cuando me vio la cara, se acercó, preocupado.

—¿Qué te pasa, Tina?

—Estoy embarazada —y lo solté sin pensar a quién se lo estaba diciendo.

—¡No me jodas! No sé si darte la enhorabuena o el pésame, tú me dices.

—Lo que te voy a decir es que no le digas nada a nadie, ni siquiera a Jade, ¿entendido?

—A Jade no puedo mentirle, Tina.

—No es una mentira porque ella no lo sabe.

—Eso es algo que no se puede ocultar. En un par de meses, saldrá todo a la luz y quedará como un mentiroso, porque lo primero que hará será preguntarme si yo lo sabía.

—Está bien, pero no digas nada del padre. Si te pregunta, le dices que yo no lo sé.

—Te piensas que ella es tonta, Tina —me dijo Valeria, negando con la cabeza.

—Me da igual, será su palabra contra la mía.

—Está bien, mira, hagamos una cosa. Este fin de semana hacemos una barbacoa con todos, les das la noticia y ya ellos que pregunten lo que quieran —dijo Alain.

—No es mala idea. El *franchuti* piensa de vez en cuando...

No sé por qué, pero la primera persona en la que pensé fue Carla y en lo que me dijo el día de su boda.

Lo primero que haría sería llamarla en cuanto me quedara a solas, pero ni siquiera me dio tiempo a pensarlo cuando mi teléfono sonó y era ella.

—Dime que no te ha pasado nada —me dijo mi hermano.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Carla estaba sentada en el sofá y ha dado un respingo. Me ha dicho: «Llama a tu hermana porque he soñado con ella y ya sabes lo que eso significa».

Mi cuñada tenía como un sexto sentido para las cosas y llegaba a saberlas antes incluso de que pasaran.

—Bueno, lo mismo y es que tenía que hablar con ella. ¿Me la pasas?

—Tengo el altavoz puesto, así que puedes hablar todo lo que quieras, porque te está oyendo.

—Sí, cariño, estoy aquí —me dijo ella.

Cogí aire porque no sabía cómo le iba a sentar a mi hermano la noticia, pero, al fin y al cabo, era mi vida y él no tenía que opinar nada.

—¿Recuerdas aquella conversación que tuvimos el día antes de tu boda?

—A la perfección.

—Pues estabas en lo cierto, tenías más razón que un santo.

Escuché a mi cuñada gritar y saltar, y a mi hermano preguntar qué era lo que estaba sucediendo.

—O me dices qué está pasando, o mañana mismo me planto en París y no me muevo hasta que no me lo cuentes.

—Bueno, si me dices eso, lo mismo me callo y no te lo cuento, así te vería antes.

—En cuanto que tengamos un hueco, te prometo que iremos a verte, pero no me dejes con la incertidumbre, por favor, te lo pido.

—Alvarito, vas a ser tío.

—¿Cómo? ¿Me estás insinuando qué...?

—No estoy insinuando, te lo estoy afirmando, hermanito.

Mi hermano empezó a llorar y me partió el alma no poder estar allí con él, para que me refugiara en sus brazos, como cuando era pequeña.

—Esta noticia no se les puede dar a unos abuelos por teléfono; voy a preparar todo para ir este fin de semana. ¿Te viene bien?

—Todo lo que tenga que ver con mi familia me viene bien, hermano, eso no tienes ni que preguntarlo.

—Entonces, mañana por la tarde estamos allí, pero no tienes que venir a buscarnos, que ya cogemos nosotros un taxi.

—Ni pensarlo, chaval, así tenga que alquilar un autobús para que cupiéramos todos.

Toda la sensación de incertidumbre que me invadió cuando vi las dos rayitas en la prueba de embarazo se había diluido después de hablar con mi hermano y con mi cuñada.

Ese niño sería mi alegría; no lo voy a discutir con nadie, estuviera su padre o no presente en su vida. Tenía claro que no lo iba a obligar. Se lo diría, sí, porque mi hijo tenía derecho a tener un padre y, si no quería estar en su día a día, que no me pudiera echar la culpa a mí de que yo no lo informé.

Por eso, no lo dudé ni un instante y envié un mensaje en el grupo de WhatsApp que teníamos y en el que él también estaba.

Quería que estuviera presente cuando diera la noticia a todos, y que hiciera lo que quisiera después de eso.

Tina: *Me gustaría que vinierais todos el viernes por la noche a mi casa y, cuando digo todos, me refiero a todos los integrantes de este grupo, aunque no pienso obligar a nadie a hacerlo. Tengo algo importante que contaros.*

Después de eso, un aluvión de mensajes llegó a mi teléfono, uno tras otro, primero preguntando lo que me ocurría, y luego, confirmando su asistencia.

Todos, excepto él, que lo ignoró por completo. Algo se me retorció por dentro, pero, tal y como había dicho en el mensaje, no iba a obligar a nadie.

—Si te preguntan, tú no digas nada del motivo de la reunión, o no tendrá gracia —le advertí a Alain.

—Tenemos que comprar todo para dar la noticia; además, dentro de una hora tienes cita con el ginecólogo, pues te has comido todo el primer trimestre, chata.

—¿Eso qué significa? ¿Le pasará algo a mi bebé?

—No, bonita, pero la matrona tendrá que hacer malabares para cuadrar todas las analíticas y demás que necesitas.

—Me visto y nos vamos.

Que me dijera que me había saltado el primer trimestre del embarazo me acojonó sobremanera, porque si a mi hijo le había pasado algo por mi culpa, me moriría de miedo.

Era cierto que algo me decía que me cuidara un poquito más de la cuenta, y dejé de beber alcohol. Tampoco es que tuviera yo una adicción y me bebiera dos botellas todos los días, pero una copita de vino comiendo o una cervecita cuando salíamos, sí que me tomaba.

Valeria no se había cambiado de ropa, así que estaba lista y solo me estaba esperando a mí.

Me vestí como las balas y bajé las escaleras como si hubiera fuego. Para mí, unos minutos más o menos iban a suplir los tres meses que me había saltado, pero bueno, las personas somos así, ¿qué le vamos a hacer?

—Ya estoy lista.

—Pues venga, que os llevo yo al hospital —nos dijo Alain, que traía su coche.

Todavía no había ido a mirar ninguno, porque como no me tenía que mover de casa para ir a trabajar, y a Valeria la recogía y la traía Jules, pues tampoco había tenido necesidad.

Eso sí, en este estado, mañana mismo iría a mirar uno, que fuera seguro y familiar, porque mi bebé estaba por encima del dinero y de todo lo demás.

Capítulo 33



Jean Paul

Tenía el teléfono boca abajo porque ya estaba harto de recibir mensajes de Samantha.

Lo había intentado todo; empezó enviando unos diciendo que me amaba, que no podía abandonarla así, que no encontraría a nadie que me quisiera como ella...

La segunda fase fue un poquito más fuerte, con frases como «te vas a arrepentir», «esto no va a quedar así» y demás.

Y ya, la última, y con la que llevaba un par de días, era de amenazas. Que me iba a hacer la vida imposible, que iría a la prensa y le diría que la había utilizado; me llegó a decir que le diría a todo el mundo que la había amenazado con quitarle el bebé.

Por eso, cuando vibró varias veces, no le hice caso y seguí tomándome esa cerveza que tenía entre mis manos, tranquilamente, mientras que disfrutaba de las vistas que tenía desde mi terraza.

Llegó un momento en el que no paraba, y lo cogí con la clara intención de decirle que me dejara en paz y que todo lo que estaba escribiendo ya estaba en manos de mi abogado.

El acoso era de tal magnitud que hasta había venido a buscarme a la empresa. Por supuesto, no la dejaron pasar, pues ya el personal de seguridad estaba advertido y montó el pollo correspondiente.

Al coger el móvil me quedé en blanco, porque los mensajes no eran de Samantha, bueno, no eran solo de ella. Había un montón de ellos en el grupo de la familia, y en el que incluimos a Tina en cuanto que llegó a París, incluso antes de que tuviéramos nada.

Nos citaba a todos en su casa el viernes por la tarde para contarnos algo. Primero preguntaban si le ocurría algo, pero ella no contestó a ninguno. Finalmente, todos confirmaron su asistencia.

Me moría de ganas de ir, sobre todo cuando ella misma había dicho que la invitación se hacía extensiva para todos los miembros del grupo, pero no sabía si lo había dicho por compromiso o no.

Tendría que pensarlo muy bien, porque no quería sentirme incómodo yo ni hacerla sentir incómoda a ella.

Justo cuando estaba pensando en ello, sonó el timbre de mi puerta. No sabía quién podía ser porque mis padres, desde aquel día, me enviaban la cena con mi hermana, y no me habían vuelto a hablar.

Cuando abrí la puerta, me encontré con mi abogado, que llevaba con el tema del apartado de correos desde entonces.

—Tengo noticias y son muy buenas.

—Dime que sabes a nombre de quién estaba ese apartado de correos.

—Por supuesto que lo sé, además, tengo las imágenes de la persona que recogió el cheque.

Las rodillas me flaquearon, y no tuve más remedio que ponerme en cuclillas en el suelo, pues me faltaba hasta el aire.

—¿Estás preparado para saber la verdad?

—No, no lo estoy, pero necesito saberlo antes que nadie.

—Está bien, pero llama a tu hermana; ella también debería de estar delante.

—¿A mi hermana? ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver ella en esto?

—Por favor, no me hagas contarte nada antes de que veáis las imágenes.

—Vale, vuelvo enseguida.

Bajé al piso de mi hermana, que me abrió de inmediato, con un pijama de verano y una toalla enrollada en la cabeza, como si hubiera salido de la ducha en ese momento.

—¿Estás sola?

—Sí, Alain no ha vuelto todavía.

—Bien, pues péinate y sube conmigo a mi casa, que nos espera mi abogado.

—¿Y qué pinto yo allí?

—No lo sé, pero me ha dicho que subas, por favor.

Mi hermana no me cuestionó nada más, se quitó la toalla, se puso otra ropa, pues decía que le daba vergüenza subir en pijama y se peinó.

No tardamos ni cinco minutos en entrar de nuevo por la puerta de mi casa, donde Michel, mi abogado, nos esperaba con el portátil encima de la mesa y encendido.

—Os adelanto que las imágenes que vais a ver son muy jodidas.

—¿Qué se ve en ellas? —preguntó mi hermana.

—No os voy a decir nada más que una cosa. El apartado de correos estaba a nombre de Alain Penaut. El resto, tendréis que verlo.

—¡Qué hija de puta! Ha querido meter a mi chico en todo esto. No se puede ser más mala que ella, de verdad.

—Jade, no adelantes acontecimientos, por favor, porque lo mismo, y te tienes que tragar tus propias palabras.

Cuando Michel le dio al botón del ordenador, nos quedamos completamente sin palabras.

Lo primero que se vio fue el vídeo de la oficina de correos en la que se encontraba el apartado de correos, y que era la que estaba en la misma calle de la oficina. La persona que recogía el cheque al portador era Samantha, y no nos cogió por sorpresa, lo que sí lo hizo fue la persona que la estaba esperando fuera, y con la que se besó apasionadamente.

—Después de ver esto, he contratado a un detective privado para que los siguiera, a ambos.

—No me lo puedo creer... Ese cabrón ha estado durmiendo conmigo, besándome, ayudándome a ponerle una trampa, cuando estaba liado con ella.

—Eso no es todo, seguid mirando, por favor.

Le dio al vídeo para que continuara, y lo que vimos nos dejó todavía más sorprendidos que antes.

Por lo que pudimos comprobar, la relación venía de mucho tiempo atrás, y ese hijo que Samantha estaba esperando era fruto de esa relación, al juzgar por todo lo que estábamos viendo.

Fue Alain el que robó los diseños y el que planeó todo con ella, para que su persona no fuera sospechosa.

Cuando se enteró de la noticia del embarazo, primero se quiso desentender; después, la convenció para que fuera ella la que la vendiera y recogiera el cheque, pero no la ingresó en la cuenta de ella.

—¿Dónde está ese dinero que cobraron por la venta de la colección?

—En una cuenta en el extranjero a nombre de Alain. Hemos descubierto que la convenció para que lo hicieran así, argumentando que a él no lo investigarían.

—No se puede ser más cabrón, y seguro que ahora viene y me da un beso, como si nada.

—Le dijo que, en cuanto consiguiera casarse contigo o llegara al estrellato gracias a los diseños de la señorita Durán, estarían juntos para toda la vida.

—Claro, y mientras, me convencía a mí de que el hijo era mío, para que los mantuviera a los dos.

—Pues sí, lo tenían todo pensado, amigo.

—Ahora mismo pienso bajar a decirle cuatro cosas a ese cabronazo que tengo, o bueno, tenía por novio.

—No, tienes que aguantar hasta mañana.

—¿Hasta mañana, para qué?

—Pues muy sencillo, vamos a hacerles creer que no sabemos nada y, como estamos todos citados en casa de Tina, desvelaremos todo.

—Si hacemos eso, le daremos la oportunidad de escapar.

—No, porque ya está todo en manos de la policía —dijo Michel.

—Tendremos que avisarles de nuestro plan.

—Sí, no te preocupes, que ahora mismo llamo yo a mi amigo.

Mi hermana tenía que estar destrozada por todo lo que había sucedido, pero estaba ahí, aguantando el tirón, y, encima, le había pedido que durmiera una noche más con su enemigo.

—Jade...

—No, no digas nada, por favor.

—Sí que tengo que decirlo. Porque te estoy pidiendo mucho, lo sé, pero creo que es lo justo para Tina que lo desenmascaremos a los dos en ese momento.

—Tengo una idea...

—Dime, ¿de qué se trata?

—Sé que Tina me va a matar, pero... ¿por qué no invitas a Samantha a la barbacoa?

—No creo que sea lo apropiado.

—Sí que lo es, porque podremos enfrentarlos a los dos a la vez.

—Jade tiene razón, de escándalo coger a los dos juntos, y que no puedan echarse la culpa uno al otro.

—Está bien, pero advierte a Tina; no quiero que piense lo que no es. Yo llamaré a Samantha ahora, a ver qué me invento.

Mi hermana sacó su teléfono y marcó a Tina, pero no le contestó. Yo, por el contrario, tuve la mala suerte de que me lo cogiera a la primera.

—Jean Paul, menos mal que me llamas, tengo una angustia que no puedo ni respirar...—Samantha, te llamaba para invitarte mañana a una barbacoa familiar.

—¿Me lo dices en serio?

—Claro, al fin y al cabo, eres la madre de mi hijo y, aunque no estemos juntos, tendrás que estar presente, porque no pienso apartar al niño de ti, al menos en las fiestas importantes.

—Gracias, mi amor, te prometo que no te defraudaré.

—Te recogeré a las siete en tu casa.

—Estaré lista, no lo dudes.

Colgué ante la atenta mirada de Jade y de Michel. Mi hermana me miró con una sonrisa, pero en sus ojos no había el brillo que tenía antes de entrar en mi casa, y me dolió mucho por ella.

—Deseadme suerte. Creo que me voy a inventar que tengo trabajo pendiente para dormir en el sofá.

—Mucho mejor, dile que te he llamado yo para revisar una cosa, que no te espere despierto y duermes en mi casa.

—Gracias, Jean Paul, porque no descartaba que le diera una patada en los huevos simulando que estaba dormida.

Los tres soltamos una carcajada que resonó en el salón, y era la primera que me salía de verdad desde hacía mucho tiempo.

Epílogo



Tina

Tres años después...

Nos encontrábamos a punto de celebrar nuestra boda, sí, la de Jean Paul y la mía, pero, antes de llegar hasta aquí, habíamos tenido que dar muchas vueltas.

Todo empezó en la famosa barbacoa, a la que mi futuro marido se presentó con Samantha, esa mujer que me había hecho la vida imposible desde que llegué a París.

La tarde anterior había acudido al hospital, donde ya me esperaban el ginecólogo y la matrona, para hacerme todos los estudios que me tendría que haber hecho en el primer trimestre. Estaba nerviosa, pero cuando me dijeron que todo iba perfecto y que, si quería saber el sexo del bebé, también me lo podían decir, respiré tranquila.

Entré en aquella consulta sin saber si todo iba bien, y salí de allí sabiendo que lo que llevaba en mi vientre era una niña, que estaba de lo más sana y que empezaría a dar guerra en breve.

Valeria lo preparó todo para dar las dos noticias a la vez. Mi hermano había confirmado que Carla esperaba un niño, que llevaría por nombre Diego, que era uno que les gustaba a los dos.

Cuando mi familia llegó aquella tarde, me abracé a todos, llorando, pero en especial a mi cuñada, que se había dado cuenta de lo que pasaba, incluso antes que yo.

Con mi madre tampoco me hizo falta más, pues en cuanto se fijó bien, negó con la cabeza y no dudó en decírmelo en cuanto estuvimos a solas.

—A mí no me tienes que decir nada, que ya lo sé.

—¿Qué sabes, mamá?

—Que me vas a hacer abuela.

—¡Álvaro! Desde luego, no se puede ser más chivato que tú...

—¿Qué ocurre? —dijo mi hermano, que vino corriendo.

—Tu hermano no me ha dicho nada; lo he sabido en cuanto que te he visto. Te recuerdo que yo también soy mujer y he estado embarazada.

—Te juro por la vida de mi hijo que no se lo he dicho a nadie —se justificó mi hermano.

—Vale, pues aquí nadie dice nada más, que quiero que lo sepan todos a la vez.

Minutos después, se abrió la verja y entraron los demás. Jade me había advertido la noche anterior que Jean Paul vendría con Samantha, pero que no dijera nada, que era primordial para que todo saliera a la luz.

No entendía nada, pero tampoco protesté; preferí dejar pasar el día como pudiera y no prestarle la menor atención, ni a ella ni a él. Si lo había invitado, era para no tener que enfrentarme a la noticia a solas con él.

Entré en la cocina para sacar los aperitivos que faltaban y, cuando me di cuenta, lo tenía detrás, muy cerca de mí.

—Tina...

—¿Te alejas, por favor?

—Déjame que te explique, no quiero que te lleves un susto ni nada por el estilo.

—Preocúpate de tu mujer, y a mí me dejas en paz.

—Ella no es mi mujer ni lo será nunca. Pero, quizás, será mejor que hablemos cuando todo se descubra.

Salí de la cocina sin entender absolutamente nada, pero lo hice con mi mejor sonrisa, pues no quería que nadie se diera cuenta de lo que me dolía toda esta situación con Jean Paul.

—Antes de que Tina nos anuncie el motivo por el que nos ha reunido aquí, me gustaría decir unas palabras —dijo Jade.

Me fijé en cómo su hermano la miraba con una sonrisa, como si le estuviera dando ánimos por algo que tan solo supieran ellos.

—¡Esa es mi chica! —exclamó Alain.

—Bueno, quiero darle las gracias a mi hermano, por haberme abierto los ojos, porque, de no haberlo hecho, no sé la vida que me hubiera esperado.

—¿A qué se está refiriendo? —Me preguntó mi cuñada.

—No tengo ni la más remota idea, la verdad.

—Creo que, mejor que yo no diga nada, será mejor que pongamos unas imágenes que lo expliquen todo —continuó Jade.

Michel, el abogado, también estaba ahí; acababa de llegar, pero ninguno de nosotros se había dado cuenta. En cuanto él le dio al botoncito y empezaron a salir imágenes, todos nos quedamos ojipláticos, porque ninguno nos lo esperábamos.

—Cariño, te juro que todo esto tiene una explicación —le dijo Alain, que se fue directamente hasta donde estaba Jade, pero el abogado no le dejó acercarse.

—Por supuesto que la tiene, y no es otra que los dos sois unos sinvergüenzas de cuidado, que habéis aprovechado la llegada de Tina a nuestras vidas para creeros invencibles.

—A mí no me metas en esto. Yo estoy enamorada de tu hermano; he sido una marioneta en manos de Alain —le dijo Samantha.

—No te voy a discutir eso, porque este embaucador ha sido un encantador de serpientes, pero se le terminó el rollo.

—Y en cuanto a que estás enamorada de mí, permíteme que lo dude; tú de lo que estás enamorada es de mi posición social, de todo lo que le podía dar a ese niño, que tiene otro padre.

—¡No, su padre eres tú, te lo prometo!

Justo en ese momento, llegaron los policías, que los detuvieron al instante, por espionaje industrial, robo y no sé cuántos delitos más que fueron acusados.

Según nos dijo Michel, el abogado, le esperaban muchos años a la sombra. Del único que me daba pena era de ese niño, que se había quedado sin madre y sin padre de una sola estocada. Después de que todo se aclarara, me tocó el turno a mí, pues quería que ese día fuera especial, que se nos quitara el mal sabor de boca que nos habían dejado.

Como os podéis imaginar, la noticia fue una bomba, pero esta vez de alegría. Vi cómo Jean Paul se tiraba al suelo, de rodillas, llorando como un niño pequeño y prometiéndome que, desde ese momento, tan solo viviría para hacernos felices.

No fue una reconciliación en ese mismo momento, pues yo necesitaba saber que confiaba en mí, y no iba a dar un paso en falso nunca más.

Pero nació nuestra hija, que se llama Noah, y que es una fotocopia de su padre, salvo en el color de ojos, que los tenía verdes, como yo.

Ese fue nuestro punto de inflexión, pero no solo el nuestro, sino el de muchos de los que estaban a nuestro alrededor.

Voy a empezar por contaros lo de mi familia.

Mi madre decía que no era justo que tuviera a una nieta en un país y a un nieto en otro, por eso, mi chico les propuso algo.

Mi hermano y mi cuñada empezaron a trabajar en la empresa, llevando el tema legal, junto a Michel, y se mudaron a París, instalándose en el ático en el que yo pasé mis primeros días.

Mis padres vendieron la tienda y el piso lo pusieron en alquiler, por si algún día queríamos ir de vacaciones o algo, puesto que lo alquilaban a estudiantes, de septiembre a junio, y también se mudaron. Ellos ocuparon el ático de Jean Paul porque nosotros decidimos quedarnos a vivir en la casa con jardín, donde Noah podría correr a gusto.

Con respecto a Jade, se había enamorado de Michel y formaban una bonita pareja. En estos momentos estaba embarazada de su primer hijo, un niño que llevaría el nombre de su tío, Jean Paul, pues su madre decía que le había salvado la vida.

Pero, en realidad, quien le salvó la vida a su pareja fue Valeria, una mañana, en la cafetería del hospital, cuando se dio cuenta de que Jules estaba sufriendo un ictus. Gracias a su rápida intervención, no le quedaron secuelas; eso sí, tuvo que abandonar su consulta y dedicarse tan solo a la gestión administrativa del hospital.

Desde ese día, no se habían vuelto a separar y tenían dos hijos, mellizos. Una niña, que se llamaba Cristina, y un niño, que se llamaba Jules, como su padre, que tenían un añito.

Con respecto a nosotros, mi futuro marido me ofreció volver a la empresa, pero no quise. Quería triunfar por mí misma, y lo logré.

Seguí con la firma que habíamos creado, pero le cambié el nombre; ahora se llamaba "*Spagnotina*" y estaba situada entre las mejores firmas de trajes de novia.

Sí, decidí que no le haría la competencia a mi marido, y como había descubierto que esa faceta de la moda me apasionaba, no dudé en tirar por ahí. Seguía teniendo mi taller en mi casa, pero tan solo para los diseños de los míos; todo lo demás se realizaba en el local en el que empecé y que terminé comprando el año anterior.

El vestido que llevaba este día era un diseño mío, pero exclusivo, y que no había visto absolutamente nadie, pues yo misma lo confeccioné.

Nos casábamos en *Notre Dame*, en una boda multitudinaria, ya que mi marido tenía una posición y unos compromisos que no podía eludir. Pero me daba igual; la mejor de las noticias se la daría yo en cuanto que saliéramos de la iglesia.

La ceremonia no pudo ser más bonita y emotiva, con nuestra Noah, que tenía dos añitos, llevándonos los anillos.

—No puedes estar más bonita, pero veo un brillo en tus ojos que tan solo te lo he visto en una ocasión.

—Ah, ¿sí? ¿En qué momento, en concreto?

—Cuando dijiste que estabas embarazada de Noah.

—Pues nada, saca tus propias conclusiones...

Mi marido me miró con una mezcla de miedo, amor e ilusión que me hizo soltar una carcajada.

—¿De verdad? ¿Estás embarazada?

—Sí, me enteré hace unos días, pero he preferido decírtelo hoy, como mi regalo de bodas.

—Y es el mejor regalo que me podrías dar, te lo prometo.

—Papi, papi, ¿me coges? —le preguntó Noah, jalando de su pantalón.

—Claro que sí, mi vida.

Nos miramos y mi marido me dio un beso.

—Siempre has tenido un objetivo y lo has logrado.

—Sí, mi objetivo era poner un parisino en mi vida.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: [Jenny_Del](#)

IG: @jennydelautora

X: @ChicasTribu

Amazon: relinks.me/JennyDel
